



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO**

FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES
ARAGÓN

**“¡AY PERIODISTA... TE DEJARON
EN LA CALLE!”**

**INFORME DE DESEMPEÑO
PROFESIONAL**

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE LICENCIADO
EN COMUNICACIÓN Y PERIODISMO
PRESENTA:

ÓSCAR HERNÁNDEZ BONILLA

ASESORA:

MTRA. MA. GUADALUPE PACHECO G.



FES Aragón

MÉXICO

JUNIO 2006



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mis papás

Por su amor infinito

ÍNDICE

Introducción	3
Capítulo 1. Llegó la hora... a la calle	5
1.1. Mi primera cabina, <i>Stereo Cien</i>	6
1.2. “Allá afuera te esperan”, primer contacto con la gente	9
1.3. ¡A reportear se ha dicho!	11
1.4. Dime qué produces y te diré quién eres	15
Capítulo 2. Periodismo de campaña política, vamos a la calle	18
2.1. Que vote por Convergencia	19
2.2. ¿Boletines o notas proselitistas?	21
2.3. Periodismo de campaña, vamos a la calle	22
2.4. Periodismo Vs. periodismo... quién pregunta y quién contesta	26
Capítulo 3. Las grandes ligas radiofónicas se juegan en la calle	30
3.1. La redacción del mundo desde la mesa de <i>Enfoque Noticias</i>	32
3.2. Pienso, comprendo y luego redacto	34
3.3. De viaje por la nota	37
3.4. ¡Dame cue!... Al aire por primera vez	39
Capítulo 4. De patitas a la calle	46
4.1. Mi casa sin paredes: <i>Radio Centro</i> y el periodismo social	49
4.2. Distrito Federal... mitos y realidades	52
4.3. Alegres, crudas y tristes “cotidianeidades” de la calle	63
4.4. Por favor doña Tere, platíquenos	71
4.5. Mi pan de cada día... La muerte	73
Conclusiones	81
Anexo	83

INTRODUCCIÓN

Luego de casi seis años de iniciar mi vida profesional y cuatro de haber concluido la carrera de Comunicación y Periodismo, hoy es un buen momento para detenerme a reflexionar lo realizado y compartirlo con quienes aún estudian esta carrera.

El titularme por la modalidad de Informe de Desempeño Profesional me parece un método acertado porque ofrece la oportunidad de titularse mediante la experiencia profesional y no sólo teórica, es decir, a través del ejercicio de esta carrera, lo cual, hoy día es muy complicado. Asimismo, esta opción requirió de una cronología y ambientación de hechos que a su vez dio pauta a remembranzas, rescate de experiencias laborales para aplicarlos al actual, así como emplear mis conocimientos universitarios para llevar a cabo la redacción de este informe,

Esta forma de titulación es ideal para coronar los esfuerzos realizados dentro y fuera de la universidad. Asimismo, a través de la recopilación de experiencias profesionales, pretendo sumarme a la labor de impulsar al universitario en su preparación profesional, pero sobre todo, compartirles mis vivencias para que luchen por las suyas y no se sumerjan en el tedio y desánimo que buscan inculcar todos aquellos que aseguran que cada vez es más difícil ejercer esta profesión; que no hay campo laboral, mal pagada y todo eso que, lejos de alentar al estudiante, le mata el deseo.

Durante estos seis años, cuatro han sido mis etapas profesionales. Cada una mostrándome una faceta más del periodismo y, por supuesto, dejándome una enseñanza. De este modo, el presente trabajo lo dividí en cuatro capítulos, todos ellos distintos entre sí pero bajo un hilo conductor: luchar por ser un buen periodista y comunicador.

El primer capítulo recoge mis experiencias a lo largo de casi tres años de labores en la emisora *Stereo Cien*, estación radiofónica que me dejó conocer su funcionamiento, entender las estructuras y objetivos de la radio en el Distrito Federal. Comprendí la importancia de las relaciones humanas para lograr una buena imagen empresarial y comencé a visualizarme como reportero al tener la oportunidad de cubrir conferencias de prensa. Descubrí la autoridad que tienen los medios de comunicación en la vida cotidiana. Me atrapó su magia y comenzó a destellar en mí el deseo de ser locutor y salir “al aire”. Fue también una transformación personal al tener que vencer al muchacho reservado e inseguro, para darle lugar a quien deseaba ser periodista y para ello debía modificar incluso, su propio carácter. Y lo más importante, afirmó y amplió mi visión de lo anhelado para mí, conocer a fondo la radio, medio al que le he dedicado la mayoría de estos años.

Posteriormente, en el segundo capítulo narro mi etapa en el partido político Convergencia. Jamás hubiera imaginado laborar en la campaña de prensa de un instituto político. Al principio no terminaba de agrardarme la idea, sin embargo, descubrí lo apasionante que puede ser una campaña política, la entrega, tiempo y planeación de estrategias que requiere.

La política es atractiva para quien se interesa en ella, lejos de estigmatizarla como algo sucio y fraudulento, ésta permite conocer y entender las estructuras sociales, cómo se forman y funcionan. Es un ámbito que requiere ser entendido para ser criticado. Pero lo más importante para mí fue participar en aquella campaña de prensa para buscar que mi jefe, Cuauhtémoc Velasco, en aquel entonces candidato del partido “naranja”, ganara la jefatura delegacional en Miguel Hidalgo. Confirmé que un buen boletín de prensa, nota o crónica, puede cambiar la perspectiva de quien las lee o escucha, y de este modo, incidir en su decisión final para emitir su voto, objetivo principal de cualquier estrategia de prensa política, sin embargo, dista mucho de los fines que busca el periodismo, basados en ofrecer información parcial.

En el tercer apartado de este informe describo mi regreso a la radio, esta vez al área de noticias. En aquella época reafirmé la importancia de un micrófono en la opinión pública. Supe de la gran responsabilidad de los medios para generar un clima de calma o incertidumbre social. Primeramente laboré como redactor de noticias en el noticiario *Enfoque de NRM Comunicaciones*, donde realicé resúmenes informativos, teasers y edición de entrevistas, lo que me permitió ratificar mis conocimientos en la consola de edición, grabación y producción. Además dirigí los cortes informativos que se transmitían cada hora en las estaciones musicales. Luego tuve la magnífica oportunidad de tomar un micrófono y transmitir “al aire” spots comerciales, notas informativas y reportes viales. Con lo anterior supe que tenía los suficientes elementos para buscar convertirme en reportero, y así lo hice.

Finalmente, estos seis años desembocan en las calles de la ciudad de México. En el último capítulo relato mi trabajo como reportero urbano para *Grupo Radio Centro*. Esta experiencia ha sido la más importante en mi vida laboral porque me he enfrentado a la nota roja, llevándome ésta a situaciones que jamás imaginé experimentar: asesinatos a mano armada, accidentes automovilísticos, linchamientos, amotinamientos en reclusorios, operativos policiacos, riñas callejeras, entre otros. Todo ello orillándome a explotar todas mis capacidades como periodista y fortaleciendo al ser humano. Confirmé mis deseos por ser reportero y me he sentido útil con mi labor. Reporteo el acontecer ciudadano, con todo lo que eso conlleva: A bordo de una motocicleta recorro las calles para estar presente donde se genera la noticia. He logrado conseguir un sitio como reportero urbano, con el objetivo de mostrarle a la gente todo lo que ocurre en esta urbe, todo aquello que marque el pulso de la ciudad y que, además, me permita seguir ejerciendo mi profesión.

A continuación mi historia, testimonio de lo que se puede hacer cuando se busca. Ciertamente es que no hay muchos espacios para los egresados de la carrera de Comunicación y Periodismo, pero siempre habrá un lugar para aquel que esté bien preparado y comprometido con su profesión.

CAPÍTULO 1.

LLEGÓ LA HORA... A LA CALLE

Estudiaba el segundo semestre de la carrera de Comunicación y Periodismo en la ENEP Aragón. Aproximadamente 300 compañeros cursaban la misma carrera y tenían similares objetivos a los míos. Esto era motivo para preocuparme por mi futuro laboral. Si quería alcanzar mis metas, debía empezar a buscarlas ya.

Mucho había escuchado sobre la importancia de involucrarme en la profesión desde antes de terminar la carrera, eso me daría paulatinamente las herramientas necesarias para competir en un futuro por un puesto de trabajo.

Ante esa perspectiva y luego de platicar con uno que otro periodista que ratificó mi versión, decidí salir allá, donde el periodismo espera a quien desea ejercerlo, donde tiempo después comprobé que sólo ahí se aprende esta profesión... hablo de la calle.

Mi decisión se vio apoyada por la huelga que azotó a la UNAM en aquel febrero de 2000. A falta de clases tuve tiempo para tratar de introducirme al mundo periodístico. Mientras varios de mis compañeros esperaban pacientes una solución, yo comenzaba a tocar puertas, hasta que un buen día una de ellas se abrió.

Ante esa primera oportunidad, desconocía los secretos de la profesión, los cuales sólo son revelados a quien está en constante contacto con ella. Comprobé que tenía que ingresar de inmediato a algún medio de comunicación para comenzar a comprenderlo y, a diferencia de otras profesiones (en las que las bases se aprenden en las aulas), reforzarlo con mi experiencia universitaria.

Aquella primera experiencia en los medios me permitió conocer de cerca al periodismo y ratificar que deseaba seguir estudiándolo, y todavía más, me dejé seducir por él.

1.1. Mi primera cabina, *Stereo Cien*

Salir a la calle no era tarea fácil, más aún cuando nunca me había enfrentado a ella, a sus sinsabores, colorido y vida. Pero había que hacerlo. Mi misión consistía en convencer a la gente que gustaba de la radio, para que escucharan *Stereo Cien*, una estación dirigida al “adulto-contemporáneo”, de la clase media-alta.

Mi experiencia escolar era insuficiente para buscar empleo. Terminaba el segundo semestre de la carrera de Comunicación y Periodismo. En esos tiempos era inminente el estallido de la huelga en la UNAM. El ambiente propiciaba tal incertidumbre, que algunos compañeros comenzaron a buscar otras opciones para continuar sus estudios universitarios... yo decidí permanecer en la ENEP Aragón.

No pasaron muchos días del mes de abril del 1999 cuando las banderas rojinegras ondeaban donde alguna vez posaba orgulloso el nombre de la institución. Aulas, auditorios y la explanada fueron tomados por integrantes del llamado Consejo General de Huelga... muy pocos conscientes de los verdaderos motivos por los que estaban “luchando”.

El incremento de las cuotas escolares fue el aparente detonador de la huelga. Un aumento que plantearon las autoridades universitarias y rechazado por diversos sectores de la población estudiantil, quienes exigían continuar con la modalidad de cuota voluntaria para ingresar y continuar sus estudios en la universidad. Entre voces a favor y en contra transcurría el tiempo sin ninguna solución. Pronto había que buscar alternativas: se llegó a la conclusión de que la UNAM impartiría las llamadas “clases extramuros”.

En el caso de la carrera de Comunicación, las clases se comenzaron a impartir en los salones parroquiales de una iglesia, enclavada en la colonia Campestre Guadalupana, del municipio de Nezahualcóyotl. Se ubicaba a unos diez kilómetros de los militantes del Consejo General de Huelga, quienes habían tomado las instalaciones de la ENEP Aragón.

El esfuerzo y optimismo de profesores y alumnos se vieron frenados porque las instalaciones distaban mucho de ser siquiera adecuadas para impartir y tomar clases. La comunidad estudiantil, por lo menos una cuarta parte, desertó de la carrera y otros muchos, ante el desalentador panorama, esperaron pacientes en sus casas una solución que tardaría en llegar y que les robaría seis meses de su vida escolar.

Simultáneamente a mis clases “extramuros” de tres horas y con aproximadamente 20 compañeros, intenté acercarme a los medios de comunicación, aprovechando que ahora tenía tiempo y sabedor de que más adelante, con la poca reputación con la que cargaría el alumnado de la UNAM, sería difícil hacerlo.

En ese entonces, ordenando papeles en mi casa, encontré algunos que pertenecían a emisoras de radio en provincia, de por lo menos 30 años atrás. Mi madre los había guardado porque alguna vez perteneció a las filas de una estación de radio en el municipio de Tehuacán, Puebla. Esos documentos de Puebla, Orizaba, Jalapa, Oaxaca y el Distrito Federal, estaban en hojas membretadas del Sindicato de Trabajadores de la Industria de la Radio y la Televisión... Después alguien me explicó que este sindicato tiene una fuerte influencia en las estaciones de radio en México... Ahí estaba la primera opción, había que acudir.

Mi currículum apenas se distinguía entre los cientos que el STIRT tenía acumulados en sus anaqueles. Tras dejar mi historia laboral, continué acudiendo a las oficinas, hasta que por fin me recibió el señor Antonio Morales. Debo decir que nunca supe qué cargo tenía, pero las secretarías – de quienes me había ganado su confianza – me dieron el tip de que ése era el “efectivo”.

Un día, el tal Morales, un tipo robusto, piel morena y rostro mal encajado, común de quien ostenta altos cargos, salió de su oficina, repleta de diplomas y reconocimientos, además de una bandera con el logotipo del sindicato, preguntándole a su secretaria por una llamada. Volvió la vista y luego de fruncir el entrecejo, por fin me permitió poner un pie en su despacho.

Es un hecho que esas primeras oportunidades se ganan bajo la ley del “aquí sigo y aquí seguiré”. Tras varias semanas de verme y sobre todo de escucharme, me extendió una carta para realizar prácticas profesionales en la emisora de radio *Stereo Cien*... El primer paso estaba dado.

“No nos hace falta gente en este momento. Además no tenemos qué ofrecerte”. Fueron las primeras palabras que Luz María Hernández, gerenta administrativa de *Stereo Cien*, me dijo al llegar a sus instalaciones, pero al ver la carta membretada y firmada por el STIRT, no le quedó más remedio que aceptarme, al menos por las tres semanas que señalaba la misiva.

No niego mi asombro al observar las cabinas profesionales de radio, consolas, micrófonos, los programas en computadora para emitir señales, principalmente la magia que llenaba la cabina cuando el operador abría el canal y alguien, tras el cristal, articulaba palabras que recorrerían las calles y las inundarían de sonidos. Sin duda, y pese al ambiente hostil originado por mi llegada, estaba en el lugar adecuado.

El operador de consola y delegado sindical, Rubén Ambrosio, fue el encargado de enseñarme los secretos de la cabina de transmisión. Ambrosio era un tipo serio que no le gustaba mucho la idea de compartir sus conocimientos, sin embargo, tenía una orden: capacitarme y lo debía cumplir.

Los primeros días apenas hablaba conmigo, como si supiese que antes de mostrarme algo, debía pagar derecho de piso. A cuenta gotas me decía cómo estaban asignados los canales en la consola radiofónica. En ese entonces, pensaba que la labor de Rubén era lo máximo, resultaba increíble cómo en una pantalla de computadora se almacenaban canciones, programas, promocionales y voces, perfectamente entrelazadas entre sí. Ambrosio decía que la radio era un rompecabezas al aire y, por ende, no podía presentarse un error.

Al cabo del tiempo y de mucho insistir, Rubén compartía conmigo sus conocimientos, incluso planteó un programa de trabajo: de lunes a viernes, clase teórica, sábados descansábamos y domingos estaban destinados para enseñanza práctica. No hace falta decir con cuánta ansiedad esperaba el fin de semana.

Sentarme frente a la consola de transmisión significaba una poderosa ola de emociones, entre entusiasmo, nervios y un poco de temor al futuro inmediato. Lo que se escucharía al aire a partir de ese momento yo lo programaría. Me imaginaba a cientos de personas escuchando mi trabajo y, por supuesto, no podía defraudarlas.

En ese transcurrir, cometí algunos errores, que como en cualquier partido de fútbol, me costarían ir a la banca. En este caso representada por un pequeño banco ubicado en la parte trasera de la cabina, donde era castigado.

En la estación, Rubén era el mejor y aprendí mucho de él, no sólo laboralmente, sino que se preocupó por alentarme en mi carrera y abrirme los ojos respecto a lo que me encontraría dentro de los medios de comunicación. Logramos una buena química, lo cual me permitió realizar mis prácticas con mayor confianza.

Las tres semanas transcurrieron pronto. Faltaban apenas dos días para terminar mis prácticas en *Stereo Cien*, cuando Rubén se acercó a mí y me dijo: “mañana se va de vacaciones la persona que se encarga de la intendencia, te puedo proponer para que la suplas los quince días que se va”.

En principio rechacé el ofrecimiento. Yo tenía estudios universitarios y no podía ser quien barriera y trapeara en esa empresa. No intuía que Rubén buscaba mi permanencia y conseguir que al final me permitieran continuar con mis prácticas.

El enfrentamiento conmigo mismo fue duro. Me di cuenta que mi actitud era discriminatoria y vergonzosa. Nada era yo al lado de quien con su esfuerzo tenía un trabajo de limpieza, suficiente para mantener una familia, al lado de un muchacho tonto que intentaba apenas conseguir un “chance”... A final de cuentas acepté.

Fueron dos semanas difíciles. No era sencillo caminar por los pasillos con una escoba y un recogedor en las manos. Hacerlo era lo más fácil, lo difícil era verme y dejarme ver haciendo trabajos de limpieza, incluso del baño, ante los ojos de todos: locutores, programadores, operadores. Me sentía estúpidamente rebajado.

Ahora entraba a la estación a las cinco de la mañana. Una hora antes del inicio del noticiario, las cabinas principales tenían que estar relucientes. Posteriormente debía limpiar las oficinas y sus grandes ventanales que dificultaban aún más mi “agradable” trabajo. Finalmente, al filo de las dos de la tarde, mis herramientas de limpieza las depositaba en la bodega y corría presuroso al lado de Rubén para continuar mi entrenamiento, que a pulso había conseguido.

Desconocía que me estaba ganando el respeto y admiración de todos los compañeros de la estación, y lo principal, inconscientemente estaba venciendo mi tonto orgullo. Al final, la experiencia y resultados serían una de las más grandes satisfacciones de mi vida, no sólo laboral, sino personal, pues creo haber arañado la verdadera sencillez.

1.2. “Allá afuera te esperan”, primer contacto con la gente

Aunado a dicha experiencia y a los conocimientos adquiridos en cabina, llegó la ansiada oportunidad e ingresé al Departamento de Promociones de *Stereo Cien*. Mi labor consistía en redactar cápsulas y notas de artistas, organizar eventos promocionales en la calle, así como en el interior de la república. Mi primer trabajo en los medios había llegado.

Dentro de mis primeras actividades estaba la redacción de trivias musicales para los radioescuchas, consistentes en una serie de preguntas que el locutor mencionaba al aire y las primeras personas que contestaban ganaban un pase doble para una premier cinematográfica.

Aprendí que el lenguaje sencillo en radio es fundamental para mantener la atención del auditorio. El ser breve y conciso era tarea esencial dentro de mis redacciones que, por supuesto, eran corregidas, o en su caso pulidas, por la que fue mi jefa directa durante casi tres años, Ángeles Arrollo, directora del Departamento de Promociones de *Stereo Cien*, una mujer de 26 años, estricta en el trabajo, pero comprensiva para los que estábamos empezando.

Al tiempo que las cosas caminaban mejor en la emisora, en el aspecto universitario, las clases de tres horas por la mañana, en condiciones desfavorables, pero al fin y al cabo avaladas por la UNAM, me permitieron cursar el tercer semestre. Al mismo tiempo marcaron a toda la población estudiantil de la máxima casa de estudios.

La huelga comenzó a dejar secuelas muy pronto. En una ocasión, platicando con Luz María Hernández, gerente en la emisora, dijo que no volvería a aceptar en la empresa a ningún egresado de la UNAM: “vagos así no quiero, la universidad les permite estudiar y esa bola de huevones no lo hacen, no quieren pagar una pinche cuota por la educación que reciben”. Concluyó diciendo que yo era un tipo con suerte y que me diera de santos por estar en *Stereo Cien*.

Al terminar las mencionadas clases extramuros —al filo de las 13 horas más o menos— corría hacia la emisora, pues entraba a las dos de la tarde. Los martes y jueves teníamos premier. En la camioneta de la estación, pintada en color azul y equipada con una pequeña consola de transmisión para los enlaces en vivo, íbamos a los cines correspondientes y organizábamos concursos y dinámicas para que nuestro auditorio ganara algún obsequio.

La misión consistía en ganarse la atención de decenas de personas mediante concursos, que a final de cuentas buscaban promocionar la estación. Sin embargo, la gente sólo querían entrar a ver la película y poco les interesaba participar en las dinámicas para ganar discos, globos, playeras o alguna taza con logos de la emisora.

Conmigo trabajaban tres compañeros, quienes pertenecían al mismo departamento de promociones. Pero como suele suceder, cada uno quería mostrar lo mejor. A mi parecer la competencia no era justa: mientras yo luché por trabajar en la estación, ellos no habían hecho nada por ingresar a la empresa. Las relaciones entre su familia y los dueños les “brindaron la oportunidad” de entrar.

Se trataba de Rogelio García, de clase económica alta y estudiante del segundo semestre de Periodismo en la Universidad Iberoamericana; Mayte Brunet, misma situación económica y de la Universidad Anáhuac; cerraba el tridente Erika Carpio, colega de la ENEP Acatlán. Por supuesto, yo debía mostrar que Aragón tenía un digno representante.

Al paso de los días nos fueron alternando para salir dos días a la semana y hacer “ruta”. Consistía en recorrer diversos cruces de importantes avenidas de la ciudad y realizar concursos promocionales en la calle. Éstos estaban destinados principalmente a la gente de clase económica alta, a la que poco le interesaban dinámicas “sosas” y mucho menos exponerse al ridículo sólo para obtener una taza que bien podían comprar por docenas, lo que dificultaba atrapar su atención.

No sé por qué, pero mis compañeros tenían más facilidad de palabra que yo. A mí me daba pena enfrentarme a la gente, convencerla de algo me aterraba, y al momento de tomar el micrófono para llamarla me trababa. En cambio, para ellos era muy sencillo. Es algo que debo reconocer: en las universidades privadas les enseñan a sentirse jefes desde el primer momento. Ese sentimiento de superioridad sí lo reflejan, y en ese sentido es positivo.

Tenía que vencer mi timidez y pronto, la constante lucha por hacerlo fue notoria y significó que poco a poco me ganara la confianza de Ángeles. Además, a diferencia de mis compañeros, quienes faltaban constantemente al trabajo argumentando una leve gripa o la presentación de un examen, sumada a esa actitud de indispensables que a veces mostraban; yo trataba de ser puntual, de no faltar y de mostrar mucho interés por aprender.

Mi sueldo no rebasaba los mil 500 pesos. Para mis compañeros era suficiente para gastar un fin de semana. Para mí todo lo contrario, había que pagar pasajes, comidas y gastos escolares, pero lo importante es que estaba dentro de *Stereo Cien*.

Por supuesto que también aprendí algo de mis compañeros. Por ejemplo, a Rogelio le admiré la seguridad que transmitía. Su familia y escuela le enseñaron a sentirse “grande y dueño” de las situaciones, era como si por el sólo hecho de ser él, mereciera todo. A veces en la UNAM nos quedamos con la etiqueta de ser únicamente luchadores, pero también debemos aprender a sentirnos grandes, no sólo revolucionarios, sino hacendarios. Esa enseñanza te la debo a ti, mi buen Roger. Los estudiantes debemos dominar nuestro entorno, a partir de los conocimientos... “pon las cosas en su sitio que ellas de darán el tuyo”.

1.3. ¡A reportear se ha dicho!

Por fin terminó una huelga que muchos no comprendimos. Era el momento de la estabilización. Los estudiantes regresaban a las aulas aún con rostros de incertidumbre, temerosos de las consecuencias de la suspensión de labores, secuelas que comenzaron el primer día que ondearon las banderas rojinegras. La ENEP Aragón era un basurero, los salones estaban llenos de polvo, las áreas verdes descuidadas y un presente completamente incierto. Yo comenzaba el cuarto semestre, ahora me sentía contento y con más compromisos. Tenía un trabajo y mucho camino por delante.

En el trabajo vi llegar los primeros resultados. Mi jefa inmediata trabajaba también en una revista para niños. Recuerdo que se avecinaba la presentación de la película *Serafín*. En el mundo de los niños esta noticia era de ocho columnas. Ángeles no podía asistir. No tengo que decir a quién le pidió el favor.

Durante el viaje a Pachuca, ciudad donde se filmaría la cinta, debido a los paisajes que ofrecía el “Parque Nacional El Chico”, me consumía de nervios. No conocía a nadie de ese mundo. El autobús que abordamos varios reporteros desde el Distrito Federal, pronto llegaría a la “bella airosa”.

Los compañeros encargados de cubrir la fuente de espectáculos preparaban cámaras y micrófonos. Yo por vez primera usaría uno, así como una grabadora Marant (de las mejores para reportear). Serafín ya me esperaba. Al otro día cumpliría 20 años, era la oportunidad de estrenarme como reportero antes de que eso pasara.

Al llegar al lugar de la filmación: un castillo tipo medieval y con tintes escabrosos, enclavado en la parte alta de Pachuca, ya me había hecho cuate de una reportera de Radio 13, quien amablemente –tras narrarle mi nula experiencia- me dijo que tuviera confianza e hiciera todo de acuerdo con lo que me pareciera conveniente, que preguntara al director y a los actores lo que a un niño le gustaría saber.

“Les pedimos que tomen sus lugares. Vamos a dar inicio a la conferencia. Las preguntas al final por favor”. Para cuando se escucharon esas palabras mi pluma estaba alerta a cualquier detalle. Al final de la rueda de prensa no me atreví a cuestionar nada, sentía que alguna pregunta mía se escucharía tonta al lado de los maestros del periodismo. Decidí esperar y al final sufrí.

Al cierre de preguntas y respuestas no tenía ningún audio que me sirviera y en breve los personajes se retirarían. Traté de acercármeles y de pronto me ví frente al primer actor Enrique Rocha. Estaba solo. Había que decir algo. Tras solicitarle unos minutos, comencé a hilvanar preguntas. Él las fue contestando con la monotonía de quien responde algo trillado y ante preguntas poco interesantes. Lo percibí de inmediato y, con el miedo de llegar a aburrirlo, le cuestioné sobre si ya se habían agotado sus argumentos como primer actor, pues ahora formaría parte del reparto de la película Serafín. La respuesta fue tajante y un tanto grosera, pero al fin logré interesarlo en una de mis interrogantes... así la historia de mi primer entrevista.

Ya con más confianza y entre un tumulto de actores y reporteros, me acerqué y entrevisté al director René Cardona, también a Sherlyn, Jordi y a otros actores infantiles. Tomé algunas fotografías para la revista y al final del día me sentí satisfecho. En medio de diversas locaciones que emulaban castillos de princesas, sentí que el esfuerzo valió la pena.

Tras la redacción de la crónica, el día de mi cumpleaños le entregué el material a Ángeles. Esperaba miles de felicitaciones ante un trabajo que según yo era de primer nivel. Al observarlo me dio las gracias más secas de mi vida. En ese momento no entendí que el agradecido debía ser yo por la oportunidad. Ángeles me hizo algunas correcciones, pero reconoció que no estaba mal para ser la primera vez.

Yo desbordaba felicidad y en la siguiente semana fui el primero en comprar la revista *Cucurucho*, una publicación formato estándar que incluía reportajes, cuentos, leyendas y notas especiales de los artistas infantiles del momento. Busqué de inmediato la nota sobre Serafín, en efecto, ahí estaba bajo el título, “Te presento a mi amigo Serafín”. La redacción era la mía, mi sonrisa no cesaba. Sin embargo, al final de la página, con letras en negritas, versaba: por Ángeles Arrollo. No tenía caso seguir leyendo. Pese a analizar la enriquecedora experiencia que representó “Serafín”, mi primera frustración laboral estaba en puerta.

Así comenzó mi coqueteo con el periodismo, pero faltaba mucho para llegar a ejercerlo, con lo todo lo que conlleva esa palabra. No bastan medias oportunidades o limosnas de enseñanza... para comenzar a aprender, permití diversos abusos. Hoy me queda claro que mi trabajo, no lo vuelvo a regalar.

Fue un invierno frío el de aquel diciembre del 2000. Terminaba ya el cuarto semestre, en el cual descubrí el amor por mi carrera con asignaturas como Reportaje, Entrevista y Técnicas Audiovisuales, dichas materias exigían salir a la calle, esa calle que tanto da y nada pide.

Recuerdo un reportaje que nos pidió la maestra Guadalupe Pacheco sobre el Antiguo Edificio de Correos, ése que se erige orgulloso en la esquina de Eje Central y 5 de Mayo, en el corazón del valle de México. Además de las empaçadas de interesante historia que conllevó hacer el reportaje, el gusto por conocer cosas nuevas y después transmitir las a nuestro auditorio (en este caso las vidas del grupo 414 de la ENEP Aragón) significaba esa sazón que sólo te da el famoso “poder de la información”, lo que uno les dijera, sería lo que ellos sabrían.

A partir de lo de “Serafín”, empecé a tener más oportunidades en *Stereo Cien*. Las rutas promocionales en la calle las designaba yo, de igual modo escogía qué, dónde y cómo se regalarían los artículos. Las rutas de la unidad móvil en la calle me dejaron muchas enseñanzas y ayuda para vencer mi pánico escénico. En la vía pública encontraba infinitas formas de pensar. Había quien me felicitaba por ir a su colonia, otros a los que les era indiferente y algunos más que me pedían me retirara, sólo porque no era de la estación de radio de su preferencia.

Las dinámicas en la calle no eran sencillas. Había que atrapar la atención de la gente de los alrededores, algunos llevaban prisa y a otros no les interesaba ganar una pinche taza o playera, pero ese era nuestro trabajo. El perfil de la estación estaba encaminado al público adulto, un auditorio ocupado en otros asuntos y no en obtener regalos promocionales.

Lo más rescatable de las dinámicas en calle era el trato con las personas, con sus diferentes personalidades. Hoy día la gente exige argumentos fuertes para creer... A fines del 2000 lo estaba descubriendo.

Cinco veces al año la emisora regalaba viajes al interior de la república, principalmente a destinos de playa. Llegó otra oportunidad, un viaje promocional a Los Cabos, Baja California Sur. Ángeles al frente, acompañada por diez radioescuchas y el productor de los enlaces, Pepe Anzures, quien a su vez se hizo acompañar por un aprendiz en producción, sólo puedo decir que estudiaba en la ENEP Aragón.

El equipo para los enlaces en vivo consistía en una consola llamada Cell-Cast. En ésta se ecualizan las voces, se reciben y emiten las ondas sonoras y va conectado a una línea local para lograr una mayor efectividad. Ese era mi trabajo y se hacía en cada enlace. Con las peripecias propias de un novato, afortunadamente todo salió bien.

Además del trabajo de producción, me encargaba del grupo de radioescuchas: les asignaba sus horarios de comida, entrevistas y tiempo libre. Asimismo, armaba spots promocionales para futuros viajes. Debo reconocer que me gustaba más relacionarme con la gente que permanecer encerrado en una cabina, esta última labor era fría y monótona; en cambio, la organización de las personas me permitía conocer mi capacidad para lograr consensos.

De igual modo, debía acudir a los lugares turísticos de Los Cabos para realizar algunas entrevistas. Los viajes eran de intercambio; es decir, Mexicana de Aviación, los hoteles y diversos puntos turísticos nos daban su servicio a cambio de que *Stereo Cien* los promocionara en la ciudad de México.

En un famoso lugar conocido como “Los Arcos”, por su forma rocosa y porque en ese punto se unen el Océano Pacífico y el mar de Cortés, esto en el corazón de Baja California Sur, tenía que entrevistar al gerente de esa zona turística, Lucas Stan, de origen estadounidense. Él debía hablarme de lo maravilloso de esa tierra, pero alguien tenía que preguntarlo primero... Al hacerlo recordé que nunca debí dejar mis clases de inglés, ahora me hacían falta.

Como pude hilvané algunas palabras acompañadas de esos gestos que nunca le sobran a alguien que le faltan palabras para expresarse. Hoy día reconozco lo indispensable que resulta dominar otros idiomas, conocer otras culturas.

Cada diálogo con gente relacionada con el turismo me dejaba algo. Son personas acostumbradas a convencerte y no dejarte escapar por nada. Sus argumentos, de por sí sólidos, los acompañan de amenidad, algo que le haría muy bien al periodismo actual: más soltura y menos seriedad; la gente desea leer o escuchar historias, busca un periodista que le cuente y narre el acontecer ciudadano y no sólo lo informe.

En los ratos libres, Ángeles me compartía sus experiencias en radio. Me explicaba la importancia de darle al auditorio hasta el dulce que se le había ofrecido al aire. Señalaba que había un gran ojo monitoreando lo que decíamos y cómo lo hacíamos. De igual modo, comentó que la Secretaría de Gobernación estaba al pendiente de las transmisiones radiofónicas, y ante cualquier anomalía, vendría la invalidez de la concesión.

Mientras preparaba el material para que Ángeles se enlazara en vivo, soñaba con que algún día mi voz también se escuchara en la radio y no sólo en mi casa. Al paso de los años comprobé que esas grandes realidades nacen de los pequeños sueños.

La semana siguiente al viaje a Los Cabos, entregamos un audiovisual en la ENEP Aragón, relacionado con la vida y obra del máximo genocida en la historia, Adolf Hitler. El momento de la grabación en la cabina de la escuela significaba mis primeros ensayos. Me di cuenta de lo distinto que era el campo laboral al de la universidad. En el aula hay tiempo de corregir y volver a intentar, cuando el campo laboral exige tener una solución inmediata y funcional. A veces pienso lo conveniente que sería incrementar los nexos entre universidades y empresas de comunicación. Incentivar que el alumno se involucre lo antes posible en el entorno laboral y dejar de poner tanto énfasis en entregar un trabajo en fólder.

Así la importancia para el alumnado de esta carrera: empezar a ejercerla desde los primeros semestres, casi podría asegurar que luego puede ser tarde.

1.4. Dime qué produces y te diré quién eres

Tiempo después, Andrés Ruiz, director artístico de *Stereo Cien*, me enseñó a producir spots y promocionales de radio. Se arman en un programa llamado Proo Tools, que registra las ondas sonoras y permite modificarlas para crear una especie de rompecabezas. El anterior “juguetito” tuvo un costo cercano al millón de pesos en el año 2000.

La comercialización también es un aspecto importante para la manutención de las estaciones de radio. De la venta de sus espacios al aire se obtienen las principales ganancias para solventar sueldos de empleados y compra de equipo radiofónico. Los spots radiofónicos en *Stereo Cien* estaban dirigidos principalmente a la clase media alta; es decir, a la de mayor poder adquisitivo.

Las empresas envían su comercialización a las estaciones de radio en cintas de doble carrete, y también en mini disc. La regla impide que duren más de 30 segundos. Estos spots deben grabarse en el programa de cómputo llamado Dalet, que es donde se almacena y reproduce el material auditivo de una emisora.

El trabajo de producción era extra al de promoción. Fuera de mi horario de trabajo, aprendía el arte de los rompecabezas en radio. El aniversario 25 de *Stereo Cien* estaba en puerta y se venía una intensa campaña que consistió en regalar viajes para incrementar el número de radioescuchas. En ese entonces leí mucho sobre la música de las décadas de los 70, 80 y 90 en inglés: Diana Ross, Elvis, The Beatles y todos sus contemporáneos debían estar almacenados en mi mente. Redactaba notas y cápsulas sobre sus vidas para que después Ángeles las grabara.

Volvían también mis conflictos con el idioma inglés. Los libros que adquiría la estación, la mayoría procedentes de Estados Unidos, venían en inglés. La información tenía que ser tan exacta que no me era permitido conseguirla vía Internet o de alguna revista. Yo sabía muy poco de toda esa música. Pero ese era mi elemento de trabajo y, con diccionario Inglés/Español en mano y horas extras, tuve que sacarlo adelante.

Lo mismo sucedía en cuestión de películas. La emisora regalaba algunas al auditorio si contestaban trivias sobre ellas. Dichos cuestionamientos los escribía con posibles respuestas, que posteriormente Ángeles decía al aire. Aprovecho este momento para acentuar que, en la mayoría de los casos, quien presta su imagen o voz, al final es quien menos colaboró en la realización del programa. Previo hay una infinidad de cerebros que arman todo el proceso y definen las formas de producirlo. Ángeles explicaba al aire en tres minutos lo que un tal Óscar Hernández había investigado en tres días. Lo mismo sucede en noticiarios, quien lee las noticias, quizá es quien menos sabe de ellas.

Con el aniversario en puerta, Núcleo Radio Mil, grupo al que pertenecía *Stereo Cien*, ordenó la creación de la página de Internet. Otra oportunidad se avecinaba, lo malo es que mucho de mi trabajo fue anónimo bajo un inexplicable pie de nota: redacción *Stereo Cien*.

En esta página, se explicaba el perfil de la emisora, un poco de su historia, así como la de sus principales artistas. También hablaba de sus promociones y viajes. Mi trabajo consistía en mantener actualizado al auditorio sobre las últimas noticias de sus artistas en inglés: que si Michael Jackson se había vuelto a casar o si Peter Gabriel aparecía de nuevo en el Top Ten de Billboard.

Por supuesto, había que darle un toque de elegancia, como suele suceder en la mayoría de empresas. El slogan o parte de la campaña debe ser en inglés. Continuamos relacionando este idioma con progreso y, desafortunadamente, el idioma castellano, el más extenso pero menos explotado, está vinculado con el tercer mundo. Lo mismo sucede en radio: las estaciones que transmiten música o noticias en inglés, adquieren un *status* mayor a sus similares en español.

“La Zeta es una buena emisora y tiene tanto éxito porque hay mayor número de nacos en México, la gente culta está con nosotros”, con este ejemplo Luz María Hernández recalcó la diferencia de lo que ella llamaba la gente preparada, aquellos que escuchaba música en inglés, y la “masa”, la cual prefería oír música “sin sentido”.

Es una idea que ha permeado con el paso del tiempo y nosotros hemos dejado que tome mayor fuerza. Lo hecho en México lo marginamos, escogemos los productos dependiendo de su origen. Lo mexicano tiene menor valor y lo importado cobra valía, sin saber que también lo realizan en nuestro país.

De este modo también debía redactar la información en inglés. Sabíamos que nadie la leería, pero sí nos daría una posición en el auditorio, el cual hablaba netamente castellano, pero sin duda esas notas en inglés las relacionaba con el dominio, poder adquisitivo, solvencia y elegancia de *Stereo Cien*.

A final de cuentas, quien paría los chayotes era yo. Fue un ejercicio de mí para mí. Ejercitar mi inglés para que lo leyera yo mismo o algún despistado que encontrara la página e intentara traducirla. Pero ese no era el objetivo, dicha información no buscaba que la interpretaran sino que se dieran cuenta del “poderío” de *Stereo Cien*.

Stereo Cien me permitió descubrir el medio, enamorarme de él, conocer la calle y, sobre todo, saber que mi profesión exige salir del aula cuanto antes. Se estudia adentro, se aprende afuera.

Supe también que la calle y lo que acontece en ella, son herramientas de trabajo para el periodista. Años después comprobaría que la calle no tiene paredes porque no alcanzarían para resguardar el terrible y maravillosos acontecer de la vida misma.

Mi primera experiencia laboral me permitió saber que la preparación debe ser continua y no limitarla solamente a enseñanzas escolares, saber que mi profesión es de iniciativas y de un sinfín de cuestionamientos.

Ahí queda *Stereo Cien*, mi debut en grandes ligas. También debo decir que para estar en esa empresa tuve que pagar un precio: permitir cierta explotación laboral por el simple hecho de no tener experiencia, parecido a pagar derecho de piso. Sin embargo, quedan de igual modo las enseñanzas laborales y de vida que, por supuesto, jamás devolveré.

Capítulo 2.

Periodismo de campaña política, vamos a la calle

Durante mi segunda etapa laboral las promociones de radio las cambié por la redacción de boletines para una campaña política.

Mi labor consistía en cubrir todos los actos proselitistas del candidato del Partido Convergencia a la jefatura delegacional en Miguel Hidalgo, el licenciado Cuauhtémoc Velasco. Posteriormente, redactar boletines de prensa y enviarlos a los diversos medios de comunicación para que los publicaran.

Durante la campaña electoral, desempeñé otras funciones, como fotógrafo y promotor del voto. Recorrer las calles de la demarcación en busca de la preferencia electoral se convirtió en el pan de cada día.

Sin embargo, mi mayor enseñanza quizá no fue tanto ejercer mi profesión, sino entender y comprender cómo se hace la política, lo cual me dio la oportunidad de juzgarla en su justa dimensión y con todos los parámetros que se tienen que tomar en cuenta.

Fueron aproximadamente cuatro meses de intensa campaña proselitista, que más allá de ser pesada en cuanto a jornadas laborales, sin horarios de comida y mucho menos de salida, también fue un periodo apasionante, plagado de enseñanzas y de formas de comprender el entorno político. En pocos días y sin buscarlo, me descubrí completamente involucrado en el trabajo. No cabe duda que la política absorbe todos los sentidos de quien la practica.

2.1. Que vote por *Convergencia*

Tras mi paso por *Stereo Cien*, se presentó la oportunidad de colaborar en un partido político: Convergencia, fórmula política relativamente nueva, que en elecciones pasadas a nivel estatal y federal, sólo aspiró a conservar su registro. Aquel abril del 2003 fue tiempo de comicios electorales en el Distrito Federal. Convergencia buscaría la jefatura delegacional en Miguel Hidalgo.

Un compañero de la emisora me recomendó que buscara a un tal Renato Consuegra, coordinador de la campaña de prensa de Cuauhtémoc Velasco, candidato del partido “naranja” en Miguel Hidalgo. Esta persona solicitaba reporteros para la cobertura de todos los actos públicos durante la antesala electoral.

Faltaban dos días para finalizar marzo, cuando acudí a la Asamblea Legislativa del Distrito Federal. Había pactado una cita con Consuegra para platicar sobre el trabajo. La reunión sería en el recinto de Donceles, pues el ahora candidato a delegado por el Partido Convergencia, era diputado local de la tercera legislatura.

Durante la cita, Renato me explicó sobre las labores a desempeñar: cobertura de eventos, redacción de boletines, acompañar al candidato durante sus recorridos por la demarcación. Me advirtió que no había horarios, debía estar disponible las 24 horas del día.

Fumando su cigarro, me ofreció un sueldo de cuatro mil pesos mensuales, cifra poco tentadora, pero superior al salario que percibía en *Stereo Cien*. Acepté. No imaginaba cómo sería en la práctica este nuevo trabajo, las nuevas enseñanzas, lo positivo que traería el conocer a otros compañeros con todas sus vivencias y lo que podría aprender de ellos. Todo eso me ilusionaba mucho.

Segundos después de aceptar el empleo, Consuegra se levantó de su escritorio y de un anaquel tomó siete bloques de síntesis informativa, integrado por artículos y columnas de periódicos. Me explicó brevemente la importancia de que el candidato fuera tomado en cuenta por los medios. Este último punto sería mi principal misión.

En ninguna de las síntesis había alguna nota informativa que hablara de Cuauhtémoc Velasco, ahora también mi candidato. Mi nuevo jefe me advirtió que eso respondía a la falta de trabajo de prensa, sin esa labor todo intento por ganar la jefatura delegacional sería en vano, pues la gente en su mayoría vota por quienes se habla en los medios de comunicación. A Velasco ni siquiera se le tomaba en cuenta. Se avecinaba una difícil faena.

Una vez aceptado el reto, regresé a las instalaciones de *Stereo Cien* para agradecer la oportunidad. Luego de platicar con mi ex gerente, Luz María Hernández y con Ángeles Arrollo, salí del edificio cargado de nuevos proyectos e ilusiones. Sabía que mi ciclo en la emisora había terminado y que se avecinaban experiencias completamente desconocidas para mí. Al siguiente día vendría mi primera jornada laboral en el partido, había que acostarse temprano. Era la víspera de una etapa más en mi vida.

Por lo pronto, el centro de operaciones sería la oficina de Convergencia en la Asamblea Legislativa: dos cuartos de cinco por cuatro metros que daban a la calle de Allende, un par de computadoras, circuito cerrado de televisión donde transmitían las intervenciones de diputados en el pleno y una gran cantidad de pendientes del partido, expedientes que no se volverían a abrir... El despacho se había transformado en una casa de campaña.

Dentro de mi adaptación, conocí este recinto legislativo. El edificio de la asamblea es una verdadera obra de arte, construido por arquitectos mexicanos a finales de 1910, bajo instrucciones del presidente de México, Porfirio Díaz y declarado Monumento Histórico desde 1987. Este sitio ha sido albergue de hechos históricos importantes, tales como la aprobación de la Ley de Expropiación Petrolera, propuesta por el Presidente Lázaro Cárdenas del Río. Hoy día cuenta con un salón de plenos muy grande y tres pisos para dar albergue a los partidos Revolucionario Institucional, Acción Nacional, de la Revolución Democrática, así como a los del Trabajo y Convergencia.

Lo más triste fue darme cuenta que a más de tres meses de terminar la gestión de la tercera legislatura, ya casi ningún diputado acudía a trabajar. Las sesiones en el pleno se cancelaban por falta de quórum... A ningún legislador le preocupaban ya sus deberes, faltando 90 días para concluir las labores legislativas. Había otras cuestiones en mente, como las de mi jefe, el diputado Velasco, quien ya se encontraba en campaña.

Tenía como compañeros de trabajo a un par de jóvenes, Jorge Sánchez, encargado de los diseños para publicitar la campaña, y Diana Carbajal, licenciada en Derecho, quien se ocupaba de asesorar al diputado en los compromisos que pactaba con los vecinos de la delegación Miguel Hidalgo.

La campaña formal comenzó con el registro de Cuauhtémoc Velasco ante el Instituto Federal Electoral. Delante de autoridades de esta última instancia, el todavía diputado se comprometió a trabajar por la democracia y a combatir la delincuencia y el desempleo. Sin duda, los dos factores que más les preocupaban a los habitantes en Miguel Hidalgo.

Grabadora y libreta en mano, tomé mis primeros registros. Mi jefe directo, Renato Consuegra, me había señalado que en la redacción del boletín político debía enseñarle a hablar a quien ofreciera el discurso; es decir, el texto versaría sobre lo que el diputado había dicho corrigiendo sus fallas e incluyendo las promesas y propuestas que había olvidado y que, por supuesto, no se podían omitir.

Consuegra era un hombre de baja estatura, moreno y calvo. En 1992 obtuvo el Premio Nacional de Periodismo por un ensayo titulado “La vida en Cuba”, y al cual – según él – no le sacó el debido provecho al no difundir dicho galardón en el medio periodístico.

En mi primer boletín se leía: Cuauhtémoc Velasco, candidato por Convergencia a la jefatura delegacional en Miguel Hidalgo.

2.2. ¿Boletines o notas proselitistas?

Al término de algún evento proselitista, la redacción de los boletines tenía que ser rápida, escribirse en menos de quince minutos y con no más de seis párrafos. La regla era incluir en los dos primeros los principales temas abordados por el ahora candidato, así como sus propuestas de campaña. Ya en el cuerpo del boletín se daban los pormenores del lugar, de la gente y del ambiente generado por la visita de Velasco.

Consuegra contaba con una agenda de medios, que incluía desde Televisa hasta la Radio Voladora, emisora comunitaria del municipio de Amecameca. A más de 50 medios se les hacía llegar nuestro boletín, con la esperanza de que alguno lo tomara en cuenta y lo publicara al día siguiente.

Comenzar con los ofrecimientos de campaña y anexar los problemas básicos de la gente, eran dos puntos que no podían faltar en los boletines. También se tomaban fotos de los actos públicos, a los cuales asistían no más de 15 o 20 personas. Nuestra labor era lograr más adeptos para un partido que aún no estaba bien identificado como alternativa política.

Convergencia es un partido pequeño que aspira, contienda a contienda, a conservar su registro. Los ciudadanos sabían muy poco o nada de esta fórmula partidista, que obtuvo en 1999 su registro ante el IFE como Partido Político y que, hasta el 2006, ha obtenido una senaduría, dos diputaciones, 20 curules locales, más de 300 regidores y 11 presidentes municipales, principalmente en los estados de Veracruz y Oaxaca.

El objetivo fue convencer a la gente de que Convergencia por la Democracia, como se llamaba hasta el año 2002 (posteriormente se llamó sólo Convergencia), era una opción política, que paulatinamente cobraba fuerza, aunada a la falta de credibilidad por parte de la gente hacia las tres principales fuerzas partidistas (PRI, PAN Y PRD).

A nuestro favor estaban las fallas de los tres partidos mayoritarios. En ese entonces gobernaba en Miguel Hidalgo Arne Aus Den Ruthen Haag, de Acción Nacional, y la gente se mostraba inconforme. Se quejaba por la supuesta corrupción y engaños de parte del actual delegado, afirmaban también que nadie se ocupaba de atender las necesidades básicas de la comunidad, tales como la falta de agua, de seguridad social y repavimentación de las calles. Por ello, la opción del partido “naranja”, era posicionarse como una opción, lejos de corruptelas y falso poder. A muchas personas les comenzó a agrandar la alternativa. El candidato Velasco era un hombre experimentado, quien buscaba acercarse a la gente. La carrera comenzaba y para mí ya se tornaba apasionante.

Sin duda, una campaña política requiere de muchas horas de entrega. Mi horario de entrada era a las nueve y si me iba bien, a las diez de la noche estaría en casa. Aunque el tiempo transcurría muy rápido para mí, quizá porque la mayor parte lo pasaba en la calle.

2.3. Periodismo de campaña, vamos a la calle

Tras el registro en el IFE de Cuauhtémoc Velasco como candidato a la jefatura delegacional en Miguel Hidalgo, la tarea siguiente consistía en visitar las setenta colonias que conforman la delegación, en busca de la anhelada preferencia electoral para el seis de julio de 2003. Jorge Sánchez, listo con su cámara fotográfica para capturar el momento en el que Velasco firmara el documento que lo convertía oficialmente en candidato para obtener la demarcación; Diana, papel y pluma en mano para recabar las necesidades de la gente; un servidor con grabadora y libreta, extrayendo los puntos más importantes para posteriormente escribir una crónica de los hechos.

La campaña debía ser expansiva, pues quedaban sólo tres meses para las elecciones. La primera visita fue al mercado de Tacubaya, ubicado en la zona poniente de la ciudad, a un costado de la delegación Miguel Hidalgo. Una plaza siempre problemática y conocida entre los vecinos como nido de delincuentes. Como antecedentes, en este sitio comercial eran constantes las riñas colectivas entre las pandillas de la zona, incluso, en uno de estos enfrentamientos habían ocurrido dos asesinatos. Los corredores eran angostos, los locales pequeños, con poca ventilación, falta de agua y por si fuera poco, los vecinos tiraban la basura a las afueras de los comercios.

Fuimos recibidos con escepticismo. La gente ya no creía en partidos ni candidatos, pero nos regalaba un poco de su tiempo al ver que no representábamos a los tres típicos. Acudimos uniformados. Portábamos una playera naranja chillante con el logo del partido en la espalda. Por supuesto, el candidato ya había “contratado” personal para ayudarlo en sus actos. Cerca de treinta paleros coreaban el nombre del partido y ondeaban las banderas naranjas, todo por cien pesos al día.

La mayoría de los contratados no tenían ni siquiera la secundaria terminada. Era gente sin oficio ni beneficio que se prestó a gritar, pintar y corear el nombre de Convergencia. La imagen que de ellos percibí, aunada a algunas charlas que entablé con ellos, era la de ciudadanos que mediante esta campaña pretendían mejorar su estilo de vida; pensaban que de ganar las elecciones, Convergencia les daría buenos empleos. Lejos estaban de la realidad, para Cuauhtémoc Velasco eran simples borregos que sólo le servían para corear su nombre.

Matracas en mano, banderas y un horrible griterío enmarcaban el primer acto de Cuauhtémoc Velasco. En este mercado, mucha gente, la mayoría de estrato social bajo, se le acercó para solicitarle apoyo de dispensa para niños y adultos mayores. También fueron recurrentes las inconformidades por la falta de agua y el exceso de basura en las inmediaciones de la plaza.

Lograr que la gente me escuchara y aceptara un volante propagandístico, significaba un logro y esto comenzaba a tornarse importante para mí. Sin darme cuenta, de sólo redactar los acontecimientos empecé a involucrarme de tal forma que me emocionaba ir a los actos de campaña, escuchar a las personas y darme cuenta del enorme poder que tiene la política. De este modo, ganar la jefatura en Miguel Hidalgo se transformó para mí en una competencia intensa y apasionante.

Los primeros días acudíamos por lo menos a cuatro lugares distintos, escuelas, oficinas de gobierno, mercados, unidades habitacionales, entre otros. Todos ellos tenían un común denominador: la inconformidad ante la actual administración delegacional.

La estrategia de campaña consistía en rescatar los valores de la gente, sus ideales y retomar sus problemas básicos. Ganábamos algunos adeptos, pero no los suficientes para competir y vencer en el mes de julio siguiente. Además participábamos en una contienda desigual con los grandes partidos, los cuales quintuplicaban nuestro equipo y material de campaña.

Durante los actos proselitistas, el diputado se hizo acompañar de una mujer llamada Virginia Vázquez, candidata a diputada local también por Convergencia. A ella le asignó el trabajo electoral con las mujeres. Su labor consistía en organizar cursos y talleres de costura, florería, bordado, pintura y escultura, impartidos de manera gratuita entre las féminas de Miguel Hidalgo, para así obtener el ansiado voto.

Estos talleres tuvieron gran aceptación entre la comunidad femenil. En cada evento contábamos con la participación de 150 mujeres en promedio, desde adolescentes hasta personas de la tercera edad. Todas ellas interesadas en aprender cómo hacer artesanías en madera, tejidos, bordados y el cultivo de plantas y flores. El equipo de campaña celebraba tanta asistencia, desafortunadamente aquellas féminas —por lo que platicué con ellas— ya tenían definido su sufragio... y no por Convergencia.

Varias mujeres habían sido convencidas previamente por la competencia. Ante despensas que alcanzaban los 50 productos de la canasta básica y un costo que rebasaba los mil pesos, sumado a diversos eventos populares, organizados por el PRD, PRI y el PAN, Convergencia se veía disminuido y por mucho.

Con esto, el trabajo se duplicaba. Por si fuera poco mi jefe, Renato Consuegra, un tipo inteligente y sabedor de las relaciones humanas, comenzó a tener trato con Pepe Alcaraz, candidato de Convergencia para la jefatura de Tlalpan. Consuegra me decía que había que apostarle a varios frentes, por lo que me tenía que preparar para también colaborar en la campaña de prensa de este sujeto. Sin duda Renato sabía moverse, le gustaba trabajar y lo contagiaba.

En la lucha por ganar Miguel Hidalgo, el candidato panista, Fernando Abóitiz, era el rival a vencer. Tenía a su favor que el actual delegado era también del PAN, además de que ya llevaba varios meses de campaña, intercambiando votos por “obsequios”.

Con el paso del tiempo, las visitas a colonias se incrementaban. Las jornadas de trabajo eran extenuantes. Caminaba casi todo el día bajo el sol intentando convencer a la gente para que votara por Convergencia. La labor, sin embargo, era esperanzadora: de acuerdo con las últimas estadísticas, el partido había subido respecto a las preferencias de la ciudadanía.

En una campaña electoral, un punto principal es hacerle creer a la gente que de verdad se tiene la solución a sus problemas. Pero otro más eficaz, es mediante obsequios, o bien organizar eventos de diversión. Esta última opción se convirtió en la vía primordial para obtener votos. Argumentando que el deporte es vida, Cuauhtémoc Velasco programó una función de box en la colonia Mártires de Tacubaya, una de las más delictivas de la demarcación. La idea era resaltar la importancia del deporte para evitar la delincuencia.

El encuentro boxístico se realizó un domingo. Los invitados a pelear eran vecinos (delincuentes sociales, que a su vez influían en los demás). El primer lugar ganaría cinco mil pesos y varias despensas (habíamos aprendido la lección) con productos de la canasta básica. También participarían mujeres con el fin de mostrar que el partido “naranja” era incluyente y a todos les otorgaba las mismas oportunidades.

Los pormenores deportivos resultaron de interés para la comunidad, pues en verdad se registraron peleas intensas, donde los participantes mostraron un buen nivel físico y se partieron el alma por triunfar. Era notable la actitud de los boxeadores, desde los niños y adultos, sin olvidarnos de las mujeres, que se involucraban completamente con tal de alzar su brazo en señal de victoria.

Al mismo tiempo que transcurría el evento, yo redactaba el boletín. El gran nivel deportivo poco le interesaba al equipo de campaña, lo verdaderamente importante era resaltar que la función de box fue organizada por Convergencia. Terminada la última pelea, no debían pasar más de 30 minutos para que el boletín estuviera llegando a todos los medios.

Después de cada actividad proselitista acudíamos al recinto legislativo de Donceles para hacer uso de computadoras, reveladoras de gráficos e Internet. Por supuesto sin que las autoridades lo notaran. De la puerta hacia afuera debíamos hacerles creer que el trabajo legislativo transcurría con normalidad. Reconozco que se trataba de una total práctica de abuso de confianza, principalmente del diputado Velasco hacia la ciudadanía capitalina.

Para llamar la atención durante la campaña, hacíamos mucho ruido. Un buen día, decoramos los autos de todos los participantes con banderas, pósteres y calcomanías. La idea era realizar una caravana, estilo zapatista, por las avenidas principales de la delegación. Aproximadamente cuarenta automóviles desfilaron por las calles, obsequiando propaganda del partido y tocando los cláxones. La dinámica de trabajo era la misma, terminando el evento se redactaba y mandaba el boletín, resaltando cada una de las labores del candidato.

Pronto llegó un momento clave en las aspiraciones de todos nosotros. Se había pactado un debate público entre los candidatos a la jefatura en Miguel Hidalgo. Por el PRI, el ex clavadista Jesús Mena; por el PRD, Miguel Carrillo. Con la bandera panista, y hasta el momento encabezando las preferencias, Fernando Abóitiz. Cerraba el grupo, Cuauhtémoc Velasco, por Convergencia.

El debate tuvo lugar en el Parque de la Noche Triste, ubicado en la calzada México-Tacuba, en las inmediaciones del metro San Cosme. Las bancas destinadas para el evento fueron insuficientes, ahí estábamos todos. Primero hizo su arribo el diputado Velasco, traje negro y camisa naranja, listo para demostrar su experiencia y habilidades políticas. Luego llegó Jesús Mena, improvisado en la labor política, pero con arraigo entre la gente por su historia deportiva.

El tiempo pasó y nadie más se hizo presente en el lugar. Sin duda, los coordinadores de campaña del PAN y PRD habían impedido a sus candidatos acudir al debate, pues tenían mucho que perder ante la falta de argumentos en su campaña. Fernando Abóitiz, del PAN, estaba bien posicionado y no se arriesgaría a disminuir sus bonos en esta discusión. Enfrente tenía a un viejo lobo de mar en la política: Cuauhtémoc Velasco, había que evitarlo. En tanto que el abanderado del “sol azteca”, Miguel Carrillo, esperaba que el dominio perredista en el Distrito Federal en aquel entonces, le diera la victoria, por lo que tampoco participaría en el intercambio de ideas.

Sin dos contendientes, el debate lo inició Mena, quien prometió y ofreció, sin bases ni argumentos de trabajo, dejando ver su inexperiencia política. Velasco, por su parte, demostró que era un buen candidato. Con argumentos señaló cómo iba a lograr cambios. Su único y mayor problema era su partido, muy pequeño en comparación con los tres grandes. En este punto también perdíamos todos.

De no ganar las elecciones, por lo menos veinte personas que integrábamos el equipo de campaña quedaríamos desempleados, lo cual resultaba aterrador, pero era parte del juego. De resultar ganadores, la chamba estaba asegurada los próximos tres años. Reitero, el problema no era el candidato, quien a mi parecer era excelente, sino el partido.

Se avecinaba el cierre de campaña, el lugar sería el Lienzo Charro de Constituyentes. Para ese entonces se habían invertido aproximadamente 400 mil pesos (capital otorgado por el Instituto Electoral del Distrito Federal) en publicidad, pinta de bardas, plumas, calcomanías, costos de operación y el sueldo del equipo de campaña. Aún sobraba un poco de dinero, por supuesto para Velasco. Si no ganaba, como premio de consolación se llevaría un buen “colchón” a casa.

A la cita acudieron cerca de mil 500 personas, cifra récord para Convergencia en Miguel Hidalgo. Se ofreció un espectáculo de charrería. Los mejores exponentes a caballo dieron muestra de sus habilidades con la reata. Asimismo tuvo lugar una taquiza gratuita para comenzar los actos de cierre de campaña.

En este acto Cuauhtémoc Velasco se comprometió por última vez a combatir la delincuencia en la demarcación. Pisó el ruedo y con su brazo derecho levantado prometió a los asistentes, incluso, que de perder, no se desentendería de sus compromisos.

De entre toda la basura que hay en la política, fue la primera vez que creí en ella. La experiencia había sido apasionante, además de que pude observar que se trabajaba de verdad y que no todos los políticos son iguales.

2.4. Periodismo Vs. periodismo... quién pregunta y quién contesta

En realidad hay políticos que sí trabajan por un bienestar social, pero cargan una pesada loza que les han heredado sus antecesores corruptos y maliciosos. Características que ahora se les atribuyen a todos aquellos que tienen algo que ver con la política.

En algún momento, yo mismo me enfrenté a duras críticas, respecto a mi trabajo como reportero en esta campaña electoral. Se me cuestionaba el haber abandonado ideales por venderme al poder y al engaño del pueblo.

Es común que en el periodo universitario, los ideales de cambio y revolución predominen en las mentes de los alumnos. Quien no comparte lo anterior no tiene lugar en el grupo. El pensamiento revolucionario no está mal, pero uno debe aprender otras cosas, con el fin de adaptarse a la sociedad en la que vive, sin que esto signifique olvidarse de sus ideales.

El hecho de participar en una campaña política, para algunos de mis compañeros significaba estar en contra de lo aprendido en la universidad. No comprendían por qué yo formaba parte de actos proselitistas. Pensaban que todo lo que tuviera que ver con política estaba mal. Ignoraban que antes de criticarla primero hay que entenderla. La experiencia en Convergencia me permitió precisamente eso: comprender la política, darle su justo valor y saber que uno tiene que involucrarse de lleno y cuanto antes en ella (no necesariamente dentro de un partido), para dejar de ser espectador en el devenir del país.

Los aspectos negativos que ocurren en la república mexicana y en nuestra ciudad se le atribuyen al gobierno. No pretendo soslayar esta postura, pero la labor de gobernar debe ser conjunta. Las situaciones sociales adversas no van a cambiar si no hay contribución de los habitantes.

Mediante esta experiencia, entendí que la ciudadanía muchas de las veces es mediocre, porque culpa al gobierno de sus carencias, mientras no hace nada por evitarlas, sólo abre la mano esperando soluciones que no llegarán, porque en ninguna parte del mundo, que se diga exitosa, el gobierno trabaja sin ayuda de los ciudadanos. Debe ser una labor conjunta. En México, tenemos el pesado lastre de sentarnos a esperar. Nos quejamos de los 70 años de rezago en el país, pero sólo exigimos sin aportar nada.

En una ocasión, durante la campaña, acudimos a una unidad habitacional, ubicada en la colonia Anáhuac. Los vecinos se quejaban de que desde hace dos años ninguna autoridad había podado el pasto ni los árboles de dicha unidad, ubicados en un camellón. Reclamaban impacientes: “¿tenemos que esperar otros tres años para que el nuevo gobierno lo haga?”. Ciertamente sus razones tenían fundamento, pero estos tres años de los que se quejaban, era el mismo tiempo en que ninguno de ellos se había ocupado siquiera de levantar una ramita. Son personas que se dedican a esperar y esperar, además de exigirle al gobierno cambios sin hacer nada por sí mismos.

A menor escala, lo mismo sucedía en los mercados de la delegación. Los comerciantes se quejaban de la gran cantidad de basura y desechos que se acumulaban en las inmediaciones. Los observamos tirando la basura en el suelo y luego protestando porque el gobierno no la levantaba. Es un hecho que así no se puede gobernar. El pueblo, en muchas ocasiones, se convierte en enemigo del gobernante, en vez de trabajar coordinados para un mismo objetivo.

En las universidades, los alumnos nos quejamos de que los maestros no asisten a dar clases, pero somos incapaces de organizarnos para formar mesas de trabajo y tocar el tema correspondiente. Queremos que todo nos lo hagan. Estamos seguros de nuestros derechos y hacemos de lado las obligaciones.

Finalmente, llegó el cierre de campaña. La explanada delegacional en Miguel Hidalgo fue el escenario. Faltaba una semana para las elecciones, los actos de campaña tenían que suspenderse siete días antes del seis de julio. Entre porras y aplausos, Velasco se despidió de sus seguidores. Un servidor registraba todos los detalles para redactar el último boletín, el que daría paso a los comicios.

Más de tres mil personas se congregaron en el lugar. El color naranja predominaba en su vestimenta. Tras el discurso del candidato, vino el espectáculo musical con grupos de banda. En mucho se había logrado el objetivo. La mayoría de la gente que acudió lo hizo voluntariamente, cansada de las viejas fórmulas partidistas y falsas promesas. Se había interesado en la propuesta de Convergencia y la apoyaba.

Sabíamos que la lucha era sumamente difícil, aunque yo estaba muy a gusto, sabedor que habíamos hecho nuestro mejor esfuerzo, consciente de que el seis de julio tal vez no conseguiríamos nada, pero feliz porque a mucha gente le habíamos convencido de pensar y razonar su voto. Eso, de acuerdo con nuestros verdaderos recursos y posibilidades, era un triunfo. Lamentablemente esto no bastaría.

Domingo seis de julio, seis de la mañana, la contienda estaba tras la puerta, y había que prepararnos. El equipo de campaña era menos numeroso que el de los tres grandes. Nos repartimos en las diversas casillas electorales de la demarcación. Nuestra tarea consistía en verificar que no se registrara ninguna irregularidad en las urnas. Se avecinaba un largo día.

No tardó mucho en presentarse la primera anomalía. Me ubicaba en la casilla 16, en la esquina de Avante, colonia Escandón. A ese lugar llegaron cerca de 20 personas con playera azul y bolsas de plástico llenas de artículos de papelería: lápices, gomas, cuadernos, etcétera.

A las nueve de la mañana, hora en que se abrió la casilla, estos sujetos se acercaban a los votantes y les obsequiaban dichas bolsas, cortesía de Fernando Abóitiz, candidato panista. Lo curioso es que todo esto se hacía ante los ojos de los inspectores del IFE, y ellos, como que no veían nada, a pesar de mis reclamos y los de muchos otros.

No me queda la menor duda de que esto tuvo incidencia en la preferencia electoral. Muchas personas aceptaban la “bolsita” sin mayor reparo, para luego emitir su sufragio. Quienes no tenían claro su voto, seguramente terminaron pintando de azul la boleta electoral.

Varias quejas se presentaron en las diferentes casillas. Los “chicos de azul” visitaron las urnas, acompañados de sus bolsitas, en donde fue una verdadera lástima comprobar que una goma y un lápiz valían un voto, mientras que un cuaderno a rayas tenía el mismo valor que el derecho de los ciudadanos a elegir su gobierno. Quizá lo que menciono aquí no es nada nuevo, pero sí decepcionante. Al final de la jornada, estos actos se verían reflejados en los resultados. Tal vez Convergencia no quedaría ganador, pero tampoco se valía perder la contienda de esta forma.

Estas anomalías, por supuesto, también las redacté en un boletín y las envié a todos los medios, quienes estaban ocupados en cubrir la contienda y poco caso prestaron a mis denuncias. Admito que ese día lo recuerdo con mucho coraje e impotencia.

Dieron las seis de la tarde y las casillas se cerraron. Nos reunimos en la casa del candidato al filo de las ocho de la noche de aquel seis de julio de 2003. Las televisoras comenzaron a anunciar los resultados preliminares. Los nervios carcomían nuestro entorno.

Por fin Javier Alatorre, en un corte informativo en el canal 13, que tuvo lugar a las nueve de la noche, mencionó los resultados en Miguel Hidalgo: el PAN con el setenta por ciento de los votos encabezaba las preferencias, le seguían el PRD y el PRI; cuarto lugar, Convergencia. El conductor destacó el gran avance de este último partido que en otras ocasiones sólo competía por el registro.

Con todo y este reconocimiento, nuestros rostros se desencajaron, habíamos formado una especie de familia y ahora nos invadía la tristeza. Habíamos perdido... al final ya a nadie le interesó conocer los resultados decisivos. La historia estaba escrita.

Uno a uno fuimos abandonando la casa del candidato, para regresar al día siguiente a recoger nuestro finiquito. No sólo habíamos perdido las elecciones, también nuestro empleo.

En lo personal estaba triste, pero agradecido por la experiencia. Para mí la política fue una antes de Convergencia y otra muy distinta tras mi contacto “naranja”. Experiencia que me dejó grandes enseñanzas y me permitió seguir ejerciendo mi profesión.

La política es apasionante y quien se dedica a ella pronto le toma el gusto y, sobre todo, entiende que es una herramienta poderosa para realizar cambios, que solamente serán positivos si se cuenta con la colaboración del pueblo, de lo contrario, se transforma en dominio y en intereses netamente particulares.

Luego de esta experiencia jamás culparé a la política por el futuro de México, recriminaré a la gente el no colaborar entre nosotros para corregir los huecos existentes todavía, y mientras sólo señalemos al supuesto culpable y no nos hagamos actores en la vida del país, nada va a cambiar.

Agradezco la oportunidad a Convergencia por el hecho de haber conocido las mil y una formas que tiene de pensar la gente, para no caer en la soberbia común del periodista de creer que sólo él tiene la verdad absoluta, cuando la realidad la hace la ciudadanía y nosotros, los periodistas, tenemos la obligación de registrarla para siempre en un papel.

CAPÍTULO 3.
**LAS GRANDES LIGAS RADIOFÓNICAS SE JUEGAN
EN LA CALLE**

Mi estancia en *Stereo Cien* y *Convergencia* significaron el inicio de mi carrera profesional. Faltaba entrarle a las grandes ligas. Esto se tradujo en mi ingreso a un noticiario de radio en una empresa de tradición, experiencia y seriedad radiofónica: *NRM Comunicaciones*.

Mi iniciación en el *Núcleo Radio Mil* implicaba una mayor responsabilidad. La información que manejaría ya no sería sobre el *Top Ten* internacional de la música o para promocionar a algún candidato. Ahora, se trataba de redactar notas periodísticas de corte nacional y de investigar temas que involucraban directamente a la sociedad.

Enfoque es un noticiario radiofónico de cobertura nacional en donde se tratan temas políticos, económicos, sociales y de espectáculos. En la ciudad de México se transmite en dos emisoras: *Stereo Cien* y *Radio Mil*. *NRM* es una empresa noticiosa que ha adquirido prestigio desde el lanzamiento de *Enfoque* hace diez años. En sus micrófonos han desfilado personalidades como Adriana Pérez Cañedo, Raúl Sánchez Carrillo y Leonardo Curzio, quienes le han dado fuerza para posicionarse dentro del gusto del público. *NRM* tuvo sus primeras instalaciones sobre la avenida de los Insurgentes Sur, en la colonia Florida. Actualmente se ubica en la zona de Santa fe, en la avenida Prolongación Paseo de la Reforma.

En esta empresa tuve la oportunidad de aprender del meticuloso análisis noticioso realizado por el doctor Curzio, un tipo que, además de ser el director de Noticias de *Enfoque*, tenía gran capacidad para desglosar temas complejos; cierto que no era muy querido en la redacción por el poco interés que mostraba hacia los problemas laborales de sus empleados, pero sus capacidades nadie las podía negar. Entendí que la amenidad y frescura con la que Pérez Cañedo trataba la noticia eran fundamentales para mantener la atención del radioescucha. La también conductora de *Once Noticias* abordaba temas ambientales y ecológicos, era la consentida del auditorio. Finalmente, Sánchez Carrillo, reportero que se especializaba en la nota urbana, cuyo estilo singular para hacer crónica radiofónica, era motivo suficiente para prestarle la debida atención y aprender de él.

Aunado a esto y al empeño mostrado durante los primeros meses en la redacción, tuve mi primera oportunidad de salir al aire ofreciendo el reporte vial, opción que me sirvió como catapulta para ser tomado en cuenta por mis superiores para posteriormente, transmitir al aire, realizando labores de reportero, incluso, fuera de la ciudad. Recuerdo todo aquello como un debut prometedor que me alentaba a pensar en grande y con bases sólidas.

Como suele suceder, encontré gente que me apoyó y otra que luchaba porque no sobresaliera. Al final todos fueron importantes para mi desarrollo. El noticiario *Enfoque* se tradujo en la conveniencia de trabajar en una empresa reconocida y de continuar mi carrera al lado de quienes han dejado huella en materia periodística.

3.1. La redacción del mundo desde la mesa de *Enfoque Noticias*

Durante mi estancia en *Convergencia* (sabedor de que sería un trabajo temporal), repartí varios currículos en algunos medios de comunicación y uno de ellos rindió frutos: *NRM Comunicaciones*.

Luego de una semana de aquel seis de julio, día en el que cerré otra etapa laboral, recibí la llamada telefónica de la señorita Josefina Claudia Herrera, coordinadora de Noticias de *NRM Comunicaciones*. Tras examinar mi incipiente historia laboral y notar mi paso por *Stereo Cien*, emisora integrante del citado grupo radiofónico, decidió darme un chance.

Corría el mes de julio del 2003. Un lunes me presenté a la empresa. Se trataba de una agrupación de radio que crecía paulatinamente y de manera importante. *NRM Comunicaciones* estaba conformado por cinco estaciones musicales (*Sabrosita*, *Stereo Cien*, *Oye FM*, *Beat FM* y *Sinfonola*) y un noticiario (*Enfoque*).

Dicho consorcio se ubicaba al sur del valle de México, sobre la avenida de los Insurgentes, pero estaban muy avanzados los planes de una nueva sede y miraban hacia los rumbos de Santa Fe, en la zona poniente de la capital.

Mi labor consistiría en la redacción de noticias en los diversos espacios informativos de la empresa. Las emisiones noticiosas eran conducidas por el doctor Leonardo Curzio, en la primera edición de *Enfoque*, de siete a diez de la mañana; Adriana Pérez Cañedo, de una a tres de la tarde; y, Raúl Sánchez Carrillo, en el espacio informativo de seis a ocho de la noche.

Había que empezar ya. Claudia Herrera me mostró las instalaciones. Discretas e incluso austeras para una redacción. Era un espacio de aproximadamente 70 metros cuadrados, con apenas seis gabinetes para los redactores, tres escritorios donde trabajaban los jefes de redacción e información y un par de oficinas para los conductores de noticias.

Mis nuevos compañeros me trataron como se recibe al “nuevo”, con total desconfianza y, al igual que en *Stereo Cien*, otro redactor ingresó a la empresa ese mismo día. La competencia laboral comenzaba una vez más. Mi deber era demostrar que estaba lo suficientemente capacitado para quedarme con el puesto.

Claudia Herrera era egresada de la Escuela de Periodismo Carlos Septién. Con varios años dentro de los medios de comunicación, se especializaba en asuntos religiosos. Era una mujer seria y, a diferencia de Curzio, interesada en los problemas laborales de los empleados. Desde un principio me demostró confianza y había que corresponderle haciéndole ver que era un trabajador capaz de ejecutar cualquier tarea.

La redacción de resúmenes consistía en buscar la información relevante del día, tanto nacional como internacional, así como la enviada por los reporteros, para después analizarla, redactarla y jerarquizarla en bloques informativos o *teasser* para los diversos noticiarios. Para desempeñar esta labor, uno debía ganarse el derecho. Por ello, mi trabajo inicial consistió en la redacción de noticias de cultura, tecnología y espectáculos. Estos bloques eran utilizados como rompe-cortes en los noticiarios de Leonardo Curzio y Adriana Pérez Cañedo.

Mis redacciones no eran tomadas en cuenta como hubiese querido. La prioridad la tenían las notas político-económicas. Curzio apenas mencionaba algo y Pérez Cañedo, preocupada por los aspectos culturales, sólo retomaba algunos de mis textos.

Esta situación me hacía sentir mal. Dedicaba todo mi empeño y gran parte de la mañana en redactar mi trabajo, y al final apenas era percibido por los jefes de redacción. Por el contrario, el también nuevo compañero ocupaba el turno vespertino, en el cual faltaba un redactor de noticias para Sánchez Carrillo. Por lo tanto, se le dio la oportunidad de saltarse la etapa inicial (cultural y de espectáculos) y comenzar directamente con aspectos políticos, sociales y económicos en los espacios informativos. Esto le otorgó amplias ventajas sobre mí.

El plus de un trabajador de nuevo ingreso, traducido en tener el cien por ciento de disposición para adaptarse al empleo, terminar el turno y quedarse otro más para aprender pronto la dinámica de la empresa y estar listo para competir con quien sea, lo adelanté mucho antes de lo previsto. Mi horario era de martes a sábado, de siete de la mañana a tres de la tarde. Los sábados me encargaba de armar los llamados “Notis” de la hora: redactar pequeños bloques de noticias y anexar información y audios de los reporteros.

Acto seguido, un locutor grababa en cabina las redacciones que yo le entregaba, mismas que no debían exceder los dos minutos con treinta segundos. Era el tiempo que las estaciones musicales destinaban en sus bloques a los espacios de noticias. Como corresponde a los formatos de comercialización de dichas emisoras, los intervalos destinados a las noticias eran reducidos. Cobraba más importancia transmitir un spot de *Comercial Mexicana* que una nota de índole político. Cuando había saturación de spots comerciales, estaba prohibido transmitir noticias. La prioridad en estas producciones es vender sus tiempos, no informar.

Los noticiarios estaban patrocinados. Las empresas pagaban cerca de 500 mil pesos para que su marca se anunciara al inicio de cada bloque noticioso. Una mala redacción al aire, o no grabar a tiempo el “Noti”, significaba la pérdida de miles de pesos, los cuales *NRM* no dejaría de percibir sólo por la ineficacia de un redactor.

Ante esto, me sentía muy presionado. Sólo contaba con una hora para preparar cada noticiario. En sesenta minutos debía localizar al reportero para grabar su nota, incluir noticias nacionales e internacionales, que previamente buscaba, y redactar con tiempo. A la postre conseguir a un locutor y a un operador para grabar la información. Había que tener también un colchón de tiempo por si existía alguna falla del locutor o del operador, lo que significaba volverlo a hacer. En radio, perder minutos es mortal y muy costoso.

Enfoque tenía dos cabinas, una principal donde se transmitía el noticiario en vivo y otra más para grabación de cápsulas, spots, promocionales y los ya mencionados “Notis” de la hora. Ambas contaban con el programa “Dalet” que administraba los tiempos y espacios en radio; previamente programado también organizaba las cortinillas y rompe-cortes, con ello se podía armar en bloques el noticiario en vivo.

Así transcurrieron los primeros dos meses en *Enfoque*, tiempo en el que me asenté en la dinámica de los noticiarios, y aún más en el de Adriana Pérez Cañedo, quien me brindó su confianza e impulsó mi trabajo.

A diferencia de las otras dos emisiones, participaba más con Pérez Cañedo. Aparte de las redacciones espectáculo-culturales y de buscar cables durante la transmisión del noticiario para mantenerla informada durante ese lapso, me encargaba de extraer los audios principales de las entrevistas que realizaba para incluirlos en el resumen final.

3.2. Pienso, comprendo y luego redacto

Un buen día, Mireya Vázquez, compañera encargada de la redacción del resumen y *teasser* del segmento de Pérez Cañedo, solicitó un permiso de varias semanas para realizar un postgrado en Londres... se presentaba un nuevo reto.

Martín Carmona, jefe de Información, me encomendó la tarea que venía realizando mi compañera. Todos los reporteros mandaban una cabeza (pequeño resumen de su información) a la mesa de redacción. Eran las principales notas del día: económicas, políticas, empresariales y sociales. Mi labor consistía en corregir y redactar dichas cabezas para armar bloques de noticias y apoyarlas con información adicional que debía buscar. Por ello, mi constante obligación era estar bien informado en todos los aspectos.

Con este resumen se abría el noticiario de Pérez Cañedo, patrocinado por *Comercial Mexicana*, empresa que tampoco perdonaría errores de mi parte. La segunda edición de *Enfoque* se transmitía a partir de la una de la tarde, y como la información de los reporteros comenzaba a llegar hasta las once de la mañana, apenas contaba con dos horas para preparar lo esencial en materia nacional e internacional.

La información internacional la extraía vía Internet y de agencias noticiosas que mantenían contrato con *Enfoque*, tales como *EFE* de España y *CNN* de Estados Unidos. Estas empresas vendían noticias generadas en sus países, grabadas por sus propios reporteros.

Para el noticiario preparaba también la “guía”, columna vertebral de la emisión en radio: los horarios y en qué orden se transmitiría la información grabada, los reporteros en vivo, los deportes y las entrevistas.

Así comencé esta otra etapa. Al principio me daba la una de la tarde y no tenía preparada toda la información. Los reporteros presionaban, Adriana llegaba a la redacción pidiendo su resumen y, por si fuera poco, era un manojo de nervios. Bien dicen que esta profesión es sinónimo de presión baja y de un alto grado de estrés.

Cuando Adriana leía mis resúmenes, los corregía casi por completo y le comentaba a su productora que tenía que presionarme aún más, pues quería excelencia en el noticiario. Por tal motivo, no podía dejar pasar muchos días para demostrar mi capacidad. Debo admitir que me hacía falta confianza en mí mismo, crearme capaz de cargar con una responsabilidad tan grande.

Durante el tiempo que tardé en realizar bien mi trabajo, los regaños de Adriana no se hicieron esperar, pero como líder que es, sus reprimendas estaban encaminadas a corregir mi trabajo y no para hacerme sentir mal. En una ocasión, cuando le entregué la cartelera de espectáculos que preparaba cada viernes, me cuestionó el por qué, dentro del texto, no señalaba cómo llegar en metro al Teatro San Rafael... con voz fuerte dijo que yo debía incluir en mi redacción hasta el último detalle.

Para el noticiario se programaban entrevistas con distintos funcionarios públicos; esa también era mi labor. De acuerdo con los temas de interés general y la agenda del día, buscaba especialistas en la materia.

Como sucede en radio, se trabaja contra reloj. Una vez entregado el resumen que abría el noticiario, rápidamente debía armar el siguiente, el de las dos de la tarde, incluyendo los temas que iban surgiendo y las respuestas de los entrevistados.

Los resúmenes constaban de ocho a diez párrafos o cabezas, con una redacción amena y fácil de comprender para el auditorio. Terminando este aspecto, continuaba la información internacional, para finalmente cerrar con cultura y espectáculos.

Poco a poco me fui ganando la confianza de Pérez Cañedo. Bajo la fórmula de error y repetición, adquirí los elementos necesarios para redactar un noticiario digno de un grupo radiofónico que día a día se expandía y consolidaba.

Cierto es que José Gutiérrez Vivó, de *Monitor*, Carlos Loret de Mola, de *W Radio* y Carmen Aristegui, de *Televisa Radio*, tenían más público que *Enfoque Noticias*; sin embargo, las conocidas voces de Pérez Cañedo y Sánchez Carrillo, lograban que la audiencia girara su perilla con más frecuencia hacia el 100.1 de FM y al 1000 de AM.

Sumado a esto, los trabajos para cambiar de sede al grupo *NRM Comunicaciones* estaban avanzados. Pese a que las actuales instalaciones contaban con lo necesario para lograr una excelente transmisión de radio, eran reducidas en cuanto a espacio físico se refiere.

Las cabinas de las estaciones musicales eran estrechas y pegadas unas con otras. *Enfoque* no era la excepción y para el noticiario sí era sinónimo de problemas, pues ninguna producción contaba con un lugar autónomo para preparar y producir sus emisiones.

De este modo, el cambio de sede a Santa Fe se vislumbraba cercano. Edilberto Huesca Perrotín, director general de *NRM Comunicaciones*, es un empresario exitoso que en ese tiempo tenía grandes ambiciones. Las nuevas instalaciones cercanas al centro comercial, se perfilaban del primer mundo. Se trataba de la construcción de un edificio inteligente, en el cual un piso entero lo ocuparía el noticiario *Enfoque*, un espacio cercano a los 400 metros cuadrados. El inmueble constaría de diez plantas, que estarían a la vanguardia de la radio en la capital mexicana.

Así, entre mis redacciones, que dicho sea de paso, tomaban cada día más fuerza, llegó enero del 2004, mes en el que dejaríamos Insurgentes Sur para trasladarnos a Santa fe. Por supuesto, había que conocer el nuevo “bunker”. No mintieron cuando señalaron que se trataba de una fortaleza. A pesar de que aún no estaba terminado, el nuevo edificio era impresionante y más todavía los seis pisos destinados al trabajo radiofónico.

Fui a visitar la nueva piel de *Enfoque*. Tan sólo la cabina principal medía cincuenta metros cuadrados, con una mesa de trabajo al centro y ocho micrófonos habilitados para cuando fuera necesario. Qué decir de la cabina de grabación, con una capacidad real para seis personas, dos operadores, productor, editor y un par de asistentes, perfectamente bien acomodados.

La redacción era enorme, con diez gabinetes para los redactores, cafetería, cuatro oficinas para los dos jefes de información y mesa de redacción, una sala de juntas con capacidad para veinte personas, todo ello con la peculiaridad de los ventanales enclavados en lo más alto que dejaban ver al majestuoso Valle de México.

La mudanza fue rápida. Todos deseábamos estrenar pronto la nueva casa. Ya teníamos asignados nuestros lugares. El mío era un gabinete con espacio para computadora, escáner, impresora y ordenador de material radiofónico. Incluso ya se hablaba de la visita del presidente de la república, Vicente Fox Quesada y su esposa Marta Sahagún, quienes serían los encargados de inaugurar las nuevas instalaciones, apostadas sobre la avenida Prolongación Paseo de la Reforma 115, colonia Paseo de las Lomas.

Dos semanas después, a mediados de febrero del 2004, *Enfoque* recibió la visita de la pareja presidencial. Para este evento se preparó un programa de gala. Tres empleados de cada área (redacción, edición y producción) acompañarían al presidente y a su esposa durante un recorrido por las nuevas instalaciones.

Cerca de las cinco de la tarde arribó el primer mandatario (ataviado con un traje negro y corbata azul) y la primera dama (quien lucía un vestido rojo). A la puerta de *NRM Comunicaciones* los esperaba Josefina Claudia Herrera, quien les dio la bienvenida. Fox y Marta Sahagún venían escoltados por aproximadamente 50 elementos del Cuerpo de Guardias Presidenciales; cuatro de ellos caminaban a no más de dos metros de distancia de la citada pareja.

Luego del recorrido, en el cual Vicente Fox se dio tiempo para saludarnos, llegó el momento anhelado. El representante del Ejecutivo leyó un breve discurso en la entrada principal de *Enfoque*, en el cual exhortaba a la empresa noticiosa a luchar por la veracidad en la emisión informativa. Tras su lectura, tomó con su mano derecha unas tijeras y cortó el listón rojo que declaraba formalmente inauguradas las instalaciones.

Posteriormente, Fox y su esposa fueron recibidos en la cabina principal por los tres conductores de *Enfoque* (Cañedo, Curzio y Sánchez Carrillo), quienes los entrevistaron por espacio de 15 minutos, periodo en el que se tocaron temas como la economía nacional y la migración. Tras la charla, fue ofrecido un cocktail en su honor y luego se retiraron.

3.3. De viaje por la nota

Con la nueva escenografía, también llegaron posibilidades de crecimiento. Debido a mi trabajo y al empeño mostrado, el jefe de Información, Martín Carmona, puso su atención en mí, hasta que un día me otorgó su voto de confianza.

Como suele suceder, las oportunidades se presentan en situaciones inesperadas. Jorge Sánchez, uno de los reporteros, recibió la invitación para cubrir un evento en donde autoridades federales realizarían una inspección en una refinería de Pemex, en Salamanca, Guanajuato. Jorge tenía mucho trabajo en el Distrito Federal, por lo que declinó asistir. Dicha situación provocó que Martín Carmona me eligiera para dicha cobertura, pues ésta cobraba importancia luego de los constantes robos a refinerías registrados en ese tiempo.

Sin muchas explicaciones, Carmona me proporcionó una grabadora, cassettes y micrófono. Eran las nueve de la noche y al siguiente día, al filo de las siete de la mañana, partiría el avión de la Policía Federal Preventiva con rumbo a Salamanca. “Llegaron tus primeros chances Óscar, a veces no son como uno los planea, pero los tienes que aprovechar”, me dijo.

Estas palabras significaban salir “al aire”, uno de mis sueños desde que pisara la cabina de radio de *Stereo Cien*. Por ser la primera vez, mi enlace no sería en vivo, sino grabado, pero no me importaba. El sólo hecho de que mi voz traspasara los edificios y recorriera las calles era sumamente emocionante.

Cerca de veinte reporteros de diversos medios esperaban impacientes la salida del avión. A la distancia, los observaba detenidamente, ellos eran unos profesionales y yo comenzaba a hacer mis “pininos” en la radio. Por supuesto nadie reparó en mi presencia y mucho menos me dirigió la palabra. Los reporteros se conocen muy bien entre ellos, en ocasiones, son recelosos cuando se trata de aceptar a un nuevo miembro de esa gran familia.

Como pude, entablé conversación con Juan Manzo y Aurora Cárdenas, del periódico *La Prensa* y de *Radio 13*, respectivamente. Ambos se portaron “amables”, por lo menos contestaban a mis preguntas y propiciaron la charla.

Durante el viaje, unos decidieron tomar una siesta, otros hojeaban el periódico buscando sus notas o para enterarse del acontecer nacional, algunos más leían un libro. Entre los reporteros, la “buena imagen” es un factor que se conserva a toda costa. Ninguno hablaría sobre una película comercial o música popular y menos comentar una telenovela, por considerarlo soso y sin sentido.

En Salamanca nos esperaba un camión para transportarnos a la refinería. Durante el trayecto, todos los reporteros alistaban sus videocámaras, grabadoras y libretas. Es deber de un buen periodista estar preparado en todo momento. El sólo hecho de acercarnos a la paraestatal era sinónimo de permanecer alerta ante cualquier brote noticioso.

La intuición periodística nunca falla. Al bajar del camión el primer general de Asuntos Internos de la Policía Federal Preventiva, Antonio Noblecía, nos dio la bienvenida. Como respuesta le llovieron decenas de preguntas relacionadas con el robo de combustible. Vinieron las primeras declaraciones, reconociendo que las autoridades no habían podido detener el problema que atañe al hidrocarburo.

Frente a mí se paseó la nota de ocho columnas. Mientras algunos de mis compañeros reporteros redactaban presurosos las declaraciones de Noblecía, otros, incluyéndome a mí, esperábamos la conferencia de prensa, que tendría lugar tres horas después. Varios colegas se adelantaron a los hechos y ya tenían material para trabajar sus notas. Más tarde comprobaría que esa primera información sería más útil que la recabada en la rueda de prensa.

El peso de la noticia se debe dosificar. Micrófono en mano había grabado gran parte de las respuestas del representante de la PFP, pero no sabía qué hacer con ellas, si redactar una nota con la información que tenía (muy buena por cierto) o esperar la conferencia de prensa, que era el objetivo de mi visita.

No tardó el primer regaño de Martín Carmona, con quien me había comunicado para pedirle una sugerencia, “desde luego, redacta y manda eso, tus audios señalan que las autoridades reconocen que no han podido con el problema, esa es tu primera nota”.

Posteriormente comprobé que la información “rescatable” es la que indaga, indaga y vuelve a indagar el reportero. Bajo la presión de las preguntas de cinco periodistas, el general de la PFP, dio respuestas que eran “oro puro” en materia periodística.

La conferencia de prensa estuvo plagada de buena voluntad por parte de las autoridades de la paraestatal, voces que se pronunciaban por la constante lucha por terminar con el robo de combustible. Señalamientos que no decían ni aportaban nada a mi labor. En ese momento me di cuenta que mi verdadera nota la había conseguido tres horas antes, con declaraciones de peso y sobre todo “nuevas” respecto a la investigación en curso.

Tenía que redactar mi nota y preparar los audios para luego grabarla. Platiqué con Martín, me dijo que aún no era tiempo de transmitir en vivo, pues si algo salía mal las puertas se me cerrarían. Percibí esto como un plan de ataque, en el que comenzaría a meter poco a poco el pie hasta tener todo el cuerpo adentro.

Para darle mayor sentido a mi nota, describí lo que tenía enfrente: una refinería de cinco kilómetros cuadrados, resguardada por uniformados de la PFP, distribuidos cada cincuenta metros unos de otros. A nosotros, los reporteros, nos pidieron utilizar un casco y un chaleco a fin de no generar alguna chispa con el roce de nuestras ropas. Esto le daba un aspecto más interesante a mi redacción, para cuando llegara el momento de grabarla.

El tiempo en la cabina de grabación debe ser breve para cada reportero. Cuando marqué para grabar mi nota, el operador fue muy claro conmigo: “háblame, envíame tus audios, te checo niveles y a la primera grabamos”. Comencé a grabar mi texto, el hecho de que en ese momento nadie, más que el operador, me escuchara, me hacía sentir tranquilo, aunque yo sabía que estas prácticas eran la antesala para que yo transmitiera algún día en vivo. En aquel entonces ignoraba que dicho acontecimiento no tardaría en llegar.

Mi trabajo en la redacción consistía todavía en preparar los resúmenes informativos, ya con el puesto de redactor titular o tipo “A” (el de mayor rango). Sin embargo, la experiencia en Salamanca me dejó ver que la labor de reportero me entusiasmaba mucho más que la de redactor.

Pese a su paulatino crecimiento, *Enfoque* es un noticiario que aún no se compara con *Monitor* o *Radio Red*. Uno de sus puntos débiles es que sólo cuenta con diez reporteros. Tal situación representaba una gran ventaja: algún día se fijarían en mí.

3.4. ¡Dame cue!... Al aire por primera vez

El reportero encargado de la información vial saldría de vacaciones por espacio de un mes. La labor de esta persona consistía en transmitir al aire y en vivo el reporte vial de la ciudad de México. La Dirección General de Tránsito era el punto desde donde enviaba la información a los diversos noticiarios, pues en ese lugar se ubican 172 cámaras de video que permiten observar diversos lugares del Distrito Federal y apreciar los principales conflictos.

Sin duda, la oportunidad no la podía desaprovechar. Inmediatamente acepté cubrir el lugar de mi compañero. Tras comentárselo a Martín, procedió a explicarme que esa labor sería fuera de mi horario de trabajo, lo que significaba un esfuerzo mayor.

En ese tiempo asistía a *Enfoque* de tres de la tarde a once de la noche. Luego de cumplir mi turno, salía de las instalaciones en Santa Fe, para llegar al filo de la media noche a mi casa, ubicada al oriente capitalino. Al siguiente día, a las seis en punto, ya estaba en la Dirección de Tránsito, apostada en la zona centro del Valle de México. Iniciaba las transmisiones de los reportes viales para la primera edición del noticiario, de 7 a 10 de la mañana. Tras esta tarea matutina, me trasladaba a mi casa con objeto de dormir un rato e inmediatamente después, dirigirme a *NRM Comunicaciones* a fin de comenzar otro turno. De este modo confirmé que las oportunidades suelen tener un alto precio.

Al siguiente día de hablar con Martín Carmona, me trasladé a “Tlaxcoaque”, como conocían los reporteros a la Dirección de Tránsito, para iniciar mi preparación. Juan Enrique Velázquez, hasta ahora encargado del reporte vial, sería el responsable de mi capacitación.

“Tlaxcoaque” es una especie de “búnker”, desde el cual, a través de 172 cámaras de video, instaladas a lo largo y ancho del Distrito Federal, elementos de la Secretaría de Seguridad Pública vigilan el acontecer en las calles. El objetivo primordial es prevenir situaciones delictivas, y en caso de registrarse, fotografiar al infractor y posteriormente buscarlo para lograr su detención. Asimismo, supervisan el flujo vehicular y donde se incrementan los congestionamientos de tránsito, envían patrullas a fin de desahogar la vialidad.

Este “bunker” era de gran utilidad para los reporteros viales. Los sitios conflictivos en materia vehicular los registrábamos nosotros y después los transmitíamos al aire. La razón era anticipar estos problemas al auditorio y, de ser posible, ofrecerle alternativas de circulación.

Pantallas de un metro cuadrado, con una nitidez y un “zoom” que causarían la envidia de cualquier camarógrafo, eran las armas con las que contábamos. Los 20 mega televisores estaban al interior de un enorme salón de video de aproximadamente 80 metros cuadrados. Colegas de *Radio Capital* y *Televisa* transmitían también a sus respectivos noticiarios desde este pequeño “búnker”.

Con el paso de los días, mis nervios crecieron gradualmente. “Pasar al aire”, en vivo, significaba un parte aguas en mi vida profesional. Había realizado reportes grabados, pero no imaginaba al doctor Leonardo Curzio presentándome en vivo dentro del noticiario. Era la oportunidad que esperan muchos, ahora yo la tenía enfrente, me emocionaba y al mismo tiempo sabía que si no lo hacía bien, jamás tendría otro “chance”, al menos en esa empresa.

Llegó el lunes cinco de abril de 2003, mi debut al aire estaba cada vez más cerca. Durante el noticiario matutino se hacían aproximadamente ocho enlaces para el reporte vial. Es decir, en ocho ocasiones buscaba información de tránsito para transmitirla. Estos enlaces no debían durar más de 30 segundos. En cada uno de ellos me presentaría el doctor Curzio y yo daría reportes de las principales calzadas y avenidas.

Muy contento, llegué aquel día de abril a “Tlaxcoaque”. Eran las seis en punto de la mañana, faltaban cerca de 15 minutos para que tuviera lugar mi primer reporte. Redacté la información necesaria (bastante por cierto, ya que era lunes) y preparé mi entrada al aire. Para mí sólo transcurrieron tres segundos cuando mi teléfono celular vibró, anunciando el siguiente acto.

“El doctor te dará la bienvenida al aire y tú procurarás ser breve, muy claro al hablar y sobre todo, tranquilo”, fueron las indicaciones que recibí de la productora del noticiario, Yamel Buenrostro, quien, dicho sea de paso, me alentó a demostrarle al “panzón” (apodo del doctor Curzio) que no se había equivocado en darme la oportunidad.

Estaba ya en cue (término radiofónico que se utiliza para indicar el momento de entrar al aire) cuando mis manos sudaban como si las acabara de sacar de una tina con agua caliente. Por fin vino el momento... “y ahora nos enlazamos con nuestro compañero Óscar Hernández, quien desde este día nos informará sobre el panorama vehicular en esta ciudad. Adelante Óscar”, palabras del doctor Curzio que jamás olvidaré porque fueron el inicio de otra rama de mi profesión: la locución.

Fui breve con mi respuesta. Indiqué tres puntos con problemas vehiculares: “En estos momentos, la calzada Ignacio Zaragoza registra intensa carga vehicular en su dirección oriente - poniente, desde la zona del anillo periférico y hasta la avenida Río de Churubusco. Por otro lado, continúan cerrados los carriles laterales del Circuito Interior Boulevard Puerto Aéreo, de la calzada Zaragoza al Eje 4 Sur, debido a las obras de repavimentación en esa vía. La alternativa es utilizar el Eje 3 Oriente. Finalmente, le informo que el Eje Central Lázaro Cárdenas también presenta problemas viales ocasionados por el constante cruce de peatones en los diversos semáforos. Le informo Óscar Hernández”.

Aquella mañana transcurrió muy rápido. Afortunadamente no cometí ningún error al hablar y logré darme a entender. Prueba superada, el barco a flote y en dirección al sur; sin embargo, faltaba mejorar el tono que debía tener mi voz en radio, también me hicieron señalamientos de ser más fresco y ameno al hablar, factores que con el paso del tiempo iría corrigiendo.

Pronto me di cuenta de la responsabilidad que significa transmitir en vivo. Tras un primer lunes ciertamente “exitoso”, tuve mis primeras fallas. Antes de pasar “al aire”, preparaba mis redacciones con el fin de no cometer ningún error (sin duda redactar anticipa alguna falla, pero en muchas ocasiones, como lo comprobé más adelante, limita al reportero e inhibe su capacidad para improvisar y describir).

Luego de mi segunda intervención, el doctor Curzio me preguntó cómo se encontraba la vialidad en la autopista México-Toluca. Dicho dato lo había checado durante mi revisión en las pantallas, pero no lo incluí en mi redacción. Me sentí sin elementos para contestar y al final no supe qué decir. Intentando lavar mi error, Curzio me pidió al aire que revisara dicha autopista para el próximo enlace. De todos modos mi falla fue perceptible.

Sin duda uno aprende más con la experiencia que dejan los errores. Para los siguientes días, procuré tener un panorama vial de la ciudad de México, previniendo cualquier situación que no estuviera contemplada en mi redacción inicial.

Mi horario en la Dirección General de Tránsito, de la Secretaría de Seguridad Pública, era de lunes a viernes, de seis a diez de la mañana. Mientras que a *Enfoque* acudía de domingo a jueves de tres a diez de la noche. Esto significaba que de lunes a jueves, al salir de “Tlaxcoaque”, debía ir a casa a desayunar y tomar una ducha, para estar listo a las 13:30 horas y trasladarme a Santa Fe. La tarea difícil era en realidad salir de *Enfoque* a las 22 horas, llegar a casa a media noche y a las seis de la mañana estar de vuelta dando el reporte vial. Esta situación a la larga me acarreó algunos problemas de salud, mismos que pasé por alto, a fin de lograr lo que me proponía.

Las cosas iban saliendo bien. Las transmisiones viales dejaban satisfechos a los “altos mandos” de *Enfoque*. De igual modo, me llenaba de seguridad transmitir en “vivo”: es una experiencia única, como si en minutos el cuerpo reaccionara de distinta forma cuando uno está “al aire”. Es una sensación de alerta, poniendo en juego los cinco sentidos para que todo salga en orden.

Esto se tradujo en nuevas oportunidades. Martín Carmona comprobó que yo era capaz de realizar un buen trabajo y que podía confiar en mí. A él le convenía esta situación: tenía un reportero extra, al que no pagaba ni un centavo y a cambio utilizaba a sus reporteros oficiales para otras coberturas. En lo personal era como pagar derecho de piso. Pese a mi labor en “Tlaxcoaque” y a los nuevos trabajos que empecé a realizar en la redacción, no había concesiones en mi horario establecido, el cual tenía que cumplir.

El nuevo chance coincidió con la llegada de Semana Santa. Ahora debía cubrir la representación de la “Pasión de Cristo” el jueves y viernes Santos. Los enlaces correspondientes a este tema comenzaron desde el lunes anterior. Yo informaba sobre los cierres y cortes vehiculares que tendrían lugar por los diversos actos. El jueves Santo me trasladé a la explanada de la delegación Iztapalapa para la cobertura. Mantendría enlaces en vivo con Adriana Pérez Cañedo y con Raúl Sánchez Carrillo.

Mi tarea primordial consistía en dar un panorama sobre lo que sucedía en las inmediaciones de la demarcación. Debía narrar y describir cómo era el vestuario, la escenografía, cuánta gente asistía y todos los pormenores que se fueran presentando, tales como los ya esperados conflictos ocasionados por el comercio ambulante.

Mi primer enlace sería al filo de las 13:15 horas, con Adriana Pérez Cañedo. Como solía hacerlo, preparé mi redacción y de igual modo obtuve audios de fieles y de personal médico que hablaba sobre los casos que ya habían atendido. Previniendo cualquier pregunta del conductor, no sólo realicé la tarea específica que me fue encomendada, sino que observé detenidamente cada detalle que me pudiera servir e incluso platiqué con autoridades delegacionales que me explicaron la organización. Esto último no me correspondía. Hoy día puedo asegurar que un buen periodista debe manejar absolutamente toda la información del evento que cubre; de hecho, debe estar informado de todo cuanto ocurre en su entorno.

Vino el enlace... “Nos trasladamos ahora hasta la delegación Iztapalapa, *Enfoque* realiza una cobertura especial y Óscar Hernández es uno de nuestros enviados para esta cobertura... Óscar cuéntanos, ¿qué es lo que observas?”.

Aquél fue mi primer enlace con Adriana Pérez Cañedo, lo cual me enorgulleció mucho. Adriana es conocida en el medio, mucha gente la escucha por su amenidad y sencillez para decir las noticias. Esto me convenía porque todas esas personas que le prestaban atención ahora también lo hacían conmigo, y comenzaban a identificarme. Para un reportero es importante posicionarse y que el auditorio llegue a identificar su voz, pero sobre todo su modo y estilo de trabajo.

Existía una gran diferencia entre mis transmisiones desde “Tlaxcoaque” y las que hacía en la calle. En las primeras, mi única herramienta de trabajo era lo que me dejaban ver las cámaras de video, limitándome para observar más y sobre todo para tener una vivencia. En cambio, en la cobertura en Salamanca y ahora en Iztapalapa, yo era testigo presencial de los hechos, lo que me permitía involucrarme con la noticia y estar en contacto directo con sus protagonistas, armas principales de un periodista para cumplir su función.

La calle permite todo lo anterior. Sólo caminando, observando y registrando en la mente lo visto, se pueden recrear este tipo de notas, en las que el “color” les da un sabor especial, y donde la interpretación, sin duda, se refleja al momento de abrir el micrófono.

Aquellas vivencias también brindan la oportunidad de elegir entre “la calle” o un “escritorio” en la redacción. Fue muy satisfactoria esa experiencia y confirmó mi interés de ser reportero. En la calle, conocí mil y una formas de ver la vida a través de la gente, lo cual amplió mi propia visión del mundo.

Luego de la Semana Santa, fui enviado al estado de Michoacán para cubrir una conferencia de prensa que ofrecerían los gobernadores del Estado de México y Michoacán, Arturo Montiel y Lázaro Cárdenas Batel, respectivamente. Ésta tenía como propósito informar a los medios de comunicación sobre las nuevas medidas que tomarían ambos estados para proteger a la mariposa monarca. Como ya había pasado en Salamanca, la información útil no la obtuve en la conferencia, sino al abordar a los gobernadores cuando bajaron de sus camionetas. Había temas como el desempleo y la inseguridad que interesaban más a los medios, tópicos que le fueron cuestionados a cada uno. Hubo respuestas con las que varios periodistas se dieron por satisfechos y ni siquiera esperaron la rueda de prensa.

Esta experiencia significaba mis primeras entrevistas a personajes de peso en el ámbito político. Ello seguía dotándome de armas para que pronto dejara de imitar estilos periodísticos (primera escuela del reportero) e ir formando el de Óscar Hernández.

En el aspecto laboral, las cosas mejoraban gradualmente. La confianza ya era plena por parte de Josefina y de Martín. Asimismo, los otros reporteros me impulsaban a seguir adelante y reconocían mi trabajo (algo poco común entre compañeros).

Pero había un ámbito que no mejoraba y sí empeoraba: mi salud, la cual decaía paulatinamente, debido a las constantes desveladas, desmañanadas, aunado a los malos hábitos alimenticios que adquirí y que son el común denominador del reportero, pues a falta de horarios definidos de trabajo, ingería alimentos, en su mayoría de baja calidad y sin una hora determinada.

Eran ya constantes mis mareos y dolores de cabeza cuando estaba en la redacción. Reconozco que mi dedicación a la labor reporteril, sumada a mis problemas de salud, hacían que descuidara significativamente mi trabajo en la oficina, lo cual era percibido por Verónica Valencia, jefa de Redacción en aquel entonces. Al final de cuentas a ella le valía un comino si yo estaba reportando, sólo le interesaba que hiciera bien el trabajo para el que fui contratado: la redacción.

Lo anterior comenzó a dificultar mi accionar en *Enfoque*. Pese a mis constantes intentos por modificar mi horario, Martín Carmona no cedía y se limitaba a decirme que era “el precio de las oportunidades”.

Así pasaron los días, hasta que llegó uno que marcaría la pauta en el ámbito laboral. Un compañero de trabajo me comentó que en *Grupo Radio Centro*, solicitaban reporteros y que podía ser una buena opción en mi vida.

Con esta información, un día jueves, luego de cumplir con mis labores en “Tlaxcoaque”, acudí a las instalaciones de *Radio Centro*. La curiosidad me llevó a pedir informes. Al final dicha curiosidad mató al gato. El encargado del reclutamiento me preguntó si deseaba hacer el examen... asentí y con ello di paso a nuevas expectativas.

Dos días después, el subcoordinador de Reporte Urbano y Vial de *Grupo Radio Centro*, Édgar Jiménez, quien me aplicó el examen, me llamó por teléfono y pidió presentarme en el trébol de Constituyentes y Reforma al día siguiente. ¿Me quedé? Fue mi primer pensamiento tras colgar el auricular. Por supuesto en *Enfoque* no sabían nada aún.

A las diez de la mañana del siguiente día estaba sentado frente al escritorio de Roberto Medina, coordinador de Reporte Urbano y Vial de *Grupo Radio Centro*. Fue breve: “Tus resultados fueron buenos, ya tienes algo de experiencia al aire, el único problema es que este trabajo es en moto... ¿te interesa?”.

Me quedé frío, no asimilaba que en ese momento tuviera una oferta formal de trabajo en el principal grupo radiofónico de México. Mi respuesta fue tibia y sólo le dije que me dejara platicar con mis jefes en *Enfoque*.

En plena ruptura con *Monitor*, *Radio Centro* no podía esperar para la contratación de nuevo personal, y Roberto Medina coincidía en ello. Me enfatizó que no lo pensara demasiado, necesitaba una respuesta y en no más de dos horas, tiempo en el que prometí regresar para resolver la situación.

Al salir de *Radio Centro*, estaba sumamente confundido, me ilusionaba el haber aprobado el examen, pero a la vez le tenía un profundo cariño y agradecimiento a *Enfoque*. Por otro lado, también estaba consciente que de continuar con mi ritmo de trabajo no tardaría en reventar.

En *Enfoque* se veía muy lejana una posible contratación para ocupar el puesto de reportero. Las oportunidades en los medios casi siempre son inesperadas, pero deben resolverse de inmediato. Era tiempo de arriesgar... y así lo hice.

Una charla sumamente emotiva con mi coordinadora de noticias, Josefina Claudia Herrera, me alentó a buscar nuevas fronteras. Dijo que los retos en este medio siempre son buenos y era momento de saltar a ligas mayores. “*Enfoque* fue tu escuela, pero no te puedes quedar aquí, estás para dar mucho más”, frase acompañada por lágrimas de ambos, fundidos en un fuerte abrazo, que terminaron con la ilusión de un nuevo proyecto.

Fue la última vez que pisé las instalaciones de *Enfoque* en plan de trabajo. Un noticiario que me brindó las primeras oportunidades reales de hacer radio y comenzar también mi carrera de locución.

Confirmé que el trabajo reporteril, ese que nace y se hace en la calle, era a lo que me quería dedicar, al menos en ese momento. Fueron también mis inicios como reportero, así como la inclusión a uno de mis sueños como lo fue salir “al aire y en vivo”, experiencias que conocí a temprana edad y por las cuales buscaría ahora, en otra etapa, dominarlas hasta hacerlas mías.

Conocí gente que no se cansó de ayudarme y que tuvo fe en mí. Hoy día les agradezco tanto, pero con igual gratitud me muestro ante los que quisieron perjudicarme, quienes al final con sus envidias sólo me fortalecieron para buscar el camino hacia lo que me gusta hacer.

Enfoque me permitió crecer y trabajar con equipo de primer nivel radiofónico. El manejar las consolas y los programas, fueron armas que más adelante serían de gran utilidad, pues entre mayor sea el conocimiento en radio, en esa medida crecerán las alternativas para el desempeño profesional.

Finalmente agradecer a la radio, ese magnífico “teatro de la mente”, que a mi modo de ver supera por mucho a la prensa y televisión. La señal en radio es más amplia que la de televisión y en términos económicos y de comodidad, es más barato y sencillo tener un radio cerca de nosotros. También me hizo madurar profesionalmente, cuando me obligaba a buscar alternativas que compensaran la imagen o el texto que no tendría el auditorio. Mi voz eran sus ojos y lo que les pudiera decir sería su escenografía, grande o mediocre, dependiendo de mis cualidades para transportar al radioescucha a la escena que describía y para hacer inteligible lo que les contaba.

Surgía un nuevo reto, el más grande hasta ahora en mi vida profesional y en el cual tendría que practicar las enseñanzas recientes, pero aprender mucho más, para hacerme de un lugar en este pequeño mundo de magia, crudeza y emociones.

Capítulo 4.

De patitas a la calle

Sin duda, mi etapa en *Grupo Radio Centro* ha sido la más importante en mi vida profesional. Tras mi salida de *Enfoque*, me enfrenté al mayor reto: reportear todos los días desde el propio lugar del hecho y a bordo de una motocicleta. No imaginaba que ahora sería reportero urbano.

Enfoque me dio la oportunidad de transmitir al aire y acercarme al reporte en radio; en cambio en *Radio Centro* debía enlazarme desde algún punto del Distrito Federal. Ya no habría más pantallas ni asientos cómodos como en Tlaxcoaque, ahora requería investigar hasta el último aspecto para luego describirlo al aire.

Mi labor principal consistiría en recorrer las calles de la ciudad de México a bordo de una motocicleta y en grabar cómo se encontraban las arterias en materia vial. Cuando se generara alguna nota de importancia social (manifestaciones, bloqueos de vías primarias, asaltos bancarios, asesinatos en la vía pública, accidentes automovilísticos) debía trasladarme a ese sitio para investigar lo ocurrido y transmitirlo. Ya no más grabaciones, ya no más enseñanzas, era momento de practicar lo aprendido, era tiempo de involucrarme de lleno en la noticia. Mi nuevo empleo me llevaría al reporte urbano y vial.

Durante este periodo de mi vida, comprendí que mi profesión es una herramienta social. Entendí que el periodismo de denuncia ciudadana es fundamental para acercarnos a la democracia. A través de vivencias urbanas supe que a la mayoría de la gente le es de mayor utilidad la información cercana a ellos, esa que anuncia el alza en el precio de la gasolina o de la canasta básica. A la ciudadanía le sirve más prevenirla sobre un cierre vehicular en una vía primaria que lo lleva a su trabajo, a saber las últimas declaraciones del subsecretario de la Función Pública, en donde muchos no tenemos mayor incidencia.

La noticia que involucra directamente a la ciudadanía cobra mayor importancia porque atañe a más sectores sociales. Para ellos fue creado el reporte urbano, ese que me permitió amar mi profesión al descubrir que mis investigaciones les servían a la gente, ese que me dejó ver al periodismo convertido completamente en servicio social.

En esta etapa me enfrenté a situaciones nunca experimentadas y menos pensadas en mi estancia universitaria, tales como el dolor humano, ese que tantas veces me tocó observar cuando cubría notas sobre asesinatos a mano armada, accidentes automovilísticos, operativos policiacos, amotinamientos en reclusorios, riñas callejeras, linchamientos y otras situaciones que me dejaban frío y consternado, no sólo por vivirlas, sino por cómo se realizaban, en la mayoría de los casos, reflejo de una sociedad en descomposición, intolerante, la cual, el hecho de tener pocas oportunidades de sobresalir, las canaliza en violencia social.

Lo citado también me ponía a prueba. Con el paso del tiempo, el dolor, la sangre, la violencia y la muerte se convirtieron en pan de todos los días. En el aspecto emocional tuve que adecuar incluso sentimientos para tener la cabeza fría ante la abundancia de nota roja y evitar terminar bañado en ella.

A la larga y tras mucho esfuerzo, estas vivencias me llevaron a valorar aún más la vida, la cual se podía terminar en cualquier momento a manos de seres desquiciados e inconformes con su presente, victimarios de personas inocentes.

Es impresionante el número de personas que pierden la vida en accidentes vehiculares a causa de la imprudencia (manejar cansado, alcoholizado o ignorando las señales de tránsito). Me sorprendía y lo sigue haciendo, el que muchos no tienen el mínimo respeto por su integridad ni por la de los demás. La forma de conducir sus vehículos y las nulas medidas preventivas son motivo de alarma ciudadana. Del total de choques o volcaduras que me han tocado cubrir, el 80 por ciento fueron producto de la imprudencia.

La ciudadanía en el Distrito Federal (de acuerdo con mi experiencia) no experimenta en cabeza ajena; hasta que no sufre algún percance previene las situaciones, sólo que en dichos sucesos se pierden muchas vidas antes de aprender la lección. Nuestra sociedad no previene, sólo corrige, y para algunos este último verbo se pone en práctica ya tarde.

La práctica del reporte urbano me representa un profundo crecimiento personal, pero también tiene su precio. No solamente valoro la vida cuando llego a algún sitio donde la muerte ya se me adelantó, en algunas ocasiones a mí también me sopla en la nuca, principalmente al andar en motocicleta. No es nuevo mencionar que conducir una moto es peligroso, pero hacerlo nueve horas o más al día a velocidades superiores a los cien kilómetros para llegar al lugar de la noticia, quintuplica el riesgo.

En la mayoría de las ocasiones debo circular a altas velocidades para llegar al lugar del hecho y obtener un aspecto básico del reporte urbano y del periodismo en general: la oportunidad, esa que permite vivir la noticia de cerca, sentir todos sus aspectos para luego transmitirlos.

Esto se traduce en circular rápido, en medio de cientos de vehículos que no tienen el menor respeto por el motociclista. En el Distrito Federal carecemos de educación vial, lo que ocasiona constantes percances vehiculares. Dicho riesgo se mantiene latente y el llegar a sufrir accidentes en motocicleta es grave y de lamentables consecuencias. Mi trabajo tiene como bemoil este aspecto: arriesgar la vida por conseguir la nota.

Incluso, durante esta etapa en la empresa, fui testigo de la muerte de Miguel Ángel Torres, compañero de la emisora *Reporte 98.5* y de infinidad de accidentes de colegas, quienes fueron sometidos a cirugías.

Mi preparación universitaria me fue de mucha utilidad al ingresar a *Radio Centro*. Materias como reportaje, entrevista, crónica noticiosa y taller de prensa, me dieron las armas, en primera, para superar mi examen de ingreso a la empresa, y actualmente, consulto algunos apuntes para darle frescura a mi trabajo. Es así como doy pie a esta etapa, la de mayor crecimiento laboral y personal.

4.1. Mi casa sin paredes: *Radio Centro* y el periodismo social

Mi llegada a *Radio Centro* fue acelerada. No había terminado de despedirme de mis compañeros de *Enfoque* cuando ya debía presentarme a trabajar en el área de “reporte urbano y vial”. Mi puesto sería el de editor vial y mi labor consistiría en redactar notas urbanas, editar grabaciones de los reporteros, así como escuchar las frecuencias de la Secretaría de Seguridad Pública a través de radios de frecuencia, con el fin de averiguar en qué parte de la ciudad de México se podía generar la noticia: asesinatos, accidentes vehiculares, operativos, manifestaciones, asaltos bancarios, secuestros, etcétera.

Grupo Radio Centro es el principal consorcio radiofónico de México, al menos así lo demuestran los números. Cuenta con 15 estaciones que transmiten a lo largo y ancho de la república mexicana. Mi ingreso a esta empresa sería principalmente en *Radio Red* y *Formato 21*, única emisora en el cuadrante que transmite noticias las 24 horas del día. La citada estación conforma su tiempo en bloques noticiosos de 21 minutos, en los que aborda temas de índole nacional, metropolitano (en el que yo participaría), así como tópicos deportivos. Esta sucesión de tiempos se mantiene todo el día. A diferencia de otras estaciones que cuentan con un horario establecido para la transmisión de noticias, *Formato 21* abre sus micrófonos en el momento justo en que se genera la noticia, lo que significaba una amplia ventaja respecto a la competencia. Los reporteros urbanos de *Formato 21* transmiten en vivo cuando se generaba la nota. Este aspecto le da frescura y viveza a la noticia y obliga a estar siempre al pendiente del acontecer urbano.

Las instalaciones de *Radio Centro* se ubican en el cruce de la avenida Paseo de la Reforma y Constituyentes, en la colonia Lomas Altas. La infraestructura se compone de 15 estaciones radiofónicas, distribuidas en nueve pisos, dos de ellos destinados al área de noticias. Entre sus filas cuenta con comunicadores como Jacobo Sabludowsky, Sergio Sarmiento, Nino Canún, Guadalupe Juárez, Jesús Martín Mendoza, por mencionar algunos. En el plano de los espectáculos, Mariano Osorio (con quien también colaboré) es pieza fundamental para la estabilidad comercial de este consorcio.

Durante mi primer día de labores, platicué con mi jefe, Roberto Medina. Discutimos sobre el miedo que yo tenía de conducir una motocicleta. Él me dio su voto de confianza e invitó a colaborar en el área de redacción y edición vial, a fin de conocer el funcionamiento de la empresa, antes de una posible salida a las calles. En aquel momento estaba seguro de no querer, por ningún motivo, manejar una moto. En casa, este tema había sido discutido ampliamente y, al igual que yo, mis padres rechazaban cualquier intento de aprender el arte sobre ruedas. Mi objetivo al ingresar a *Formato 21*, era convertirme en reportero de fuente. No sabía lo que me deparaba el destino.

El espacio de trabajo era reducido. No más de 70 metros cuadrados dedicados al reporte urbano y vial. Mi turno laboral sería de seis de la mañana a tres de la tarde y de tres a diez de la noche, los cuales se alternarían cada semana, de lunes a sábado.

Un coordinador, dos jefes de turno, un par de escaneadores y cuatro editores viales conformaban cada equipo de trabajo. Las notas que transmitían los 18 reporteros urbanos eran capturadas en la computadora por nosotros (editores viales) y nuestra tarea consistía en redactarlas dentro de una bitácora, a fin de que las producciones de noticias tuvieran acceso a ellas y de este modo conocer la información que traían los reporteros.

En dichas redacciones, se incluían todos los detalles del hecho, desde el lugar hasta los porqués de la noticia en cuestión. El texto debía ser breve y anexar la hora exacta en la que se había generado la información, así como el nombre del reportero.

Otra de nuestras labores consistía en editar las grabaciones viales de los reporteros. En *Formato 21*, cada diez minutos se transmite un bloque de información vial con tres diferentes reporteros. Dicha información no debe rebasar el minuto con treinta segundos. Para cumplir con este objetivo se cuenta con una cabina de edición, en la cual uno de los editores viales corta las grabaciones para transmitir las al aire. Los reporteros urbanos envían información grabada a un buzón telefónico, sobre una o dos avenidas de la ciudad de México y su acontecer vehicular. Antes de este material, graban un conteo que da pie a la grabación.

La labor del editor es cortar ese conteo, así como cualquier error que pudiese haber tenido el reportero. Dicha tarea se realiza en las tres grabaciones, para después ordenarla en una computadora de donde se envía la información directamente al aire. Este proceso tiene lugar cada diez minutos durante todo el día.

En la cabina principal de *Formato 21*, los locutores conocen el mecanismo, por lo que cada diez minutos abren un *pot* conectado a la cabina de edición y mediante una cortinilla que anuncia el reporte vial, alertan al editor para enviar la información al aire.

Mi última labor como editor vial era escuchar los radios de las frecuencias de la Secretaría de Seguridad Pública. Esta instancia divide al Valle de México en cinco sectores, que a su vez se distribuyen en 70 sitios de vigilancia distribuidos en la ciudad. Cada sector abarca una zona específica del Distrito Federal (centro, sur, norte, oriente y poniente).

Mediante estos radios, los policías que cubren las 70 áreas de patrullaje, reportan a la secretaría cualquier anomalía que se suscite en la zona. Las frecuencias con las que se comunican son recuperadas por radios de frecuencia alta con los que cuenta la Base Dragón de *Formato 21*. A través de los diálogos que sostenían los uniformados de Seguridad Pública, teníamos conocimiento del acontecer en la ciudad, y si ocurría algo relevante en materia noticiosa, se enviaba a algún reportero urbano a cubrir la nota.

Los policías hablan en clave con sus superiores: mediante letras sueltas y números se comunican situaciones que ocurren en la vía pública. Por ende, el deber de todos nosotros era conocer y descifrar dichas claves para obtener información. Se supone (empleo este verbo porque en realidad es un secreto a voces) que las autoridades de Seguridad Pública desconocen que *Radio Centro* tiene sus frecuencias, así como *Monitor* y *Reporte 98.5*, quienes, al igual que nosotros, las utilizan con el mismo objetivo.

La redacción de notas, la edición vial y la captura de asuntos noticiosos mediante las frecuencias policiacas eran mis tres principales actividades. Sabía que debía dominar estas tareas antes de buscar otros objetivos. Parecía que mi encuentro con la motocicleta y el reporte urbano no tardarían mucho, pese a mis miedos por enfrentarme a la más difícil etapa de mi vida laboral.

Gracias a mi anterior empleo, no tuve dificultades para adaptarme al trabajo en la redacción. Mi mayor problema fue aprenderme las claves de la policía preventiva, estatal, judicial y municipal, y luego ponerlas en práctica.

Por lo menos tres horas diarias escuchaba cuatro radios de seguridad pública a la vez. Mi deber era comprender e interpretar los diálogos para saber en qué lugar se podía generar una nota. Otras tres horas las pasaba frente a la computadora. Cuando algún reportero transmitía una nota, era grabada por nosotros y posteriormente la redactábamos en bitácora. Finalmente, las dos horas restantes de mi turno, las pasaba en la cabina de edición enviando los reportes viales al aire.

Pronto, dichas labores se volvieron rutinarias. Me parecía que no representaban un crecimiento profesional. Junto a mí, había un compañero que tenía pensamientos similares y a quien Roberto Medina ya le había ofrecido salir a la calle como reportero urbano.

Juan Carlos Zamora y yo platicábamos constantemente sobre dicha opción. A ambos nos parecía tentadora pero sumamente riesgosa. A la vez, sabíamos que de no aprovechar esa oportunidad, quedaríamos en el conformismo y mediocridad, frente a un escritorio escuchando radios, labor que necesitaba solamente el mínimo nivel educativo.

Transcurrían 20 días de mi llegada, cuando Zamora decidió salir a “rifarse el físico”. Habíamos logrado una buena amistad: ambos éramos egresados de la UNAM y teníamos muchas ambiciones profesionales.

Su salida fue difícil. Los demás reporteros lo recibieron con incredulidad y mala fe. El ser el compañero nuevo se traducía para ellos en incompetencia, por lo que los primeros días lo molestaban continuamente, cuestionando sus capacidades profesionales. Esta situación me causó miedo. En el fondo sabía que el siguiente en turno, sería yo.

Las notas de los reporteros se transmitían principalmente en *Formato 21*, pero también en *Radio Red*, *La 69* y *Stereo Joya*, cuando así lo permitieran los horarios de las mencionadas emisoras. Los reporteros también se enlazaban a *Stereo 97.7*, *Universal Stereo*, *La Zeta* y *Alfa Radio* para ofrecer el reporte vial. El ajeteo es constante porque siempre se debe estar al pendiente de las llamadas de las estaciones. Pero esto trae su beneficio: darse a conocer en los diversos auditorios.

En el plano noticioso, los reporteros deben preparar su información y audios para las tres emisoras de noticias (*Formato 21*, *La Red* y *La 69*). Cuando terminan de enviar la información a una de ellas, inmediatamente le llama la otra producción y así sucesivamente. Para las tres emisoras, el reportero debe tener lista su nota, pero con un formato distinto para cada una. *Formato 21* tiene mayor amplitud a la noticia, todos los detalles se mencionan, incluyendo nota roja. En *La Red* sólo se señala lo más importante, excluyendo detalles que pudiesen espantar o incomodar al auditorio, tales como si hay sangre o si alguna persona perdió una pierna, etcétera. En *La 69* sólo interesan afectaciones vehiculares; los homicidios o accidentes con muertos, sólo si son relevantes se toman en cuenta.

Para facilitar el manejo de las estaciones entre los reporteros, éstas se designan con colores: *Formato 21* es roja; *La red*, amarilla; *La 69*, verde; *Stereo Joya*, negra; *97.7*, azul; *Alfa Radio*, rosa; *Universal Stereo*, dorada; y *La Zeta*, naranja.

Pese al peligro que representa, la labor de los reporteros urbanos es interesante, mucho más que permanecer en una redacción. Se enfrentan a situaciones difíciles en las que deben anteponer su profesionalismo a aspectos personales, tener una mente fría y en ocasiones cohibir sus sentimientos a fin de no impactarse por el peso de la noticia.

En diversas ocasiones Roberto Medina habló conmigo y me apresuró a tomar una decisión. Por un lado, consideré la oportunidad de trabajar en definitiva como reportero, y, por otro, cuidar mi integridad física. Comprendí que los riesgos son necesarios para conseguir lo que uno ansía. Mi deseo de ser reportero era más fuerte que mi miedo a sufrir algún accidente. Hoy no me arrepiento, pese a que viví en carne propia lo cruel de un percance en motocicleta. La satisfacción de obtener lo deseado y de ejercer mi carrera profesional me dejaron saber que hice lo correcto.

Con mis padres totalmente en contra, vino la oportunidad de salir a la calle. Medina me ofreció todo su apoyo. Asimismo, había logrado buenos lazos de compañerismo con la gente de la redacción, quienes también me animaron. La hora había llegado. Afuera me esperaba la magia, la crudeza y la verdadera realidad de las calles del Distrito Federal.

4.2. La calle... mitos y realidades

El 9 de mayo de 2005, convertido en un manojito de nervios por la pronta salida, me dispuse a recibir el equipo de trabajo. Armando Ordóñez, segundo al frente después de Roberto Medina, me entregó mi nuevo uniforme: un casco de plataforma, dos pantalones negros de motociclista, un par de playeras amarillas con el logo de *La Red* y *Formato 21*, dos chamarras con protecciones para motociclista y en color amarillo y negro (distintivos de *La Red*), así como dos pares de botas, uno para el periodo de lluvias y otro para todo terreno.

Respecto al equipo de transmisión, recibí un radio de frecuencia alta por donde nos comunicaríamos entre reporteros y la Base Dragón (de esta redacción se designa a los reporteros la nota a cubrir), un celular Nokia, manos libres; un monitor de radio y una grabadora de mini-disc. Estaba dispuesto a todo para realizar un buen trabajo en las calles.

Tras colocarme dicha “armadura“, sentí la emoción por salir. Imaginaba cómo sería mi trabajo, el reporte vial y todas esas cotidianidades que pasan en la vía pública. Esas calles con sus sorpresas marcarían mi destino profesional y personal. Mientras me despedía de mis compañeros en la Base Dragón, recibí llamada telefónica de mis padres quienes, tras resignarse con la idea, me daban muestras de apoyo para salir adelante.

Juan Carlos Gutiérrez (Dragón 2) pasó por mí a *Radio Centro*. Al momento de retirar su maleta del asiento trasero, me dijo: “esta chamba es muy cabrona, tienes que echarle huevos para armarla. Al principio seguramente sentirás miedo, pero tienes que aguantar y meterte en la cabeza que andar en la calle es chido, pero peligroso”. Tras esa primera bienvenida, me subí en el asiento trasero de su motocicleta, majestuosa por su gran tamaño y peso.

Las motocicletas utilizadas por los reporteros urbanos y que, dentro de muy poco usaría yo, eran unos monstruos del asfalto. Se trataba de una moto Harley-Davidson con mil 200 de cilindraje, lo que se traducía en velocidades que alcanzaban los 160 kilómetros por hora. Estas máquinas pesaban aproximadamente 470 kilogramos, es decir, si caía encima de una pierna la destrozaba literalmente. En contraparte, eran motocicletas bellas, equipadas con doble asiento, una torreta en la parte trasera para circular de noche, un par de faros antiniebla, cinco velocidades y una longitud de metro y medio. Confieso que estas “bellezas” sobre ruedas significaban una tentación para quien las veía, coqueteaban con su conductor, quien a su vez debía velar por ellas.

Para las tareas en las calles, los reporteros urbanos contamos con un seguro de vida por 150 mil pesos, que cubre caídas, lesiones y daños a terceros. De cualquier modo ningún seguro de vida alcanza para devolverle una pierna o la propia vida a quien conduce estos monstruos.

Existen viejas creencias entre los motociclistas. Algunos aseguran que el conductor debe mantener una relación de amistad con su máquina. Cuentan que la moto responderá de acuerdo al trato que se le dé, si se le cuida y mantiene, la máquina no presentará problemas, pero de no ser así, el conductor debe prepararse para enfrentar cualquier falla mecánica durante el camino. Incluso dicen que se le debe platicar y hacerla nuestra confidente, en otras palabras, convertirnos uno con ella para que nos cuide.

Finalmente, existe una creencia entre motociclistas y que me puso los pelos de punta cuando lo escuché de Juan Carlos: “hay dos clases de motociclistas, los que ya se cayeron y los que se van a caer”. Al oír esto no pude ocultar mi miedo e incertidumbre, no podía creer que aceptaran lo anterior como una regla, era como condicionarse a sufrir un accidente. Rechacé dicha idea, pero no pude alejarla de mi mente.

Reflexionaba lo anterior cuando ya circulábamos sobre la avenida Paseo de la Reforma. Al tiempo que Juan Carlos aceleraba, a través del radio de frecuencias, anunció a los demás Dragones que el 23 ya estaba fuera. Las respuestas fueron inmediatas, algunos compañeros me dieron la bienvenida y otros más me recibieron con incredulidad. Rogelio García, el Dragón 15, un chico de 24 años y muy culto, dijo: “sé que lo harás muy bien Oscarín, échale muchas ganas y aquí tienes mi apoyo”. Y hubo otros, como Rubén Orozco, Dragón 7, que se limitaron a decir: “Juan Carlos, aplica a ese muchacho, que le chinge desde hoy y no se haga pendejo, que le quede claro que no salió a pasear”.

Llegamos al Ángel de la Independencia, principal punto de reunión de Los Dragones. Lo primero que debía aprender era a grabar viales, es decir, a informar al auditorio acerca de las condiciones vehiculares de las calles y avenidas que había recorrido. El Dragón 2 me señaló la importancia de ser breve y conciso en la información. Debía grabar en menos de 35 segundos y en ese lapso, de ser posible, ofrecerle al auditorio alternativas vehiculares.

No teníamos ni 30 minutos practicando los viales, cuando comenzaron a llamar a Juan Carlos desde el radio de frecuencia: “Dragón 2, en 55 por 51 a Xola y Petén, tienes 41 por 212”. Como ya dije, entre los Dragones y la base nos comunicábamos con claves. Básicamente eran las claves de la Secretaría de Seguridad Pública, a éstas sólo les cambiábamos un número y las usábamos como nuestras. De este modo, Juan Carlos recibió la indicación que traducida decía: “De prisa por tu camino hacia Xola y Petén, tienes un muerto por herida de arma blanca”. Dichas claves debía dominarlas pronto para entender las diversas formas de comunicación (ver cuadro en las páginas 55 y 56).

Claves Base Dragón

X1	Confidencial	21	R1	Orden superior	10-1	K1	En ruta	51
X2	Persona	22	R2	Cumplir la orden	10-2	K2	Al arribo	52
X3	Situación normal	23	R3	Cancelar la orden	10-3	K3	Permanecer en el lugar	53
X4	Ratero	24	R4	Llamada general	10-4	K4	Retirarse del lugar	54
X5	Asalto	25	R5	Fuera de frecuencia	10-5	K5	A máxima velocidad	55
X6	Automóvil	26	R6	Sin asignación	10-6	K6	Ubicación	56
X7	Secuestro	27	R7	Sin asignación	10-7	K7	Reunión	57
X8	Base	28	R8	Investigar en el lugar	10-8	K8	Base	58
X9	Delegación	29	R9	Detenido	10-9			
X10	Bomba	210	R10	Enterado	10-10			
X11	Incendio	211	R11	Estar al pendiente	10-11			
X12	Herido arma blanca	212	R12	Repetir el mensaje	10-12			
X13	Herido arma de fuego	213	R13	Cómo se escucha mi radio	10-13			

Z1	Muerto	41	Código plata	Amerita
Z2	Lesionado	42	Código verde	No amerita
Z3	Atropellado	43	Código naranja	Temblores
Z4	Riña	44	Código vino	Volcadura
Z5	Choque automovilístico	45	Código negro	Peligro
Z6	Vehículo	46	Código amarillo	No funciona
Z7	Teléfono	47	Código gris	Con precaución
Z8	Base	48	Código rojo	Incendio
Z9	Arribo	49		
Z10	Escolta	410		
Z11	Banco	411		

Claves de la izquierda: utilizadas por la policía preventiva.
Claves de la derecha: utilizadas por los reporteros urbanos.

Inmediatamente nos dirigimos al lugar de la noticia. Calculo que Juan Carlos manejaba a 140 kilómetros por hora, lo cual me aterraba. Es indudable que viajar en el asiento trasero se traduce en más incertidumbre porque se desconocen los movimientos a realizar del conductor, además de que los baches y topes duelen más viajando como copiloto, debido a los pocos amortiguadores de la moto.

En no más de diez minutos llegamos a lo que sería mi primera experiencia. Por indicaciones de Roberto, los primeros días sólo observaría el proceder del reportero, para luego ponerlo en práctica. Grande fue mi desilusión cuando un policía preventivo nos dijo que la mujer acuchillada ya había sido trasladada por paramédicos de la Cruz Roja. Ciertamente era que la mujer había sido herida, pero al no morir perdió importancia noticiosa. Para *Formato 21* los intentos de asalto sólo eran importantes si la víctima perdía la vida, apreciación editorial tal vez amarillista pero esa era la línea de trabajo. Juan Carlos me explicó que en la ciudad de México se registran decenas de asaltos diariamente, pero no todos dan nota. Para transmitirlos en vivo, la víctima debe estar muerta o bien, ser una persona pública. El robo de un reloj era intrascendente en materia reporteril, sin embargo, cobraba importancia si para efectuar dicho robo, el agresor le arrebatava la vida a su víctima.

Comprendí que una de mis búsquedas noticiosas era la nota roja, esa que muchos niegan pero que existe y se presenta con frecuencia, producto de la intolerancia, el estrés, desempleo y otros tantos factores que lastiman a nuestra sociedad.

Los reporteros urbanos laboraban dos turnos y los alternaban cada semana. Durante mi periodo de entrenamiento, laboraría 12 horas, de seis de la mañana a seis de la tarde. Con el fin de estar listo lo antes posible, sobre todo la conducción de la motocicleta.

Los días siguientes me alternaban para estar con otros reporteros y en distintas zonas. Era de vital importancia conocer las principales vías de la ciudad. Los reporteros trabajaban por zonas y éstas las rotaban cada semana. Los sitios de trabajo se dividían en: Oriente (desde Boulevard Puerto Aéreo hasta la autopista México-Puebla, y de Ermita Iztapalapa hasta los municipios mexiquenses de Nezahualcóyotl, Los Reyes, Chimalhuacán, etc.); Sur oriente (desde Ermita Iztapalapa hasta la autopista México-Cuernavaca y de calzada de Tlalpan a Tláhuac); Sur poniente (de circuito interior a la carretera Picacho-Ajusco y de Tlalpan a la zona de San Jerónimo, Las Águilas, etc.); Nice (que abarca la zona del trébol Radio Centro, Constituyentes y Paseo de la Reforma); Volador (inmediaciones del Ángel de la Independencia); Centro (alrededores del Zócalo capitalino); Norte (de avenida Central a Vallejo y de circuito interior a la carretera México-Pachuca); Nor poniente (de periférico a los municipios de Satélite, Tlalnepantla, Cuautitlán, etc.); y Boulevard (inmediaciones del Aeropuerto capitalino y Cámara de Diputados). Por supuesto, dichas zonas son relativas. Más adelante me daría cuenta que para ir en busca de la nota saldría incluso fuera del área metropolitana.

Durante mi aprendizaje, otros Dragones me compartieron sus experiencias, tal fue el caso del Dragón 13, Gerardo Galicia. Al estar con él continúe practicando los reportes viales, aunque no se generó ninguna nota periodística en nuestra zona. Acudimos a un estacionamiento de un centro comercial y me permitió subir a la moto pero sin arrancarla; su objetivo era que yo sintiera en mis piernas los 470 kilos que pesaba su máquina. Dicha situación me desesperaba, deseaba aprender sobre la práctica. Finalmente recorrimos algunas avenidas de la zona (por supuesto él manejando) y de esta forma terminamos el turno.

Tras dejarme cerca de mi casa, me comuniqué con el Dragón 17, Luís Amando Ramírez, compañero sincero y sobre todo comprensivo ante quienes deseaban aprender. Le expliqué mi necesidad por manejar motocicleta lo antes posible. La respuesta fue una cita en las inmediaciones de su domicilio para comenzar las clases. Para los Dragones (lo comprobé yo también) es difícil prestar su moto, son celosos con su “amada” y a regañadientes la sueltan para que otro la maneje, temen que quien la use, la pueda tirar por el peso y con ello causarle los consabidos rayones.

Luís Amando me prestó su máquina. Subirme a ella fue como un acto de arrebato y desenfreno. De manera breve, dijo que si algo debía aprender sería sobre ella. Tras una corta explicación eché a andar la unidad. Confieso que temblaba al iniciar, pero a la vez surtía una gran emoción en mí. Armando me pedía meter la segunda velocidad, a lo cual me negaba temiendo perder el control. Luego de mucho insistir, acepté, el resultado fue que la moto se me salió de control y comencé a acelerar sin quererlo. Afortunadamente la zona de enseñanza era una avenida poco transitada. Al intentar controlarla, subí a la banqueta y terminé impactado contra un montículo de tierra blanda que amortiguó el golpe. Si aquello hubiera sido cemento, sin duda un buen golpe me hubiera llevado. Con una sonrisa en los labios, Luís Amando señaló que esa fue mi primera lección y que sólo de ese modo lograría algún día, dominar al monstruo.

Las lecciones continuaban y se intensificaban. Esta vez andaba con el Dragón 8, Édgar Jiménez, quien dominaba el arte de manejar motocicleta, quizá no muy destacado en materia periodística, pero excelente compañero. Nos encontrábamos practicando la grabación de viales, cuando nuestro jefe de turno, César Cervantes, nos envió al municipio de Chimalhuacán, teníamos un “41 por 213” (muerto por herida de arma de fuego).

Sentí correr la adrenalina por mi cuerpo, sabía que esa podría ser mi primera nota de ese tipo. Tomamos la calzada Ignacio Zaragoza y posteriormente la carretera México-Texcoco. Cervantes nos iba guiando por teléfono. En ocasiones, cuando el lugar de la nota se hallaba muy alejado o escondido, nuestro jefe de turno nos orientaba Guía Roji en mano. Teníamos como referencia un Conalep en el kilómetro 24 de la carretera. Al llegar ahí doblamos a la izquierda para adentrarnos al poblado, en el cual predominaban las calles sin pavimentar, mucha tierra y un ambiente solitario y delincencial. Luego de girar varias veces en distintas calles, estábamos en el lugar de la noticia.

Édgar me instó a bajar de la moto e investigar de prisa lo ocurrido. La rapidez con la que se trabajan las notas es fundamental en radio: primero porque de no investigar pronto, los protagonistas o involucrados, se retiran del lugar y esto impide realizar entrevistas. Segundo, permite al reportero desarrollar su agilidad mental al decidir en fracción de minutos qué giro le dará a su nota. En el reporte urbano es esencial saber improvisar e incluso ser intuitivo. Al llegar, Jiménez ya sabía el 70 por ciento de los hechos: conocía la zona y que la persona muerta había sido encontrada en una papelería, elementos suficientes para suponer que se trataba de un asalto al que la víctima había opuesto resistencia.

Un último factor para investigar y redactar la nota lo antes posible, es ganarle la primicia a la competencia. Por ego laboral era importante transmitirla antes de que lo hiciera *Monitor* o *Reporte 98.5*.

Por la premura de conseguir datos, no razoné dichas cuestiones. Al paso del tiempo me di cuenta que muchos reporteros van al lugar del hecho a conseguir audios y a confirmar lo que de antemano llevan en mente. Durante el trayecto, si ya tienen datos, van preparando su nota.

La oportunidad en la noticia también es fundamental. Al llegar a dicha papelería, aún se encontraba el cuerpo de la persona. Era el momento de enlazarse al aire y describir el entorno, de narrar y contar la nota, porque se tienen todos los elementos enfrente.

Se trataba de una mujer de 27 años, quien había muerto a causa de un disparo de arma de fuego a la altura del abdomen, al resistirse a un asalto por parte de dos sujetos armados, quienes tras lograr su cometido se habían dado a la fuga.

El tener un muerto frente a mí (el primero de muchos) significó un duelo en mi mente. Debajo del cuerpo de la joven, que vestía pantalón azul de mezclilla y una blusa rosa, se podía observar un charco de sangre que crecía paulatinamente. Sus familiares lloraban a los pies del cadáver, exigiendo una justicia, que no llegaría. Me causó asombro. Reflexioné sobre el móvil del crimen; cien pesos costó la vida de la mujer. No solamente era un homicidio, se trataba de una muestra de la intolerancia social y de la falta de oportunidades que orillan a la gente a cometer crímenes para conseguir dinero.

Esta nota también significó mi primer enlace en vivo. Lupita Juárez me presentó: “Vamos al municipio de Chimalhuacán ¿qué nos tienes Óscar?”

—Gracias Lupita, información de un lamentable suceso. Hace unos momentos fue encontrado el cuerpo sin vida de una mujer...”

Aquel enlace no estuvo mal pero admito que demoré mucho en conseguir los datos, no sabía si preguntarle a los familiares, vecinos o a los policías. Después sabría que cada nota indica por sí sola a quién acudir. Me faltó también descripción y contar la historia. A la gente que escucha radio le gusta que le cuenten, le narren, la transporten. En este caso platicarle por qué empezó la resistencia de la joven, si se hallaba sola, dónde estaban sus papás o si en la tarde de aquel día, aquella mujer contraería matrimonio, factores que enriquecen la transmisión de notas periodísticas al aire.

Édgar me habló sobre tener la cabeza fría. Dijo que no actué rápido porque tardé en asimilar el hecho. Afirmó que las notas rojas debo verlas por fuera y nunca hacia mis adentros, a fin de que no me afecten. Señaló que debía observar más, acercarme al lugar de los hechos, detenerme a checar cada detalle, ver el cuerpo, la ropa, el lugar, la reacción de la gente y narrar el entorno.

En radio, la descripción es una de las principales herramientas de trabajo. Así también lo señaló Antonio Morales, Dragón 12, uno de los reporteros con más experiencia en el medio. Aquel turno a su lado, uno más de mi aprendizaje, no se significó como un día plagado de notas. Sólo acudimos a algunos percances automovilísticos sin lesionados ni grandes afectaciones vehiculares. Los accidentes, sólo se transmitían en vivo cuando perjudicaban a terceros o si los involucrados resultaban heridos o muertos.

Ese día resultó muy productivo para mí. Fuimos al estacionamiento de un centro comercial y me permitió practicar en la motocicleta. El siguiente lunes estaba pactado para que anduviera solo. Tras algunas sugerencias para manejar, Toño Morales me hizo ver un aspecto, hasta ese momento ignorado por mí. Me señaló que si bien debía preocuparme por aprender a manejar la moto, eso era un aspecto secundario, mi principal ocupación debía ser convertirme en un buen reportero.

“En esta chamba no queremos pizzeros ni mensajeros, sino periodistas. De nada servirá que domines la motocicleta si al llegar a la nota no sabes qué decir y la transmites con las nalgas”. Acepté aquella observación, pero hasta vivirla en carne propia, sabría lo importante de sus palabras.

En el Grupo Dragón, había excelentes motociclistas, tipos que conducían velozmente y con frecuencia llegaban a tiempo al lugar de la noticia, pero eran deficientes en la transmisión de su nota. Mostraban falta de vocabulario, dicción y una incorrecta interpretación de los hechos.

En cambio, tenía otros compañeros que dominaban el vocabulario, correcta dicción al aire y sabían darle forma a su nota para hacerla atractiva al auditorio, su único problema era la falta de destreza y dominio en la moto. Compensaban este hecho realizando dignos trabajos periodísticos que minimizaban, casi totalmente, su falta de pericia en la máquina. Tal parecía que no se podían dominar ambas cosas. Morales me instó a ser un buen periodista. Ahora me tocaba escoger a mí.

Tras la charla, Toño sacó una pluma de su chamarra y la tiró al suelo, acto seguido me invitó a describirla en su totalidad, junto con su entorno. Me pareció un ejercicio soso y sin sentido. Morales notó mi poco entusiasmo y dijo: “Si crees que es tan fácil, hazlo”. Comencé a describir vanalmente la escena, según yo no había mucho qué decir: una pluma azul, tapón negro, todavía con tinta, tirada en un piso de concreto junto a una pared.

Sonriendo, Toñito dijo que mi descripción no le decía nada. Señaló que al hacerlo debía narrar cada detalle y el cómo se origina, además del por qué de la escena. Prosiguió: “Frente a nosotros tenemos una pluma de color azul, con muchos rasgos de desgaste, posiblemente fue abandonada aquí hace poco más de una semana. Por la zona en la que nos ubicamos quizá por una persona de clase media, que la desechó al observar que le quedaba media tinta... la escena es melancólica, esta pluma está sola en medio de un gran estacionamiento, difícilmente alguien la recogerá, por lo que será olvidada y tiempo después, triturada por algún animal”.

Por supuesto, aquello fue más que una simple descripción, fue una historia completa. Me dejó sorprendido. Morales dijo que las notas son como esa pluma, cada una tiene una historia distinta que contar. “Un hecho nunca está aislado y guarda un cuento detrás”. Afirmó que mi labor era investigar dicha historia para contársela al auditorio de manera atractiva, utilizando elementos como la retórica, la descripción y la narración.

Aquella “clase” impartida por mi compañero me hizo recordar mi estancia universitaria. En mi taller de prensa nos pedían trabajos de este tipo. Describir los hechos que vivíamos a diario y estructurarlos como una crónica noticiosa. Admito que en ese entonces esas tareas sólo eran eso, deberes para sumar calificaciones. Ahora sé que la “clase” que me dio Toño Morales, la había recibido años antes en la ENEP Aragón.

Morales concluyó diciendo que en radio, el reportero se convierte en los ojos del radioescucha, quien se formará una idea de la magnitud de la noticia, de acuerdo con nuestra narración y descripción. Si no sabemos transmitirle a la gente lo acontecido en determinado lugar, perderemos su atención. Habremos tirado por la borda nuestra información, por muy importante que ésta sea.

Terminé el turno agradeciéndole a Toño sus enseñanzas y, por supuesto, comprometiéndome a llevarlas a cabo, situación que no demoraría mucho. Se acercaba el día de mi debut.

Los turnos de los reporteros urbanos son relativos. Hay días en que no se tiene chance de comer algo, porque se va de una nota a otra, de Sur a Norte y de Poniente a Oriente. Termina de enviar la información y apenas tiene tiempo de colocarse el casco para acudir a otra nota. En cambio hay días en que la información parece abandonar la zona. No pasa nada de relevancia o sólo se cubren conflictos vehiculares. Así es la vida del reportero urbano y vial, recorrer las calles de la ciudad para informar sobre la vialidad, buscando la información, y de igual modo atento a las indicaciones de la Base Dragón para acudir oportunamente al sitio de la noticia.

Por fin llegó el día. Muy de mañana me trasladé a las instalaciones de *Radio Centro* para recoger a mi “pareja”, la motocicleta número 23. Una máquina amarillo y negro, reluciente y con un cilindraje mil 200, sería mi nueva compañera.

Apresurándome me despedí de todos y comencé mis labores. Abandoné el trébol *Radio Centro* y me encaminé hacia la avenida Paseo de la Reforma a velocidades que no rebasaban los 50 kilómetros por hora, así llegué a la zona aeroportuaria. Durante mi primera semana tenía asignada la Zona Boulevard.

Recorrí el circuito interior Boulevard Puerto Aéreo, el Eje 1 Norte Fuerza Aérea Mexicana, así como la calzada Ignacio Zaragoza y la avenida Congreso de la Unión. Circulaba con extremas precauciones y algo de temor. Aún no dominaba la moto y sabía de los riesgos que esto conlleva en esta metrópoli, definitivamente no apta para motociclistas.

No tardó mucho en llegar la primera nota. Circulaba sobre Zaragoza cuando mi base me envió al cruce de circuito interior y la avenida Canal de Tezontle. No he dicho que además de ser el Dragón 23, también me llamaban Woody, en alusión al personaje de la película *Toy Story*, apodo que me había ganado por mis botas: como no había de mi número, me entregaron un par tres números mayores, razón que les sirvió para formular dicho mote.

“Woody, Woody, en 55 hacia Churubusco y Tezontle, tienes 4-42 por 43” (cuatro lesionados por atropellamiento). En ese momento la sangre me drenaba más rápido por las venas. Alisté la moto y me dirigí lo más rápido que pude al lugar de los hechos.

Comprobé por vez primera lo peligroso que es conducir motocicleta entre decenas de vehículos que buscan ganar el paso en vía rápida. El deber es llegar pronto y eso se traduce en esquivar vehículos y meterse entre muchos otros. Cuando se acude a una nota, también se siente una sensación de premura, de ansiedad por llegar pronto al lugar de la noticia, antes de que lo hagan otros medios.

Mi velocidad máxima alcanzó solamente los 60 kilómetros por hora. Tenía que duplicarla pero aún no me atrevía. En medio de presiones de compañeros y la base, llegué al sitio. El circuito interior se hallaba cerrado al cruce con Tezontle. En el lugar había tres ambulancias y por lo menos cinco patrullas. Apenas aparqué la moto, tomé mi libreta y pluma, y me acerqué al lugar. Todavía en la cinta asfáltica se encontraba un menor de entre cinco y seis años, recostado y recibiendo atenciones del paramédico del Escuadrón de Rescate y Urgencias Médicas (ERUM). En otro punto, dos niños más eran socorridos a bordo de una ambulancia. Los tres habían sido atropellados por un vehículo Chevy que se había dado a la fuga. Se trataba de infantes en situación de calle, quienes intentaban cruzar Churubusco, pero su corto paso fue alcanzado por un conductor que circulaba a exceso de velocidad y los halló en su camino (una muestra más de la imprudencia al manejar). Debo decir que del cien por ciento de atropellamientos, el 70 por ciento de conductores logran darse a la fuga.

Tras recabar los nombres de los menores, los rasgos del vehículo y comprobar que el infante que aún se encontraba en la vía pública se hallaba grave, me dispuse a enlazarme. En esos casos el reportero debe hacerlo pronto, pues debido a la gravedad de los heridos, éstos serían trasladados pronto (lo que impediría conseguir más datos) y por tratarse de una vía primaria, la circulación sería reabierto a la brevedad, por lo que de no enlazarse rápido, sería tarde para mencionar que el circuito interior estaba cerrado.

Es decir, en el caso de accidentes vehiculares, el reportero debe conseguir los datos antes de que la noticia se vaya del lugar y transmitirlos cuando tiene el percance antes sus ojos. De esta forma, el auditorio podrá tomar sus precauciones a tiempo y buscar alternativas. De nada sirve enviar información al aire cuando ya nada queda por decir, cuando los vehículos ya fueron retirados, las personas trasladadas y la situación en completa calma. De igual modo, en el caso de accidentes automovilísticos, si el reportero llega tarde al lugar de los hechos, habrá perdido tiempo valioso para recabar datos.

Afortunadamente llegué a tiempo al lugar de los hechos y pude enviar la nota con oportunidad. Conseguí el primer voto de confianza de mis compañeros, pues a su consideración, mi enlace había sido bueno, con una correcta dicción, entendible la información y proporcionando al auditorio todos los datos posibles.

Me sentí confortado. Siempre es bueno iniciar con el pie derecho, pero había algo que noté al retirarme del lugar. En el aspecto emocional, me desentendí totalmente de lo que tenía frente a mis ojos. A diferencia del shock que me causó la nota de la muerte a balazos en Chimalhuacán, ahora no había sentido nada, quizá porque no tuve tiempo o tal vez porque me involucré menos en el hecho. De cualquier forma, lo enfrentado en esta ocasión (un niño llorando y con sus piernas rotas tirado en la calle) serían situaciones que viviría casi todos los días, por ello, no debía permitir que me afectaran emocionalmente. Sin intentar hacerme una persona fría (porque también es necesario el lado humano para reportear) sabía que debía aprender a vivir con la sangre y con la muerte.

4.3. Alegres, crudas y tristes “cotidaneidades” de la calle

Al paso de los días, adquirí mayor confianza al conducir la motocicleta. La grabación de los reportes viales también mejoraba. En otra ocasión cubrí una nota referente a un grupo de aproximadamente 2 mil quinientos manifestantes, integrantes de la agrupación de taxistas tolerados, denominados Panteras. Ellos acudieron a la Secretaría de Gobernación a exigir libertad de trabajo y que les fueran devueltas las unidades remitidas a los corralones. Partieron desde diversos puntos del Valle de México.

El contingente que me tocó cubrir salió de las inmediaciones del metro Pantitlán. Oportunamente, cuando apenas se reunían, llegué al sitio y me enlacé, indicando al auditorio sobre esta marcha, la ruta que tomarían y las vías a evitar.

En las marchas y manifestaciones, el reportero urbano anticipa al auditorio la ruta que tomarán; de igual modo, debe acompañar a los manifestantes durante su recorrido para hacer enlaces o grabar reportes respecto al lugar donde se ubican los quejosos en ese momento. Nuevamente la oportunidad (principal arma de los reporteros urbanos), era de vital importancia para tener informada a la audiencia.

Y es que, a diferencia de las televisoras y algunos otros noticiarios radiofónicos, *Formato 21* tiene una programación noticiosa de 24 horas. Incluso *Monitor* y *Reporte 98.5*, si algo relevante ocurría, debían esperar el horario de transmisión de sus espacios informativos y con ello perdían oportunidad.

A la semana se registran de siete a diez manifestaciones o marchas en el Distrito Federal, comúnmente organizadas por: grupo Pantera, trabajadores pensionados y jubilados del IMSS, empleados del gobierno capitalino, locatarios de mercados, agricultores que toman la Secretaría de Agricultura como base, etc. Sólo mencionaré algunas de ellas.

Los trabajadores del campo (ganaderos, agricultores, molineros, etc.) representan uno de los sectores más inconformes con el gobierno federal. Argumentado la falta de recursos agropecuarios, la explotación del campo, bajos sueldos, entre otros, realizan constantes marchas hacia la Sagarpa para exigir sus derechos.

Dicha dependencia se ubica sobre el Eje 7 Sur Municipio Libre, al cruce con la avenida Cuauhtémoc. El inmueble es frecuente testigo de enfrentamientos entre agricultores y policías, campamentos que implican el cierre de calles e incluso la propia toma de instalaciones.

Por ello, esta dependencia es una de las más vigiladas por elementos de la Policía Federal Preventiva. Alguna vez me tocó cubrir un enfrentamiento con un saldo de dos agricultores heridos por arma blanca. Pese a sus justas demandas, los trabajadores del campo se significaban como uno de los grupos más conflictivos, cuando desde sus estados viajaban al Distrito Federal. De este modo, la instancia gubernamental y su acontecer inmediato eran una constante en el 790 de AM (*Formato 21*).

Con el devenir del tiempo cubrí más notas “Código Plata”. Fueron cientos de coberturas las realizadas; asesinatos con arma de fuego y blanca, volcaduras, secuestros, manifestaciones, notas especiales, asaltos bancarios, incendios, etc. Imposible mencionarlas todas. De aquí en adelante únicamente referiré las de mayor crecimiento laboral y profesional.

Además de luchar por quedarme con el puesto de trabajo, ahora también enfrentaría las condiciones climáticas: a penas iniciaba el mes de junio cuando las lluvias se dejaron sentir en la ciudad. No hace falta decir que conducir una motocicleta sobre pavimento mojado triplica el riesgo de sufrir un accidente.

Durante los meses de junio, julio y agosto, sufrí los estragos pluviales. En muchas ocasiones me llené de miedo al conducir entre la lluvia. Aún no dominaba la máquina en piso seco, y ahora lo tendría que hacer en suelo mojado.

Claro está que la Base Dragón nos cuidaba, en la medida de sus posibilidades. Si la nota no era relevante, no me exponían a las condiciones del clima, pero si la noticia ameritaba cobertura, no importaba si llovía o nevaba, el reportero urbano debía trasladarse al lugar. Sumado a ello, la ciudad literalmente se vuelve “loca” en temporada de lluvias; aumentan los accidentes vehiculares, se generan inundaciones y la gente sufre un mayor grado de estrés.

Recuerdo un viernes lluvioso. La base me envió al cruce de la carretera Picacho-Ajusco y periférico. En ese lugar se registraba una inundación de 25 centímetros en el paso a desnivel. Varios vehículos se hallaban varados en las inmediaciones, la gente desesperada salía de sus coches para solicitar ayuda. Me ubicaba en Insurgentes Sur y Miguel Ángel de Quevedo. Como pude me vestí el impermeable (inútil en esos casos) y tomé mi camino hacia periférico. Con mucho esfuerzo maniobraba mi moto a fin de no caer en un bache o pisar aceite desprendido por las lluvias. De igual modo debía estar alerta a cualquier movimiento de los automóviles a mi costado.

Por fin llegué al sitio. El agua superaba media llanta de la motocicleta, mis botas eran albercas y mi cuerpo estaba completamente empapado. Los días lluviosos los reporteros siempre terminan bañados, susceptibles a enfermedades respiratorias y lo peor, expuestos a una caída.

Saqué mi celular, había que enlazarse pronto porque aquello era un completo caos. En *Formato 21* y *La Red* informé sobre lo acontecido y di vías alternas para evitar la carretera Picacho-Ajusco. En situaciones de real importancia los micrófonos se abren de inmediato para el reportero, quien informa lo que tiene ante sí.

Para mí, la temporada de lluvias fue una experiencia horrible, era circular con la incertidumbre de no saber cuándo caería al suelo y de qué forma. En esa época visité a Rogelio García, Dragón 15 en el hospital. Desafortunadamente sufrió un accidente con fractura de muñeca, la causa: las lluvias.

Regularmente comíamos en la calle y sin una hora determinada, bien podían ser unos tacos o algún otro alimento de mejor calidad (casi siempre lo primero). Aquel viernes todavía de junio, ingería mis alimentos en avenida Sur 12 y Javier Rojo Gómez. Eran aproximadamente las siete de la mañana. Roberto Medina sobrevolaba el Valle de México en el helicóptero de *Radio Centro*.

La Red y *Formato 21* cuentan con tres helicópteros, dos de ellos para cuatro plazas y el último (el más grande) para seis. Se utilizan para ofrecer un mejor panorama de la vialidad o para cubrir alguna noticia importante. El helicóptero sobrevolaba la ciudad en tres turnos: de 7 a 8:30 hrs, de 13:30 a 14:30 y de 19 a 20 horas. A diferencia de otras organizaciones radiofónicas, *Grupo Radio Centro* es el único consorcio que cuenta con tres helicópteros y 23 motocicletas, *Grupo Monitor*, debido a sus crecientes deudas, tuvo que prescindir de los servicios del “cóndor”.

Aún no terminaba de comer, cuando la Base Dragón me envió a periférico y Eje 6. En ese sitio un empresario había sido ejecutado. Cuando la base tenía notas de relevancia, evitaba enviarlas por radio de frecuencia, previniendo que ninguna otra empresa las captara. Nos hablaba por teléfono para indicarnos lugar y qué cubriríamos, como fue en este caso. Ya con un poco más de práctica aceleré lo más que pude, tal vez fue la primera vez que alcancé los cien kilómetros por hora y me perfilé hacia el anillo periférico. Siempre he vivido en la Zona Oriente, lo que me permite conocerla ampliamente y así tomar atajos para llegar rápido. Escuché que Roberto ya sabía de la nota y se dirigía hacia allá. Yo llevaba las de perder, él viajaba en helicóptero. Afortunadamente llegué antes; si algo le molestaba a Medina es que no fuéramos los primeros en tener la noticia.

Había un impresionante operativo policiaco en las inmediaciones del lugar. Cerca de 15 policías preventivos custodiaban una camioneta *Ex Trail*, color gris, que se encontraba detenida sobre los carriles de alta velocidad del periférico. Al representar a un medio de comunicación, tenemos la facilidad (en la mayoría de ocasiones) de acercarnos al sitio. Al interior de la camioneta se encontraba el cuerpo sin vida de un hombre de aproximadamente 30 años; que vestía traje oscuro y una camisa blanca, presentaba tres impactos de arma de fuego en el pecho. Las primeras versiones se inclinaron hacia una ejecución por ajuste de cuentas.

Me acerqué lo más que pude a fin de observar una credencial que colgaba de su camisa, alcancé a ver los casquillos percutidos de la pistola. En ese instante dos policías me retiraron argumentando que mi labor podía estropear las investigaciones de los peritos. Sin embargo, pude leer el nombre y cargo. Se trataba del gerente de la empresa de paquetería *DHL* sucursal aeropuerto. La portezuela de la camioneta estaba abierta, la víctima intentó escapar, pero sus verdugos se lo impidieron.

Al mismo tiempo, Medina arribó al lugar y comenzó a sobrevolarlo. Nuestra obligación como reporteros era tener todos los datos necesarios, más aún si Roberto llegaba por aire. Comenzó a pedirme informes de la ejecución y le indiqué lo más que pude. Sin duda, esto se traduce en mucha presión porque a la vez debía redactar mi nota para transmitirla al aire a tres diferentes emisoras (*La Red, Formato 21 y La 69*) y continuar sacando información. Todo esto, antes de que llegaran los peritos para levantar el cuerpo.

Cuando comencé a transmitir la información para *La Red*, me alejé un poco del lugar para tener una visión más amplia de lo sucedido y rodear la escena. Esto es importante para que no se escape ningún detalle y complementar la información inicial. De este modo, con ayuda de la descripción se enriquece la nota y se hace más fresca.

Describí que el cristal izquierdo de la camioneta tenía cinco impactos de arma de fuego. Tres de los impactos alcanzaron su objetivo. Narré el impresionante operativo policiaco y el cierre parcial del periférico. Ofrecí como alternativa el Eje 5 Oriente.

En notas como ésta hacen varios enlaces: el primero informa a la gente sobre el hecho. En las transmisiones siguientes el reportero complementa la nota con base en sus indagaciones realizadas a policías, vecinos o familiares del occiso. Averigüé que la víctima tenía previas amenazas de muerte y se le relacionaba con el narcomenudeo. Luego de mucho preguntar, el reportero teje la nota y consigue la historia de la noticia.

El hecho en sí es importante, pero lo es aún más si se cuenta con elementos para armar una historia. Evitar dejarle dudas al auditorio es importante. Hasta en la nota roja, a la gente le gusta escuchar relatos que mantengan su atención.

Otro factor vital del reporte urbano es la cercanía con la ciudadanía. La gente se identifica más con acontecimientos en la vía pública porque el protagonista de la nota puede ser uno de ellos, de su familia o de sus vecinos.

Frases como: “¿Escuchaste la radio? Asaltaron a dos ancianos aquí a dos calles”, “ya oíste que está cerrada la Zaragoza, mejor vete por Ermita” o “Ves porqué te digo que no vayas a Tepito, dijeron en la radio que mataron a dos tipos”. Ese “a ti o a mí nos puede pasar” es lo que mantiene vivo y latente al reporte urbano. La gente lo prefiere porque sabe que tiene incidencia directa en la noticia.

Me sentía satisfecho de serle útil a la sociedad informándole sobre: cortes vehiculares; medidas preventivas para retirar dinero de cajeros automáticos; cómo proteger a los niños en la calle. Informarles correctamente sobre temas de interés, como la transmisión del sida, el robo de infantes, prevención de inundaciones y tantos otros temas que desarrollé mediante trabajos especiales y con base en la investigación.

No todo era nota roja en mi trabajo. El reporte urbano tenía más horizontes. En ocasiones elaboré notas de “color” sobre diversos ámbitos: el día del amor y la amistad, exposiciones en museos, ferias artesanales y gastronómicas, etc. Alguna vez hice un reportaje sobre el sida. Mi intención no era informar sobre las vías de transmisión (como siempre se hace) sino sobre la discriminación que sufren las personas portadoras.

Realicé entrevistas con portadores del virus, quienes me hablaron sobre todo lo que han enfrentado en cuestión social desde que adquirieron el VIH. Escucharlos no sólo era útil para mi reportaje, representaban un profundo crecimiento personal cuando reflexionaba sus historias. Eso también me lo daba el reporte urbano.

En otras ocasiones hacía notas sobre las distintas ferias que se presentaban en la ciudad. Recuerdo que en la Delegación Iztapalapa, tuvo lugar la “Feria de la Enchilada”. Al hacer mi trabajo no sólo me divertía y cambiaba el giro común de mis notas, también se significaba como un crecimiento cultural, al tener que entrevistar a gente de otras ciudades y países que compartían sus experiencias desde sus propias perspectivas.

De aquel evento, durante el enlace con *La Red*, el locutor Jesús Martín Mendoza interactuaba conmigo y me invitaba a probar las enchiladas. Para contestarle probé de uno y otro lado, platicando en vivo con sus creadores. El festín culinario estuvo de primer nivel. Cerré mi enlace degustando las enchiladas mazatecas.

Fueron muchas notas de este tipo, las cuales me permitieron informar a la gente sobre todo lo que podía hacer en la ciudad y cómo divertirse en familia. En una sociedad que escucha o lee información sobre la putrefacción social que ocurre en su entorno, es fundamental hacerle saber que también existen otras actividades que alimentan el espíritu.

Gocé al compartir con los jóvenes temas de interés mutuo y divertirme con ellos platicando acerca del día de los inocentes, el 14 de febrero, la navidad y tantas tradiciones que siguen vivas entre nosotros. No todo era nota roja, sin embargo, ésta existe y con más frecuencia de lo que uno cree.

Durante los primeros meses como reportero urbano, cubrí decenas de accidentes automovilísticos. La mayoría de ellos ocasionados por imprudencia y el poco respeto hacía las señales de tránsito.

Me parece que este tema es digno de reflexión, ¿cuántas muertes se evitarían si los transeúntes no quisieran ganar el paso a los vehículos o si utilizaran los puentes peatonales? Quizá también si los conductores respetaran las luces de los semáforos o dejaran de conducir a exceso de velocidad.

Al menos en la experiencia que me tocó vivir en ese ámbito, ocho de cada diez accidentes vehiculares pueden prevenirse. Desafortunadamente necesitamos que nos ocurra un percance para entenderlo.

Hoy día, soy un exigente en cuestiones de vialidad. Les pido a mis amigos y familiares que utilicen los puentes, respeten las luces del semáforo. Siempre recibo como respuesta “no exageres, no es para tanto”. Si supieran que el “no pasa nada” es el primer paso para que suceda un accidente. Posteriormente narraré algunos hechos automovilísticos que me sirvieron para entender que con la vida no se juega.

Una noticia que causó gran impacto en la ciudad, fue el secuestro del entonces entrenador del Cruz Azul, Rubén Omar Romano. El tema era recurrente en la mesa. Aquella tarde, en la zona de Tepepan, me tocó llegar a mí.

Cuando hacía mi recorrido habitual, recibí una llamada de la Base Dragón, indicándome que en Xochimilco se corría el rumor del secuestro del entrenador del Cruz Azul. Lo tomé con reserva, porque este tipo de notas suelen ser falsas. De cualquier forma me acerqué al lugar.

La avenida Guadalupe I. Ramírez, así como Prolongación División del Norte, presentaban circulación a vuelta de rueda, producto de los cortes vehiculares que daban pie al operativo de rescate: el pitazo fue cierto, Rubén Omar Romano había sido secuestrado.

Tuve que subirme a los camellones para apresurar la marcha. Finalmente llegué a la escena. Frente al número 19 de Guadalupe I. Ramírez se encontraba una camioneta color plata, estacionada sobre una de las banquetas y con varios impactos de arma de fuego en los cristales. El vehículo era propiedad del entrenador celeste.

La avenida ya estaba cerrada a la circulación y la zona acordonada. Las primeras versiones confirmaban la desaparición de Romano. Como debe hacerse en estos casos, me enlacé inmediatamente a *Formato 21* para dar a conocer la noticia.

En el lugar se desplegó un impresionante operativo policiaco. Decenas de policías y jefes de sector llegaron al lugar. El secuestro se había consumado. Por tratarse de un personaje público, hice varios enlaces para *Formato 21*. El primero fue para mencionar el hecho, posteriormente vino el complemento.

Entrevisté al preparador físico Axel Bierbaum y a Norberto Scoconi, ex portero. Logré darle frescura a mi nota, intercalando las entrevistas en cada enlace. Describí que al interior de la camioneta, se encontraba el saco de Romano y un par de casquillos en el asiento.

Por la forma en como se registraron los hechos, se descartó que se tratara de un simple asalto. Estaba claro que fueron por él y que seguramente sus captores tenían días vigilándolo y, por ende, conocían su ruta cuando abandonaba las instalaciones de La Noria.

Se determinó que los plagiarios de Romano lo habían cambiado de camioneta para secuestrarlo, unidad que calles más adelante abandonaron para darse a la fuga en un vehículo compacto. Tras recabar mis audios, supuse que, en efecto, Romano no era un tipo de pleitos y tampoco sostenía rencillas con nadie. Por lo que un ajuste de cuentas era poco probable. La hipótesis principal era que lo secuestraron por ser una figura pública, con mucho dinero para pagar un rescate. Era importante tener una hipótesis para mencionarla en radio, por supuesto, bajo el calificativo “presuntamente”.

Durante mi último enlace describí lo que prevalecía en el sitio: casquillos tirados en la carpeta asfáltica, una camioneta con varios impactos de arma de fuego y un nuevo golpe de la delincuencia organizada, ahora al sur del Valle de México.

Dentro de mi crecimiento profesional, algunas notas me causaban cierto dolor. Cubría aquella vez la zona Boulevard, cuando me informaron sobre un niño que se encontraba herido, luego de que lo había mordido un perro. Me acerqué con cautela allá por los rumbos de la Preparatoria 7, sobre calzada de la Viga. Mi sorpresa fue mayúscula cuando me di cuenta de la magnitud del asunto.

Me apresuré a quitarme el casco cuando la mamá de un niño de apenas nueve años, corrió a pedirme auxilio: a su hijo lo había mordido un perro rotwiller. El menor se encontraba recostado al pie de un árbol, tenía diversas heridas en el cuerpo, pero sobre todo en el brazo, producto de los colmillos del animal. De acuerdo con la versión de la señora, ambos caminaban por donde se hallaba el perro, cuando el menor intentó acariciarlo y el sabueso lo mordió. El audio de la mujer era desgarrador, una mamá sufriendo al ver sangrar a su hijo. En ese momento desconocíamos que las heridas eran graves.

Me enlacé a *Formato 21* para narrar el hecho, pero más aún para solicitar la presencia de alguna ambulancia. Cuando llegábamos a una nota con heridos y no había unidad médica, lo primero que teníamos que hacer era pedir ayuda mediante un enlace a *Formato 21*. Sin duda, los reporteros también realizan una loable labor social y humanitaria.

Tras solicitar auxilio, intenté platicar con elementos de Protección Civil de la Delegación Venustiano Carranza, quienes mantenían dominado al perro mediante golpes con palos. El can yacía tirado, sangrando del hocico.

Este tipo de notas dan pie a nuevas investigaciones. Después de algunos días, realicé un reportaje sobre los perros de custodia, intentando resaltar lo peligroso que pueden ser para la sociedad si no se encuentran bien entrenados. Las razas rottweiler y doberman no se recomiendan para empleo doméstico.

Intenté también platicar con el dueño. Se trataba de un custodio de una empresa de seguridad, quien se encerró en su edificio y no quiso darme la cara, sabedor del grado de responsabilidad que tenía por haber soltado al perro. Por supuesto, todo esto lo mencioné al aire. Luego llegaron los servicios médicos y tras una rápida valoración, trasladaron al infante, no sin antes señalarme que iba gravemente herido.

Los testigos de los hechos me confirmaron que el menor caminaba con su madre y al pasar por donde estaba el animal, éste se abalanzó en rechazo a una caricia que el menor buscaba darle. La señora me suplicó hiciera justicia mediante mi denuncia pública para castigar al culpable. Ciertamente era que en mis manos no estaba esa tarea, pero sí tenía “poder” para indirectamente hacerla cumplir. Con mis enlaces, sobre todo señalando que “no había presencia de autoridades en el lugar”, logré darle eco a la noticia y en no más de 20 minutos, dos patrullas de sector llegaron al lugar para investigar los hechos. Las dependencias públicas monitorean regularmente los noticieros (*Formato 21 y La Red*) las 24 horas, algunas veces se enteran de lo que ocurre en la ciudad gracias a nuestros enlaces. Otras, tienen que responder a nuestras llamadas de denuncia. Las autoridades saben que los medios tienen el poder de resaltar su labor o hacerlos quedar mal ante la opinión pública.

La lección para la ciudadanía ahí quedaba. No permitir que los menores se acerquen a los perros de custodia, pensar dos veces la compra de un perro de gran tamaño para uso doméstico y, lo más importante, exhibir la incapacidad de algunos perros y sus custodios para proteger los bienes y personas en esta capital. Como lo investigué después, más del 80 por ciento de los perros que se utilizaban como guardianes, no están capacitados para cumplir esa labor, por lo que significan un peligro social.

Mi interés por el trabajo se traducían en mayor confianza por parte de Roberto Medina, quien ya me encargaba trabajos especiales, que incluso a compañeros de más antigüedad no encomendaba. Respecto a la motocicleta, me sentía con la suficiente confianza para subirme en ella y desplazarme a donde fuere. Aún no conocía el suelo ni estaba en mis planes.

4.4. Por favor doña Tere, platíquenos

Continuaban los días lluviosos en la ciudad. Aquella tarde me tocó la cobertura del acontecer ciudadano durante el partido de fútbol América-Pumas, en el Estadio Olímpico Universitario. En juegos de gran demanda enviábamos información de vialidad en las inmediaciones del estadio, así como de altercados entre aficionados, en caso de que los hubiere.

Recababa mis últimos audios junto a un compañero de *Monitor* (era frecuente encontrarlos en los diversos eventos), cuando éste, subió a su máquina y se dispuso a gran velocidad en la distancia. Por su actitud, deduje que se dirigía a un “Código Plata”.

En efecto, no pasaron más de cinco minutos cuando mi base me envió en “doble 55” a la zona de los cerros de Xochimilco. En ese momento no dijeron qué cubriría, pero sí que me acercara a toda velocidad. Intentaba acelerar pero el piso mojado y el intenso tráfico de ese sábado lo impedían. Cuando llegué a la zona de La Noria, divisé decenas de patrullas que circulaban a grandes velocidades hacia el poblado de San Andrés Ahuayucan.

Rebasé a una motopatrulla que con señas pidió detenerme, asentí y un oficial descendió de la unidad y, sin decirme nada, subió a mi moto y sólo mencionó que la suya estaba fallando, luego dijo: “Vas al mismo lado que yo, así que acelera”. En un primer momento me molestó aquel acto, sin embargo, él conocía exactamente el lugar de la noticia, esto me ahorraría tiempo al ya no depender de mi base ni de preguntar a los habitantes por las calles de Allende y Morelos. El acontecimiento estaba enclavado en un cerro.

Era la primera vez que transportaba a alguien más. Tratando de ocultarlo, conducía con cierto temor. El peso de la moto aumenta y requiere mayor estabilidad por parte del conductor, éste y la constante presión del policía para acelerar me llevaron al límite de mis nervios. Estaba consciente que de no controlarme, pronto terminaríamos en el suelo.

Luego de varios minutos de circular sobre calles empinadas y estrechas llegamos al lugar. Decenas de patrullas, calculo unas 50, se encontraban en las inmediaciones: el llamado de la ciudadanía pedía el rescate de dos hombres.

En efecto, un intento de linchamiento era lo que nos reunía a todos en aquel sitio. San Andrés Ahuayucan es una comunidad pequeña, de no más de tres mil habitantes, ubicada casi en la punta de un cerro. Los vecinos habían golpeado a dos hombres por problemas relacionados con un predio.

La escena semejava una batalla campal desigual. Afortunadamente algunos policías habían rescatado a estas personas de las manos encolerizadas de más de 200 pobladores que intentaban hacerse justicia con propia mano. Ahora los tipos eran resguardados al interior de la Unidad Territorial 2 de aquel poblado. Sitio convertido en un “bunker” que los habitantes querían penetrar y, por ello, se abalanzaban sobre la malla de seguridad.

Entrevisté a integrantes de la turba, cuyas respuestas eran frías y estremecedoras: “Son unos rateros, cuando los tenga en mis manos los voy a matar. Estamos hartos de que las pinches autoridades nunca hagan nada”, fueron las palabras de un habitante que botella en mano quería hacer justicia.

Dicha entrevista fue parte de mi primer enlace. Describí también a los pobladores enardecidos que intentaban recuperar al par de sujetos para golpearlos. Los dos individuos estaban acusados de no querer devolver un predio que presuntamente no les pertenecía. El dueño lo había reclamado e hizo eco en los pobladores, quienes identificaban a ese par de varones como delincuentes.

Ingresé a la Unidad Territorial para buscar platicar con los sujetos. Uno de ellos se encontraba muy golpeado, pero de acuerdo con los paramédicos, nada que pusiera en riesgo su vida. El otro corrió con mejor suerte, sólo tenía moretones y raspones. A las afueras del lugar, los aproximadamente 200 pobladores pedían a gritos la entrega de los supuestos infractores. La situación estaba fuera de control para las autoridades.

Al filo de las nueve de la noche, llegó al lugar Gabriel Regino, subsecretario de Seguridad Pública del Distrito Federal, quien intentó llegar a un acuerdo e impedir la masacre comunitaria. Cuando intentó dialogar, volví a enlazarme en vivo a *Formato 21* para transmitir la voz de Regino en vivo.

Hubieron más gritos e insultos hacia el representante de la autoridad. La gente no entendía razones y de vez en cuando arrojaba piedras, palos, metales y botellas hacia la coordinación donde nos encontrábamos. Esta situación me causaba cierto temor, pero era mucho más grande la adrenalina por ser mi voz quien diera a conocer la noticia. Platiqué con autoridades y gente del pueblo para realizar varios enlaces. Narré cómo la reja de alambre que nos protegía estaba a punto de vencerse. Señalé cómo se hallaban los hombres golpeados, su vestimenta y estado de salud.

No mentí cuando conté para *La Red* la gran cantidad de policías que había en el lugar. Calles antes de la coordinación se tejía un cerco policial de aproximadamente 150 policías y casi 50 patrullas de Seguridad Pública. La técnica de las autoridades fue el diálogo con el pueblo para calmar los ánimos. La gente fue tranquilizándose poco a poco. A fin de cuentas (decían entre ellos) habían conseguido su objetivo: “darle su merecido a esos rateros”.

Cuando la situación se encontraba en aparente calma, dos patrullas ingresaron al “bunker” y subieron rápidamente a los supuestos malhechores para trasladarlos a un hospital e iniciar las averiguaciones correspondientes. Salieron de la unidad entre una multitud que volvió a encenderse y se abalanzó sobre los vehículos. Previamente, policías preventivos montaron un cerco de salida. Como era de esperarse, dicho objetivo no se cumplió: los pobladores violaron la valla y golpearon a las patrullas. Fue entonces cuando intervinieron los uniformados y así, entre gritos y golpes, las unidades policiacas salieron de la zona de peligro. Todo esto, por supuesto, narrado en vivo para el auditorio de *Radio Red*.

Acto seguido, los policías restantes comenzaron a retirarse. Conminé a mi compañero de *Monitor* a hacer lo mismo. Fue así como entre constantes gritos de “vendidos” salimos del lugar. El descenso del cerro se tornó peligroso, había comenzado a llover. Regresaba cauteloso pero satisfecho por mi labor, había realizado una buena cobertura.

Cuando las notas eran relevantes, al final del día se retomaban para las diversas producciones. Se grababa una crónica completa de los hechos: cómo se originaron, qué sucedió y cuál fue el desenlace. Gracias a los audios, mi nota tuvo mucha fuerza y se transmitió constantemente el domingo siguiente. Los audios, las voces, sin duda, son oro puro para el reportero, es el elemento infaltable para que una nota en radio tenga vida.

En mi casa continuaba el temor de mis padres por mi empleo. Les aterrizzaba que pudiera sufrir un accidente. No estaban lejos de la realidad. Uno de esos duros momentos se presentó en el municipio de Chimalhuacán.

4.5. Mi pan de cada día... la muerte

Con la zona Oriente bajo el brazo, fui enviado a Chimalhuacán para cubrir la nota sobre un muerto quemado y amordazado. A diferencia del cerro de San Andrés Ahuayucan, aquel estaba casi deshabitado, sin pavimentación, con charcos y piedras. En una zona altamente delictiva, me dirigía a las minas de Totolpo, sitio enclavado en la punta del cerro, junto al basurero de Los Reyes, La Paz.

Pero todo lo anterior lo supe en el momento, con mi jefe de turno al teléfono. Tomé la carretera Peñón-Texcoco y llegué a Chimalhuacán, a la altura de la colonia El Rosal. A partir de ahí, mi ruta ya no contó con pavimento y sí con muchos hoyos y charcos. El amarillo de la moto y mi uniforme despertaron poderosamente la atención de los habitantes del lugar, quienes no dejaban de seguirme con la mirada.

César Cervantes, mi jefe en turno, me pedía tuviese cuidado. Mientras él me guiaba desde su asiento y con una Guía Roji en la mano, yo debía sortear piedras, charcos y el propio desnivel del cerro. En más de dos ocasiones estuve a punto de caer. Las pocas calles de aquella zona no cuentan con nomenclatura, por lo que era difícil ubicarme, todo era con base a preguntas a los vecinos de la zona, un lugar sucio, solo y con una pestilencia terrible por su cercanía al basurero de Los Reyes.

Llegué a lo más alto de aquel cerro. Como pude, continué mi marcha a velocidades de no más de 20 kilómetros por hora. A lo lejos, finalmente divisé tres patrullas de la policía estatal. Apenas estacionaba la motocicleta junto a las unidades policiacas, cuando un olor nauseabundo inundó mi nariz. Me acerqué al lugar del homicidio, la escena era impresionante.

Dentro de una pequeña fosa, junto a la entrada a la zona de minas, se hallaba el cuerpo de un sujeto de aproximadamente 30 años, amarrado de los pies y sólo con una trusa como prenda. De acuerdo con las primeras versiones, el tipo había sido brutalmente golpeado y luego quemado vivo. Lo anterior se dedujo por la expresión que tenía en el rostro.

En este tipo de notas es fundamental la descripción del cadáver: cómo iba vestido, de qué murió, cómo se hallaba el cuerpo, etc. Se excluyen detalles como la expresión en el rostro, la sangre alrededor del cuerpo y el olor a putrefacción, con el fin de no espantar ni alarmar al auditorio. Poco se supo del móvil del homicidio, ninguno de los vecinos reconoció el cuerpo. Probablemente fue secuestrado por un ajuste de cuentas y le dieron muerte en aquel sitio.

Esto fue una muestra más de la enfermedad social en la que vivimos, de la intolerancia de la que somos víctimas y, lo más triste, del grado de crueldad de los seres humanos.

Luego de mi enlace a *Formato 21* abandoné aquella zona, todavía con las pestilencia en mi nariz y esquivando los obstáculos que representaban no sólo mi regreso por el cerro, sino los de mi profesión.

Dentro de mis labores, saber improvisar era fundamental. Mis experiencias universitarias me ayudaron mucho en esta cuestión. En este punto evoco mis clases de seminario de prensa. El profesor nos pedía redactar alguna nota o crónica en diez minutos. Ello nos obligaba a pensar rápidamente y a saber escribir de manera atractiva. Al terminar, leíamos entre nosotros, a fin de criticar el trabajo, lo cual es muy sano porque un periodista dirige sus labores a las masas, por ende, debe saber qué le interesa y estimula.

La redacción en diez minutos aludía un poco a mis labores reales como reportero urbano. Al llegar a la nota no podían pasar más de cinco minutos para que me enlazara con la información. Debía hacerlo rápido y bien. Entre alientos y empujones, había tomado la suficiente confianza para salir “al aire”, realizar un trabajo de investigación y andar en motocicleta. Esto último me deparaba una pequeña sorpresa.

Una tarde de septiembre, al filo de las 21:30 horas, circulaba con otros dos compañeros sobre el Eje 3 Oriente Eduardo Molina. Regresábamos de recorrer las inmediaciones de la Cámara de Diputados.

Luego de algunos meses de circular por la ciudad y haber aprendido a sortear mi máquina entre decenas de automóviles, obtuve mayor confianza, era cuando mejor me sentía en esta materia. Dicen que el respeto a la moto nunca se debe perder, tal vez yo lo hice.

El velocímetro indicaba 50 kilómetros por hora (afortunadamente). Seguía a mis compañeros cuando de una pequeña calle al poniente, un Volkswagen salió para incorporarse a los carriles de alta velocidad. La unidad era conducida por un tipo que deseaba llegar pronto a la Terminal de Autobuses de Oriente para abordar su camión. Supongo que esto le impidió razonar que, de golpe, no podía incorporarse a los carriles de alta.

En dichos carriles circulábamos nosotros. Los tres sentimos cómo aquel vehículo se nos venía encima. Sin duda, la mayor experiencia y pericia de mis compañeros les permitió esquivar el golpe. Yo viajaba atrás de ellos, lo único que alcancé a hacer fue inclinar la moto a la izquierda, la maniobra libró el contacto directo con el coche, aunque golpeó una de las defensas de la motocicleta. En cuestión de segundos (en los que bien dicen transcurre la vida) salí proyectado al pavimento. La moto derrapó sobre su costado izquierdo y yo terminé sobre la carpeta asfáltica. El volkswagen intentó darse a la fuga pero la marcha no le respondió, en tanto, llegaron mis compañeros. Uno de ellos impidió que el conductor escapara y el otro me auxilió. La pierna derecha la tenía inflamada y presentaba otros golpes menores. Me llevaron ante un médico de la zona, quien afortunadamente descartó que tuviera heridas graves.

Mientras tanto, me preguntaba ¿qué tanto vale la pena arriesgar mi vida por cumplir mis labores? No exagero cuando afirmo que todos los días uno se juega el pellejo al subir a una motocicleta, más aún cuando se debe circular nueve horas diarias y, en caso que lo amerite, a altas velocidades. Los reporteros urbanos estamos donde se genera la noticia, nosotros investigamos y jamás enviamos información proveniente de un boletín. En ocasiones sentí que nuestra labor no fue valorada debidamente.

El reportero urbano hace más que redactar una nota, realiza un trabajo de persuasión con las autoridades para obtener datos. En algunos casos debe enfrentarse, no sólo al dolor de los familiares, sino al rechazo. Entiendo lo difícil que resulta para el familiar de una víctima hacer declaraciones, pero nosotros sólo cumplimos con nuestro trabajo.

La ciudadanía no miente al señalar al transporte público como el principal culpable de los accidentes automovilísticos. Sus conductores liberan grandes cargas de estrés por sus largas jornadas de trabajo, ello les impide realizar bien sus funciones. En una ocasión, fui enviado al cruce de la calzada Ermita Iztapalapa y la autopista México-Puebla. Minutos antes se había registrado la volcadura de un microbús de pasajeros en dicho entronque.

La escena era impactante, cual película de horror. Observe anonadado a más de 20 personas tiradas sobre el pavimento, todas ellas sangrando y lanzando quejidos estruendosos. La autopista estaba cerrada. A unos diez metros del cruce se encontraba el transporte de pasajeros, volcado sobre sus cuatro ruedas y completamente destrozado. La causa: exceso de velocidad. Su conductor perdió el control y se impactó contra el muro de contención que divide ambos sentidos.

Uno de los paramédicos de la Cruz Roja señaló que por lo menos había 22 lesionados, muchos de ellos atendidos sobre la cinta asfáltica a falta de más servicios de emergencia. Imperaba el caos, gente buscando a sus familiares entre los heridos, quienes lanzaban gritos de ayuda hacia los cuerpos de emergencia.

En estos casos, los reporteros trabajamos en conjunto con las unidades médicas, platicamos con los lesionados y colaboramos en determinar quiénes son los que necesitan atención inmediata. Poco a poco arribaron más ambulancias y los heridos fueron trasladados a diversos nosocomios. La ayuda llegaba, pero el daño era irremediable: 25 personas lesionadas, 12 de ellas de gravedad.

Tras la partida de las ambulancias, quedaban detrás las huellas de dolor y llanto. Las labores del cuerpo de bomberos se intensificaron para limpiar la carpeta asfáltica. Tras un primer reporte narrando todos los hechos, me enlacé para anunciar la apertura de Ermita Iztapalapa. La ironía me invadió en esos momentos: minutos antes viví el dolor de decenas de familiares y accidentados, y ahora lo más importante era la apertura de esta calzada.

He hablado ya de la importancia de ser el primero en cubrir la noticia. Aquellos días de diciembre se rumoraba la liberación de la comerciante ambulante Alejandra Barrios, acusada del homicidio intelectual del esposo de la otrora comerciante María Rosete. Saldría libre del penal de Santa Martha Acatitla, y *Formato 21* tenía que estar ahí, pues era información de interés público. Al filo de las 16:00 horas, cerca de 15 medios de comunicación nos encontrábamos a las afueras del penal. El objetivo era uno solo: captar las primeras palabras de la ex presidiaria.

Por frecuentes visitas al penal para cubrir otros asuntos, algunos reporteros manteníamos amistad con custodios y autoridades. Hablé vía telefónica con uno de ellos y le supliqué me avisara el momento de la salida para poder hablar con Barrios. Mi intención era ingresar al reclusorio para, en el momento de su liberación, ganar las primeras impresiones.

Cuatro horas más tarde y después de algunos enlaces en donde anunciaba la confirmada liberación, mi contacto me dijo que en los siguientes minutos saldría “mi cliente”. Sin mayores aspavientos, para no despertar sospechas entre mis compañeros de los medios, me acerqué a la puerta. Cuatro compañeros hicieron lo propio y logramos entrar al salón principal. Justo en ese momento salía Alejandra Barrios, aún con el uniforme de presidiario. Llegamos a donde estaba (previamente ya me había enlazado) y obtuve sus primeras declaraciones. Mi enlace en *La Red* fue en vivo, enmarcado por los gritos de bienvenida de sus seguidores. El objetivo se había cumplido, quizá no fui el único, pero sí pertencí al grupo privilegiado que obtuvo la primicia.

Nuestra labor no sólo era estar en el lugar, sino saber estar. La intuición y maña periodística son requisitos para ejercer la profesión. Quizá el periodismo aplique el siguiente refrán: “camarón que se duerme se lo lleva la corriente”.

Una nota que también tuvo repercusiones en el Distrito Federal, fue un amotinamiento en Santa Martha que dejó un saldo de cuatro muertos: una mujer y tres bebés.

Es común que, a manera de inconformidad ante el trato que reciben, los presos de los reclusorios se amotinen. Ocurrió una mañana de noviembre. Cubría la zona Oriente y en “55” me trasladé a dicho penal. Había informes sobre un intento de levantamiento en el penal. En este tipo de sucesos, las autoridades penitenciarias niegan los hechos bajo el argumento “aquí no pasó nada”. Sólo que en esta ocasión nadie los pudo ocultar.

Intentaba conseguir información a las puertas del penal, pero mis esfuerzos no fructificaban. En eso, una camioneta de servicios periciales ingresó al reclusorio. Esto me aseguraba la nota. Al interior del penal ya se había registrado el deceso de una persona. Los primeros datos sobre el motín parecían ciertos.

La capacidad para indagar datos es fundamental en estos casos. Por supuesto, nadie iba a decir nada por parte de las autoridades. Había que recurrir a otras instancias: los familiares de los presos que se habían dado cita en el lugar. Muchos de ellos se mostraban preocupados al desconocer lo ocurrido con sus mujeres, lo cual los animó a declarar el maltrato y abuso que sufren las reclusas e incluso violaciones.

Entonces ocurrió algo que marcó el destino de mi nota. De la parte trasera del penal (Ermita Iztapalapa), comenzaron a llover papeles hacia la vía pública. Eran llamadas de auxilio por parte de las presas. Se leían denuncias sobre abusos y violaciones, y clamaban ayuda. Confirmado, el amotinamiento era un hecho y ellas lo sustentaban. Los detalles los narré en mis enlaces: la muerte de la reclusa, las denuncias de auxilio y el gran número (cerca de 200) de granaderos que ingresó al sitio para “restaurar el orden”.

Aún no ocurría lo peor. Los uniformados arrojaron gas lacrimógeno a las internas, de hecho, lo hicieron en casi todas las áreas. Desafortunadamente una de éstas fue la zona de cuneros. Decenas de bebés lloraban al verse alcanzados por el gas, lamentablemente tres no sobrevivieron.

Cuando se confirmó lo anterior, las denuncias crecieron en los medios. Denuncié ampliamente los hechos: “Gracias Carlos. Te he venido informando sobre este amotinamiento de internas en Santa Martha. Desafortunadamente tengo malas noticias: en su intento por restaurar el orden, granaderos rociaron gas lacrimógeno en el área de cuneros. Esto le ha robado la vida a tres infantes. Las autoridades no midieron las consecuencias y utilizaron sus armas contra personas inocentes...”.

Mis palabras estaban cargadas de coraje y dolor. Ciertamente es que un reportero debe limitarse a narrar los hechos, pero es imposible no ser susceptible a la noticia. Era imposible para mí no transmitir la impotencia de reclusas y familiares al enterarse del deceso de menores.

Luego de los innumerables daños (no sólo físicos sino morales) a las internas, la situación tomó una relativa calma. Los cuerpos de los bebés fueron sacados por diversos accesos del penal para evitar fotografías y tomas de los medios. Una vez más se exhibía la ineficiencia de las autoridades penitenciarias como encargadas de la readaptación de presas. Muy lejos quedó la justicia. Las presas que denunciaron los hechos, probablemente fueron castigadas por su atrevimiento.

Mi trabajo me ha enseñado que prevenir siempre será mejor que corregir. Fui enviado al municipio de Nezahualcóyotl, la razón: “41 menor por 213”. La nota se tornaba importante: un niño había perdido la vida por un disparo de arma de fuego. Los hechos ocurrieron en la colonia Benito Juárez. Eran las 21:45 horas, aproximadamente. Por esta razón mi base lo pensó dos veces y decidió cancelar la cobertura (entrar en motocicleta a los municipios de Oriente por la noche es peligroso). No obstante, el orgullo profesional se apoderó de mí y continué la marcha.

Me dispuse a buscar la calle Carolina. No había luz en las calles a la redonda. La escena daba un aspecto lúgubre. Observé varias patrullas de la policía estatal y un sinnúmero de curiosos que rodeaban el lugar. Al acercarme, percibí el rechazo de los familiares del menor, se sentían invadidos en su privacidad. Alrededor del cuerpo, la madre lloraba inconsolable. Mayor fue mi sorpresa cuando, tras mis indagaciones, supe que el infante había perdido la vida tras un tiro en la cabeza producido por otro menor.

En este caso, la mamá y los hermanos eran claves en la nota, pues ellos presenciaron los hechos. Por supuesto, el rechazo hacia mí era inminente y previsible, pero yo necesitaba hablar con ellos. La forma más adecuada era ofrecerles ayuda telefónica o para presentar la denuncia. Así lo hice y por lo menos rescaté algunas palabras.

Inexplicablemente los menores jugaban con una pistola calibre 22 que uno de ellos extrajo del armario de su casa. Los infantes de nueve y doce años, jugaban a “policías y ladrones”. El chico de 12 años, por inercia del juego, accionó el gatillo y terminó arrebatándole la vida a su amigo con un tiro en la cabeza.

La escena del crimen era dolorosa, pero era más grande el pesar de los padres. Ellos sabían que su hijo estaría con ellos si alguna vez se hubieran preocupado por prevenir los hechos, ahora tendrían que corregir, sólo que ya muy tarde.

No exagero cuando afirmo que los reporteros urbanos exponemos la vida en el cumplimiento del deber. Hablé ya de los riesgos de la motocicleta, empero ser partícipe de los hechos, también pone en riesgo la integridad de los periodistas.

Experimenté lo anterior durante un operativo antinarcomenudeo en las inmediaciones del cerro del Peñón de los Baños. Por lo difícil de la nota (había disparos), dos compañeros fuimos al lugar. Estos operativos eran frecuentes en la zona, pero esta vez había dos lesionados por arma de fuego.

Dejamos las motos una calle antes y con precaución nos acercamos a la zona “de fuego”. El dominio territorial ya lo tenía la policía, pero del interior de algunas viviendas, sujetos disparaban contra ellos. Mi compañero fue el primero en enlazarse, mientras yo me dirigí al punto donde se ubicaban los jefes de sector. Los policías me exigían salir del área. Mi labor era llegar al lugar de la noticia. En ese momento no percibí los riesgos.

Al acercarme vi a dos policías sosteniendo a un sujeto por el cuello de la playera. El presunto delincuente tenía dos impactos de arma de fuego y sangraba mucho. De forma inhumana, los uniformados lo golpearon exigiéndole información sobre sus cómplices. Me quedé frío al ver la escena. Un tiro desde una camioneta me hizo correr hacia un lugar seguro. Me enlacé y narré lo sucedido.

El operativo dejó un saldo de tres heridos: un policía y dos supuestos delincuentes. Dos grupos de uniformados ingresaron a la última vecindad y aprehendieron a los últimos individuos. El tiroteo terminó pero las sorpresas aún no concluían (al menos para mí). Una ambulancia del ERUM arribó al sitio. Los paramédicos, al observar la gravedad de las heridas del delincuente, quisieron atenderlo, pero los policías lo impidieron y los conminaron a atender a uno de sus compañeros uniformados, el cual tenía un rozón en el brazo. Quienes sostenían al sujeto, lo arrojaron al suelo: “Que este culero se muera, pinche rata”. Confundidos, los paramédicos asintieron y atendieron al otro uniformado. Más tarde el presunto delincuente perdió la vida a bordo de otra ambulancia.

Hubo un suceso en particular que no me dejó dormir durante tres días. Se trató de un accidente de tránsito sobre el Eje 3 Sur Ferrocarril de Río Frío. Regresaba a mi casa. Eran casi las diez de la noche, cuando a lo lejos observé movimiento de los servicios de emergencia. En el lugar yacía el cuerpo sin vida de un motociclista. Debido a la poca visibilidad, no alcanzó a divisar los cables del trolebús que colgaban de la barra guía. Estos se enredaron en su cuello y lo degollaron. Su cabeza rodó metros adelante. Me quedé pasmado, mudo y falto de reacción. Me temblaba todo el cuerpo e incluso tenía ganas de llorar. El accidentado pude ser yo.

Nunca había valorado tanto mi vida como hasta ahora, luego de arriesgarla para ejercer mi profesión, tras entender que muchos de los accidentes y crímenes de la ciudad pueden prevenirse. Aprendí que siempre será mejor prevenir que corregir.

La labor de un reportero urbano es muy importante y útil. Es esa persona que tiene la obligación de denunciar las fallas del gobierno en perjuicio de la ciudadanía. Es también quien, en muchas ocasiones, educa a la gente para corregir errores y poner en marcha obras para el bienestar social.

Agradezco el hecho de haber conocido realmente mi ciudad, sus carencias y beneficios. De poder tomar una radiografía y descubrir qué la mueve a crecer y qué se lo impide. Identifiqué las enfermedades sociales que la atañen, como la desagradable intolerancia social.

Supe, de igual modo, que no debemos seguir culpando al gobierno de lo que ocurre en la capital. Gobernar es una labor conjunta y mientras no colaboremos para curar los males sociales, como la indiferencia y el ¿yo por qué?, jamás saldremos del hoyo y nos hundiremos más.

Desarrollé profundamente mi agilidad mental. El hecho de tener que resolver situaciones en cuestión de segundos para hablar sobre una nota, obliga a razonar pronto y bien. No hay espacio para la duda cuando se trabaja en radio, la determinación del reportero es fundamental para hacer un buen trabajo. Un reportero destacado siempre sabe qué decir y en cualquier momento.

Los hechos aquí narrados son síntoma de los horrores de los que es víctima nuestra ciudad. Es una lástima que la mayor parte de notas que cubre un reportero urbano estén bañadas de sangre y dolor, producto de un malestar social que no ha encontrado otra forma más sana de manifestarse. ¿Hasta cuándo seremos capaces de comprometernos? ¿Hasta cuándo seguiremos dañando a los niños con sinnúmero de ejemplos de intolerancia? ¿Hasta cuándo culparemos a otros y no tomaremos las riendas del destino ciudadano?

CONCLUSIONES

Bien es cierto que falta mucho camino por recorrer, pero de igual modo “se hace camino al andar”. Debo enfatizar que este informe me ha sido de bastante utilidad. Lejos de ser sólo un método de titulación, se convirtió en una oportunidad de reflexionar y revalorar mi profesión. En todo este tiempo no había reparado en la persona de Óscar Hernández Bonilla bajo las aguas del periodismo. No sólo me siento satisfecho por lo alcanzado profesionalmente, sino que, en el ámbito personal, esta profesión me ha dejado muchos sabores y enseñanzas. He tenido la oportunidad de conocer muchas personas sumamente preparadas, de las que aprendí mucho para continuar construyendo mi bagaje cultural y no cerrarme en un solo pensamiento. Mi profesión me permitió discutir ideas y lograr consensos. Me dotó de armas para escribir y no sólo capturar. Asimismo me enseñó cómo se saborean las páginas de un libro a fin de prepararme más. Ahora tengo más herramientas para lograr una crítica parcial a fin de tomar decisiones ante las situaciones que se me presenten. Me ha permitido sentirme útil a la sociedad.

Estas reflexiones están perpetradas en este Informe de Desempeño Profesional. Es una recopilación de estos años y a la vez es una pauta en el camino para continuar mi preparación por ser un mejor periodista.

De igual modo, he conocido a periodistas excelentes, muchos de ellos mis maestros (aunque algunos no lo supieran), en el acontecer de la vida diaria. Todos ellos me han mostrado que mi profesión siempre avanza en busca de la perfección, situación difícil por tratarse de una ciencia social, pero fundamental para superarnos. Me dejaron ver que un buen comunicador debe contar con aspectos fundamentales: manejo de las relaciones humanas, capacidad de análisis, agilidad mental, saber trabajar bajo presión, buena redacción, capacidad de sintaxis y una vasta cultura general, entre otras cosas.

Durante mis experiencias laborales, he tenido la necesidad de leer mucho para tener una visión más amplia de lo que tengo enfrente. Conocer a fondo la cultura en México y de otros sitios, permite discernir y analizar con menos posibilidades de error. El periodista siempre debe estar abierto a nuevas posibilidades de expresión y comunicación, y es que, nuestra profesión es eso, unificar el lenguaje y el mensaje para hacerlo entendible. De igual modo, es indispensable la preparación para “saber escribir”, entendiéndose por esto la capacidad del profesionista por transmitir su mensaje bajo términos sencillos pero elegantes, breves pero descriptivos, así como interesantes para quien lee o escucha. Alguna ocasión, durante mi estancia universitaria, entrevisté a un escritor del periódico *Milenio*: él habló sobre la importancia de tener una buena nota, y a la vez no echarla a perder cuando la escribiéramos, es decir, de nada servirá tener recabado un buen hecho noticioso, si no somos capaces de transmitirlo de manera atractiva... eso es el periodismo, el arte de saber cómo decirlo o escribirlo.

Y qué decir de la capacidad de pensamiento rápido que brinda esta profesión. El tener que resolver correctamente situaciones en cuestión de minutos, le ofrece a tu cerebro herramientas para conseguir una eficaz capacidad de análisis y resolución. Un buen periodista debe saber siempre qué decir o hacer. La duda, sólo debe permanecer algunos minutos, pero la capacidad de resolución debe estar a la puerta (en el caso que así lo requiera).

No puedo, ni debo dejar de lado a mi universidad, que a luz y sombra no sólo me proporcionó las herramientas de construcción profesional, sino que sembró en mí la semilla por aprender y superarme. Me hizo un mejor ciudadano al adentrarme en los conocimientos y que nunca hizo a un lado las humanidades. Esta universidad que, quizá día a día es rebasada por otras en avances tecnológicos, pero es la única que da la oportunidad de estudiar a miles de jóvenes que sólo cuentan con eso: su talento y deseos de aprender. La UNAM es pieza fundamental en el devenir nacional. Esto lo transmite a su alumnado. En mi caso particular, en muchas ocasiones enfrenté situaciones que más allá de requerir amplios conocimientos para su solución, necesitaban de saber cómo abordarlas, es decir, con equilibrio, sentido común y mesura; armas que comencé a forjar al interior de mi universidad, con cátedras humanísticas que nunca dejaron de lado a las bellas artes, únicas portadoras del conocimiento, la cultura y el raciocinio humano.

Esta profesión me ha rodeado de muchas personas, buenos compañeros, amigos, enemigos (los suficientes), maestros en el camino, pero lo principal es que me ha dado y me sigue dotando de ideas, de cultura y conocimiento que uno debe aplicar no sólo al ejercer, sino en la vida misma y es que, “una raza preparada... es una raza libre”.

Periodismo celoso. Dedicarse a él exige sacrificar tiempo con tu familia y amigos. Esta profesión no se deja en un escritorio, en espera de que llegue la siguiente jornada de trabajo. Una vez que lo escoges, te persigue hasta lograr un mutualismo contigo. La labor del periodista es un constante trabajar, que desemboca en minutos al aire o líneas en papel. Mi satisfacción es vivir esos minutos, esos párrafos, llenos de certidumbre.

ANEXO



STEREO CIEN

Stereo Cien, S.A.

No. 35

Darwin No. 68 8o piso, Col. Anzures
México, D.F. 11590 545-47-42 250-01-95



DIC 99 A DIC 2001

La presente acredita a

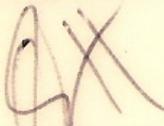
SR. OSCAR HERNANDEZ BONILLA

como

REPORTERO

de esta organización.

Agradecemos a las Autoridades Civiles y Militares
las facilidades que se sirvan otorgarle para mejor
desempeño de su cometido.


FRMA


LIC. LUZ MA. HERNANDEZ
GERENTE

Los inicios... *Stereo Cien* me dio la oportunidad de conocer la magia radiofónica.



“Salir al aire”... una de mis grandes ilusiones se volvió realidad en *Enfoque*.



GOBIERNO DEL DISTRITO FEDERAL
Delegación Iztapalapa



PRENSA

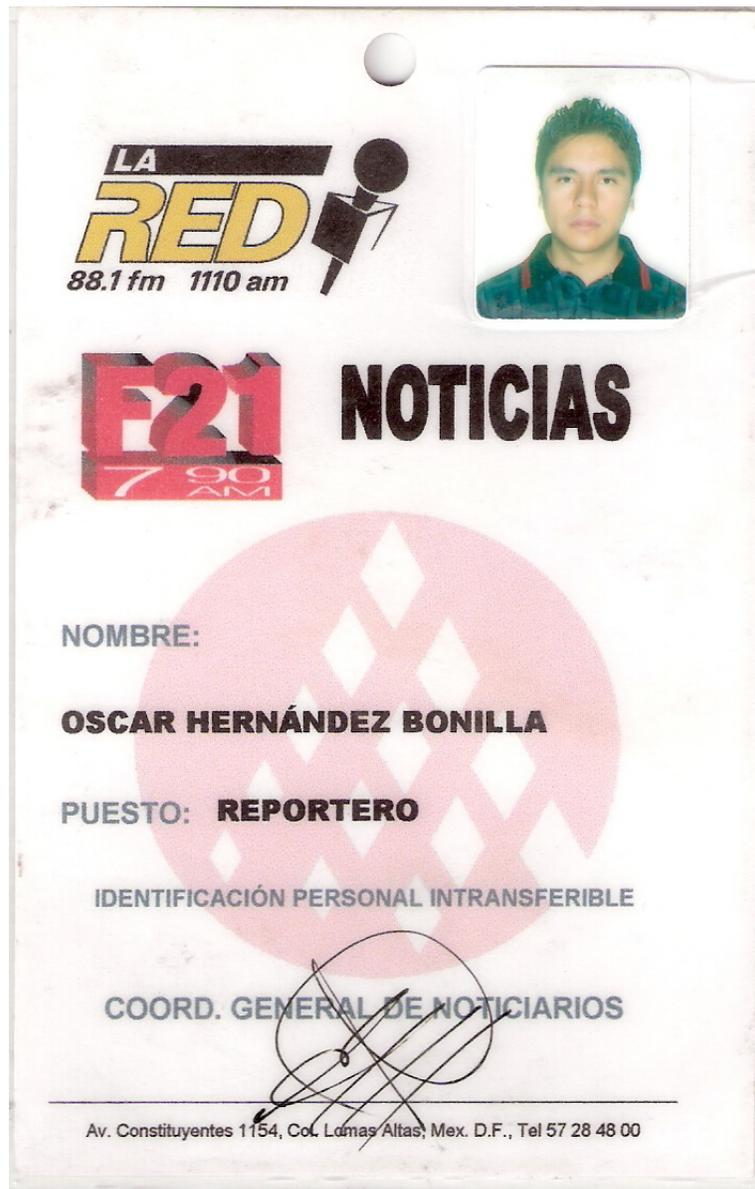


Nombre: **OSCAR HERNANDEZ**

Medio: **ENFOQUE**



COMITÉ ORGANIZADOR DE
SEMANA SANTA EN IZTAPALAPA, A.C.



Reportear el acontecer de la ciudad más grande del mundo... Mi mayor reto y satisfacción.

PRENSA



Óscar Hernández Bonilla

NOMBRE

Formato 21 - Radio Red

MEDIO

0078R

FOLIO

"Tú haces la mejor elección"